

*Al ritmo de tus besos*



*Sarah McCourt*

Al ritmo de tus besos

Sarah McCourt

Amor, cuántos caminos para llegar a un beso,

¡qué soledad errante hasta tu compañía!

Pablo Neruda

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Al ritmo de tus besos*

©Sarah McCourt

Marzo de 2016

Me he gastado los últimos diez euros en unas cervezas y tengo que volver andando a casa. Son solo un par de kilómetros, pero hace frío y son casi las dos de la madrugada. Eran mis últimos diez euros, mi cuenta corriente está en números rojos y solo estamos a mitad de mes. Aunque eso no importa, desde que me despidieron hace casi dos meses no he vuelto a encontrar trabajo y no tengo ningún ingreso. Lo que significa que, a menos que suceda algún milagro, no podré hacer frente al alquiler del piso que comparto con otras dos estudiantes, ni tampoco a los gastos. Por no poder, tampoco podré comprar comida, ni la tarjeta de transporte para ir a la Universidad.

Soy estudiante de cuarto de medicina y hasta ahora las becas han cubierto la matrícula de la Universidad y parte de los gastos que supone desplazarse a otra ciudad. El resto del dinero procedía de mi trabajo como camarero en todo tipo de bares a lo largo y ancho de la ciudad, pero hace ya dos meses que no encuentro nada. Eso ha afectado a mis estudios y si las cosas siguen así, no me quedará más remedio que dejarlo todo y regresar al pueblo con mis padres. Mañana volveré a patear la ciudad en busca de trabajo. La Navidad está a la vuelta de la esquina y en esta época del año siempre hay más demanda de camareros.

El motivo de mi despido fue que me pillaron en el baño tirándome a una de mis compañeras. Llevaba meses insinuándose e invitándome a salir y aunque aguanté casi seis meses dándole largas, aquel día me preparó una encerrona y caí como un idiota. Pero, ¿quién es capaz de resistirse a una mujer a la que pillas masturbándose en el baño? En realidad no la pillé, ella lo organizó todo para que la encontrara allí, sentada sobre la tapa del WC, abierta de piernas, con los dedos sobre el clítoris y cara de estar disfrutando como loca. Intenté dar media vuelta y salir corriendo, pero ella no me lo permitió. Ni ella ni ese segundo cerebro que llevo entre las piernas y que ya me ha jugado más de una mala pasada. Pensé que sería algo rápido y que nadie se enteraría, pero pocos minutos después de empezar con la faena apareció el gerente y nos puso a los dos de patitas en la calle. Al final se me pasó el calentón, me quedé sin trabajo y aquí estoy, muerto de frío, solo y sin un solo euro en el bolsillo.

Actualmente comparto piso en el centro de Madrid con un par de chicas que también son estudiantes, María y Nuria. Ellas tampoco van sobradas de dinero, aunque María no tiene que trabajar para pagar el piso y sus gastos, ella es una de esas afortunadas cuyos padres le pagan todo porque quieren que esté concentrada únicamente los estudios. María estudia Matemáticas y Nuria Derecho. Mi relación con ellas es cordial, pero apenas nos conocemos, solo llevamos compartiendo piso cuatro meses y no puedo pedirles que paguen mi parte del alquiler. Tampoco puedo pedirselo a mis padres, que sobreviven estrechamente con la pensión de mi padre, y mucho menos a mi hermano Juan, él es el mayor de los dos, y también el que más suerte ha tenido. Aunque si le preguntas no dudará en contarte que todo lo que tiene se debe a su esfuerzo y trabajo. Es abogado y gracias a su suegro, que tiene un despacho en Serrano, tiene trabajo y un sueldo con muchos ceros que sirve, entre otras cosas, para pagar los caprichos de su mujer. Si le pidiera ayuda me soltaría otra vez el mismo rollo de siempre y terminaría con dolor de cabeza, y sin conseguir mi propósito.

Apenas quedan quinientos metros para llegar a mi piso. Es un piso viejo, amueblado con muebles aún más viejos, pero es céntrico, está bien comunicado, tengo una habitación para mí solo y el alquiler no es demasiado alto. Al principio las chicas eran reacias a meter a un tío en casa, especialmente María, pero después de charlar un rato con ellas a Nuria le caí bien y convenció a María para que me quedara.

Vivir con dos mujeres es mucho mejor que vivir con otros hombres. Tenemos turnos para hacer la limpieza de las zonas comunes y la compra, así que el piso siempre está limpio y la nevera llena. Cada uno se encarga de la limpieza de su habitación y de su ropa, y aunque no hay normas en cuanto a las visitas, ellas no han traído a ningún hombre a casa en estos meses, así que intuyo que no es algo que les haga mucha gracia. Al principio me parecieron demasiadas normas, pero comparado con el caos que era mi vida hace unos meses, ahora vivo mucho más tranquilo. Si no fuese por el puto dinero, mi vida sería perfecta.

Saco las llaves del bolsillo cuando llego a la esquina de la calle donde vivo y repentinamente una limusina se para a mi altura. Por estas calles tan estrechas apenas cabe un coche de estas dimensiones y me pregunto de dónde demonios habrá salido. Una de las ventanillas traseras se abre y un hombre de casi sesenta años se asoma a través de ella y se me queda mirando.

—Buenas noches —dice, y miro a mi alrededor para asegurarme de que se está dirigiendo a mí.

No hay nadie más en la calle aparte de mí y supongo que se habrán perdido y solo quiere preguntarme alguna dirección.

—Buenas noches —respondo.

—¿Te gustaría ganar algo de dinero? —me pregunta.

¿De verdad acaba de preguntarme si quiero ganar algo de dinero?

—¿Cómo dice?

No tengo claro si ha sido mi imaginación. En este momento estoy tan desesperado por conseguir algo de pasta que es posible que solo me lo haya imaginado.

—Te preguntaba si te gustaría ganar un poco de dinero —repite, y esta vez estoy seguro de haber escuchado bien.

—Depende —respondo, aunque no depende de nada. Estoy desesperado, tanto que sería capaz de hacer casi cualquier cosa, espero tener suerte y que ese casi no sea la cuestión que nos ocupa.

—Esta es Marla, mi mujer —dice abriendo del todo la ventanilla y echándose hacia atrás.

Me agacho un poco, lo suficiente como para mirar hacia la tal Marla, que en este momento me saluda con la mano y sonrío mostrando una dentadura perfecta. El interior de la limusina está oscuro y no se ve demasiado bien, pero por lo poco que puedo apreciar, Marla está como un tren. Tiene el pelo largo y rubio, ojos grandes, aunque no puedo ver el color, labios carnosos, y lleva un escote que deja parte de sus senos a la vista. Desde aquí no puedo ver nada más, pero puedo imaginarme el resto de su cuerpo y mi segundo cerebro reacciona inmediatamente.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta el hombre.

Pues claro que me gusta lo que veo, pero la cuestión es que acaba de decirme que Marla es su mujer y no estaría bien que respondiera que sí, que me gusta y mucho. En cuestión de tías soy bastante básico. Voy a lo que voy, nunca me he enamorado ni he sentido todas esas cosas de las que las mujeres suelen hablar, y no soy demasiado romántico. Mi cuerpo reacciona inmediatamente cuando veo a una mujer guapa, supongo que es lo normal en un chico de veinticuatro años. Pero la cuestión es que esta mujer, por muy buena que esté, ya está pillada.

—Puedes hablar con total sinceridad —me anima el viejo.

—Es... muy guapa —acierto a decir.

Espero que esto no sea una trampa o una cámara oculta, aunque tampoco es que sea normal que una limusina pare en medio de la calle y el tipo que va en su interior te pregunte si te gusta su mujer.

—Te daré dos mil quinientos euros si entras en la limusina y haces todo lo que ella te pida —me ofrece el hombre.

¿Acaba de ofrecermé dos mil quinientos euros por tirarme a su mujer? No, no puede ser, esta noche no es mi noche. Estoy cansado, algo deprimido y solo oigo lo que me gustaría oír.

—Perdone, ¿se trata de una broma? —pregunto.

—No, no es ninguna broma.

—¿Me está diciendo que me folle a su mujer y que a cambio me va a dar dos mil quinientos euros?

—Sí, más o menos. No sé si ella quiere... follarse o tiene otras cosas en mente.

—¿Y usted que hará mientras tanto?

—Seré un simple espectador —responde con total tranquilidad.

¡Joder! ¿De verdad me está pasando esto?

En circunstancias normales, si hubiese conocido a una mujer como Marla en un bar, no lo habría dudado ni un segundo y habría aceptado cualquier cosa que me sugiriese. Pero esto resulta demasiado frío y un poco raro. He estado con muchas mujeres, pero nunca me lo he montado con ellas delante de otra persona y menos delante de su marido.

—Te ofrezco tres mil euros —dice el hombre.

¿Tres mil euros? Ese dinero me solucionaría al menos cuatro meses y mientras tanto seguiría buscando trabajo. Es mucha pasta y eso es algo que yo no tengo.

—Vale —acepto.

El hombre mira hacia adelante y asiente con la cabeza. Automáticamente se abre la puerta del conductor y un hombre corpulento de unos cuarenta años sale de la limusina y abre la puerta de atrás invitándome a entrar.

Estoy dentro del coche. Sentado justo enfrente de una mujer que gana en las distancias cortas. Tiene unas piernas delgadas y larguísimas cubiertas por unas medias negras, lleva unos zapatos de tacón de color negro y un vestido rojo que se ajusta completamente a su cuerpo. A su lado está su marido. Lleva en un traje oscuro que seguro que cuesta una pasta y sus zapatos están tan relucientes que podría mirarme en ellos.

—Soy Marla —dice la mujer tendiéndome una mano.

—Yo soy Rodrigo —se presenta el hombre haciendo lo mismo.

—Carlos —acierto a decir.

El coche se pone en marcha cuando Rodrigo levanta la mano y ya no hay marcha atrás. Debería estar contento por mi buena suerte, pero ahora que estoy aquí, con una mujer que en cualquier otro momento no habría dudado en tirarme, empiezo a pensar que acabo de cometer un error.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Me desnudo y les muestro la mercancía? ¿Me acerco a ella y le quito la ropa?

Pero Marla debe haber hecho esto otras muchas veces y saca una botella de champán y unas copas para romper el hielo. Me bebo la primera copa de un trago y hago lo mismo con la segunda. Estoy nervioso y un poco de alcohol me ayudará a desinhibirme, y lo hará todo más sencillo.

—Ven aquí —me pide Marla señalando el hueco que hay a su izquierda.

La obedezco y me siento a su lado. Ella me quita la copa que aún llevo en la mano y se la da a su marido. Después baja la cremallera delantera de su vestido y deja a la vista un conjunto negro de ropa interior, incluidas unas medias y un ligero. Mi segundo cerebro comienza a animarse, especialmente cuando ella coge una de mis manos y la coloca sobre uno de sus senos. Tiene unas tetas preciosas, grandes, duras, y suaves. Muy suaves. Sin quitar su mano de la mía la desliza hacia abajo, hacia el estómago primero y hacia su sexo después. No se anda con rodeos, es una mujer que sabe lo que quiere, y eso me gusta.

Por un momento miro de reojo a su marido. Su gesto es impenetrable, aunque nos mira atentamente, sin perderse un solo detalle de lo que está sucediendo. Intento olvidarme de él y centrar toda mi atención en Marla, que en este momento introduce mi mano dentro de sus bragas de encaje. Enseguida encuentro el centro de su placer y en cuanto comienzo a mover los dedos sobre él, Marla arquea el cuerpo y emite un profundo gemido. Deduzco que eso le ha gustado y sigo explorando, acariciando y rozando su sexo, que está completamente húmedo.

Me coloco entre sus piernas, le quito las bragas y meto la cabeza entre sus muslos. Ella se abre para mí y tiro de sus piernas deslizándola hasta el borde del asiento para hacerla más accesible. Va completamente depilada, algo que me vuelve loco, e introduzco la lengua en su interior, lamiendo y saboreando su deseo. Me encanta su sabor y lamo de arriba abajo cada uno de sus pliegues, cada uno de sus rincones, hasta llegar al clítoris. Ella se contonea sobre mi boca, se mueve mientras mi lengua dibuja círculos concéntricos en ese punto donde se concentra todo su placer. Levanto las manos y las coloco sobre sus senos. Aún lleva puesto el sujetador y me vuelvo loco con solo pensar en arrancárselo para después tocarlos y lamerlos. La tengo tan dura que me duele. Pero estoy aquí para hacer lo que ella quiera, no lo que yo necesito.

Aparto las manos de su pecho y las bajo hacia sus muslos. Los separo un poco más y ella se deja hacer. Mientras tanto mis labios y mi lengua siguen girando sobre su sexo, mordiéndolo, pellizcándolo, saboreándolo. Meto dos dedos en su interior y ella gime. Gime tan fuerte que estoy a punto de tener un orgasmo y acelero el movimiento de la lengua para hacerla estallar de placer.

—Más, más, sigue, sigue... sigue... —me pide a gritos.

Y obedezco sus órdenes. Meto y saco los dedos de su cuerpo y devoro su clítoris para hacerla gritar de nuevo.

—Siiiiiiii —grita mientras su cuerpo se arquea y se sacude sobre mi boca.

No paro hasta que deja de temblar y se relaja por completo, y me quedo entre sus piernas, escuchando su respiración agitada y preguntándome qué demonios voy a hacer ahora con lo que tengo entre las piernas.

Levanto la vista y vuelvo a mirar a su marido. Su gesto sigue impenetrable, no se ha movido ni un milímetro, aunque sigue sin apartar la mirada de nosotros. Es una situación bastante incómoda y espero con impaciencia lo que suceda a continuación.

Me siento frente a ellos de nuevo y me revuelvo inquieto en el asiento no solo por la situación, también porque mi pene está completamente erecto y no es algo que pueda ocultar con facilidad.

Rodrigo se mete la mano en el bolsillo y saca un puñado de billetes. Los cuenta y aparta una cantidad que tiende hacia mí. Lo cojo sin pensarlo dos veces y me lo guardo en uno de los bolsillos interiores del abrigo. Este dinero acaba de salvarme del desahucio y la más absoluta pobreza, y gracias a él podré seguir estudiando unos meses más mientras sigo buscando trabajo. Prefiero no pensar en la manera en que lo he ganado, pero ha sido fácil y lo que acabo de hacer lo habría hecho igualmente sin cobrar nada.

Marla se coloca la ropa interior y vuelve a subirse la cremallera del vestido. A continuación se inclina hacia adelante y coloca la mano sobre mi pene, que tiene vida propia y ante el solo roce de sus dedos vuelve a crecer hasta llenar su mano. No sé lo que pretende, pero sea lo que sea debería hacerlo ya, antes de que yo mismo tome medidas, aunque tenga que hacerlo delante de dos personas a las que acabo de conocer. Pero el dolor de huevos empieza a ser insoportable y coloco la mano sobre ellos para apretarlos.

—¿Quieres venir a casa a jugar un rato? —me propone ella con voz ronca.

Lo pienso un par de minutos, los pros y los contras, dar un paso más hasta saltarme todos los límites. Pero esos pensamientos se desdibujan en cuanto la imagino desnuda y a cuatro patas mientras la embisto una y otra vez desde atrás. Casi puedo oírle gritar de nuevo y siento la necesidad de hundirme en su cuerpo cuanto antes.

—Te doblo la cantidad —dice Rodrigo.

¿Cómo? ¿Va a pagarme el doble por hacer algo que estoy deseando hacer?

Entonces juego mi baza, finjo pensarlo, aunque hace un rato que lo tengo claro, miro a través de la ventanilla haciéndome el duro y me mantengo así un buen rato, mientras el coche avanza en mitad de la noche y ellos no apartan los ojos de mí.

—Cuatro mil. Te daré cuatro mil más si pasas la noche con ella.

—Está bien —acepto, y veo como Marla sonríe y besa a su marido en la mejilla.

La suya es una extraña relación, había oído hablar de gente a la que le gusta mirar y cada vez está más de moda el intercambio de parejas, pero Rodrigo no parece sentir nada, aunque tal vez su manera de disfrutar sea esa, ver a su mujer montándose con otros mientras él solo mira. Pero ese no es mi problema. Después de esta noche no volveremos a vernos nunca más, ellos seguirán con su vida y yo con la mía, y con siete mil euros en el bolsillo.

La pareja vive en una urbanización cerrada que cuenta con una cabina de vigilancia en el acceso. Su casa es un enorme bloque de hormigón y cristal bastante feo por fuera, pero tiene un jardín y una piscina cubierta flipantes, y aunque la decoración no es lo mío, no le falta ningún detalle. No sé a qué se dedican, pero debe dar mucho dinero para poder mantener todo esto.

Entramos a través de la cocina, donde una mujer extranjera con uniforme, cofia incluida, está cocinando. En cuanto nos ve se dirige hacia nosotros y nos pide los abrigos, aunque soy bastante reacio a darle el mío. Llevo los tres mil euros en el bolsillo interior y prefiero no perderlo de vista.

Atravesamos la cocina y salimos a un largo pasillo que tiene varias puertas a cada lado. Marga camina delante de mí y su marido nos sigue a ambos. Vuelvo a sentirme algo incómodo sabiéndome observado por ese hombre que está justo detrás de mí y que parece completamente frío e impenetrable. Solo ha sonreído una vez, cuando su esposa le ha dado un beso en la mejilla para agradecerle que haya aumentado mi presupuesto en mil euros, como si fuese algo completamente normal.

Llegamos a un dormitorio amplio con una cama de tamaño considerable. La pared es una cristalera, se trata de esos cristales tintados desde los que no se puede ver nada desde el exterior. Junto a la cristalera hay un sillón de una plaza de color rojo, que es donde se sienta Rodrigo, y hay un par de puertas que supongo que conducirán a un baño y a un vestidor. No hay muchos más muebles, solo un par de mesillas y un tocador sobre el que hay una botella de champán y un par de copas.

Marla abre la botella y llena las copas tendiéndome una de ellas. Me la bebo de un trago, ella también la vacía y vuelve a llenarlas estirando el brazo con la que sujeta la suya hacia mí.

—Brindo por una estupenda noche —dice con la mejor de sus sonrisas.

Levanto la copa que sostengo en la mano derecha y la aproximo hacia la suya. El sonido del cristal al entrecocar nuestras copas es el único ruido que se percibe, y vuelvo a vaciar la copa de un trago bajo la atenta mirada de Marla.

—Ha llegado el momento de empezar a jugar —anuncia volviéndose hacia su marido.

Este asiente con la cabeza y repentinamente una música lenta y sugerente llena el ambiente. Marla me empuja contra la cama haciéndome caer sobre ella y después se coloca delante de mí y comienza a desnudarse. Lo hace lentamente, moviéndose al ritmo de la música, mientras su marido y yo la contemplamos fijamente.

Primero baja la cremallera del vestido dejando al descubierto el conjunto negro que en el coche apenas he podido apreciar. Es de encaje, casi transparente, el sujetador apenas le cubre los pezones y las bragas son tan minúsculas que no dejan nada a la imaginación. Marla deja caer el vestido al suelo, se acerca, se contonea. Tiene un cuerpo perfecto. Cintura estrecha, amplias caderas, senos generosos, y piernas largas y delgadas. Comienzo a animarme, mi cuerpo reacciona de nuevo, y una corriente eléctrica me recorre concentrándose de lleno en mi pene.

Lo que más me apetece es arrancarle el sujetador y las bragas, y acabar de una vez con esta tortura que ya dura demasiado. Pero ella parece estar pasándose muy bien y sigue moviéndose, contoneándose y desnudándose al ritmo de la música. La siguiente prenda que se quita es el sujetador. Lo hace mientras me mira fijamente y su lengua se desliza sobre sus labios humedeciéndolos y haciendo que mi polla se ponga completamente dura. Sus tetas, tal como había imaginado en la limusina, son perfectas, grandes, redondas, y están coronadas por unos pezones oscuros que estoy deseando pellizcar y llevarme a la boca.

Marla se gira y su culo queda frente a mi cara. Solo tengo que estirar las manos para tocarlo, y es un culo increíble, algo respingón y muy deseable. ¡Joder! No aguanto más y tiro de ella hasta que se queda sentada sobre mí. Ha llegado mi momento.



Retiro el pelo de su cuello y me sumerjo en él. Huele a perfume caro y a sexo. Deslizo la mano a lo largo de su piel, ella se mueve, echa hacia atrás la cabeza y poso los labios en su cuello, lo beso, lo lamo, lo muerdo, mientras ella gime prestándose a mi juego.

La aprieto contra mí, poso las manos en sus senos y los masajeo deteniéndome en los pezones. Nunca había tocado unas tetas tan perfectas y mi polla se remueve inquieta recordándome que hace tiempo que quiere ser liberada.

Marla se gira quedando a horcajadas sobre mí y nos miramos. Tiene los ojos verdes y de cerca es aún más guapa y deseable. Dibuja el contorno de mis labios con sus dedos y saco la lengua para lamerlos. Después los desliza a lo largo de su cuerpo, hasta el inicio de sus bragas, y los cuela dentro mientras un suave gemido escapa de sus labios. Pego mis labios a los suyos, me trago sus gemidos, busco su lengua y saboreo el movimiento de la suya. Nos besamos con violencia, con deseo, con necesidad.

Marla desabotona mi camisa y se deshace de ella, después se desliza hacia el suelo haciendo lo mismo con mis pantalones y se queda ahí, entre mis piernas, contemplando el bulto que hay bajo mis bóxer. No aguanto más, así que meto las manos bajo la tela para liberar mi erección y sin importarme que a solo unos cuantos metros haya un hombre mirándome fijamente, comienzo a mover la mano sobre ella. Marla me mira con deseo y pocos segundos después su cabeza se pierde en mi entrepierna y su boca se abre paso hasta mi sexo. Se siente increíblemente suave y húmeda, y coloco las manos sobre su cabeza moviéndola hacia adelante y hacia atrás.

Estoy tan caliente que no se cuanto voy a poder aguantar. Y hoy toca dar la talla, tal y como me recuerdan los cuatro mil euros que estoy a punto de ganarme. Así que la cojo de la cintura para colocarla sobre la cama, me deshago de sus bragas de un tirón y hundo la cabeza entre sus muslos. La acaricio con la lengua, la cuelo en el interior de su cuerpo mientras ella suplica más y más. Y se lo doy, asciendo hacia su clitoris y centro toda mi atención en esa zona, lamiéndola y acariciándola con los labios hasta que todo su cuerpo comienza a temblar, y sus gritos inundan la habitación.

Antes de que su respiración se normalice le doy la vuelta colocándola boca abajo. Me pongo un preservativo que cojo de una caja que hay sobre la mesilla y me hundo en ella. Me muevo hacia adelante y hacia atrás, entrando y saliendo una y otra vez de su interior. Ella arquea el cuerpo y se contonea invitándome a seguir, y me froto contra su culo, empujo las caderas contra ella, primero rápido, con fiereza, hasta que siento que estoy a punto de estallar y bajo el ritmo.

Quiero correrme mirando sus senos, chupándolos, notando como sus pezones se ponen duros dentro de mi boca. Salgo de ella y me siento en la cama, apoyando la espalda sobre el cabecero e invitándola a ponerse encima. Marla se incorpora y se coloca sobre mí. Estamos tan mojados que enseguida me cuelo en su interior y ella se balancea y mueve las caderas marcando un nuevo ritmo. Cojo sus senos entre las manos y los acaricio, primero con suavidad, luego con fuerza. Primero con las manos, después con la lengua. Sus pezones están duros y los recorro con la lengua hasta morderlos.

La música sigue sonando, pero yo solo escucho el sonido de nuestros cuerpos rozándose el uno contra otro, nuestras lenguas resbalando por nuestra piel y nuestra respiración cada vez más agitada. Marla sigue moviéndose arriba y abajo, y la agarro por la cintura apretándola contra mí sexo que está a punto de desbordarse.

—Siiiiiiii —grita ella saltando sobre mí.

Noto como su humedad se derrama sobre mi sexo, gruño y me dejo ir mientras ella se desmorona sobre mí.

—¡Joder! —es lo único que se me ocurre decir.

Cierro los ojos un momento intentando recuperarme. Ha sido un buen polvo, lo he pasado bien y me han pagado por ello. Nunca me habían pagado por hacer algo que me gustara, así que me siento satisfecho. Eso me hace recordar que no estamos solos, y miro hacia el sillón desde el que Rodrigo nos ha estado mirando todo el tiempo, pero está vacío, aunque no le he visto salir de la habitación.

Ahora llega la parte en la que no sé qué tengo que hacer. Me han pagado por pasar aquí la noche, pero a este ritmo no creo que aguante hasta mañana.

Marla se tumba sobre la cama y se tapa con la sábana. No sé qué papel me toca jugar ahora, así que la imito y me tumbo a su lado. Al menos ella no espera que la abrace, ni que le diga que la quiero o que ha estado genial. Aunque reconozco que ha sido uno de los mejores polvos de mi vida.

—Durmamos un poco —dice en un susurro—. Por la mañana le diré a Antonio que te lleve a casa.

Supongo que Antonio es el chofer, el mismo que conducía la limusina y que debe acompañarlos a ella y a su marido en sus andanzas nocturnas. No sé con qué frecuencia harán este tipo de cosas, pero tampoco me importa. Esta es la primera noche de muchas que voy a dormirme sin pensar en lo que va a pasar mañana.

Cuando me despierto ya ha salido el sol. Miro el reloj, son las diez de la mañana y debería marcharme ya. Mi trabajo aquí ha terminado, aunque aún tengo que cobrar la cantidad que prometieron pagarme.

Aún estoy medio dormido porque apenas he descansado cuatro horas y llevo muchas noches sin dormir, pero lo solucionaré más tarde echándome una buena siesta. Ahora que mis problemas a corto plazo se han solucionado no puedo despistarme, pero sí relajarme un poco, retomar el ritmo de los estudios y seguir buscando trabajo. Sí, ha sido una noche muy fructífera.

—Buenos días —dice Marla.

Me vuelvo hacia ella, que está completamente desnuda a mi lado, y le doy un buen repaso desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Recién despierta sigue estando cañón y mi cuerpo no tarda en reaccionar, de hecho, ya llevo un rato con una enorme erección entre las piernas, como ocurre cada mañana.

—Buenos días —respondo.

—Supongo que querrás marcharte ya.

—Sí, creo que es lo mejor —le digo sin apartar los ojos de sus senos mientras ella fija los suyos en mi pene.

—Aunque quizá te gustaría darte una ducha antes —me dice con un todo de voz sugerente posando su mano en mi polla.

—Eso estaría muy bien.

La veo levantarse y caminar hacia el baño. Debe medir más de un metro setenta, tiene un cuerpo increíble y parece una de esas modelos que salen en las revistas. Yo tampoco estoy nada mal, al menos eso es lo que siempre me dicen. Mido un metro ochenta y cinco, soy moreno, tengo los ojos azules y un cuerpo delgado y fibroso gracias a las horas de gimnasio. Me gusta cuidarme y cuidar mi aspecto, y reconozco que me esfuerzo bastante para conseguirlo.

La sigo hasta el baño, ella ya está dentro de la ducha, el agua cae sobre su cuerpo y veo como resbala sobre él. La miro un rato mientras sus manos acarician su propia piel hasta detenerse sobre su sexo para comenzar a acariciarlo. ¡Oh, sí! Me gusta su atrevimiento, me gusta que no se corte, que sepa disfrutar de su cuerpo y que no se cohíba porque hay alguien delante. He conocido a un montón de mujeres que solo son capaces de mantener sexo en una postura y que todo lo que se salga de ahí les parece depravado.

Me meto en la ducha y, mientras ella sigue su exploración, cojo mi pene con una mano y comienzo a acariciarlo. Me excita ver cómo se toca, cómo se acaricia y cómo disfruta de ello. Yo también disfruto tocándome mientras la miro y ella me mira. Sin maquillaje y toda mojada es aún más deseable, y sé que a partir de ahora ella formará parte de algunas de mis fantasías.

—Ven aquí —le digo dándole la vuelta y empujándola contra la pared.

No parece molestarle mi brusquedad, al contrario, parece excitarla aún más y cuando mi pene roza su culo arquea el cuerpo y se abre por completo para mí. Salgo un momento de la ducha para coger un preservativo que me coloco con mano experta. Está tan mojada que mi polla se desliza con suavidad en su interior. La agarro por la cintura y me muevo contra ella, entrando y saliendo, cada vez más rápido, cada vez más duro. Marla grita, restriega su culo contra mí y me vuelve completamente loco.

—Sigue —me pide con voz ronca—. No pares.

Salgo un momento de su interior y la giro hacia mí. La empotro contra la pared y ella alza las piernas rodeando mis caderas. En esta posición tengo acceso a sus tetas y paso la lengua sobre ellas, primero una, después la otra, lamiendo cada porción de su piel y deteniéndome en los pezones que están completamente duros.

El agua caliente cae sobre nosotros y solo se oye el gorgoteo del agua, el roce de nuestros cuerpos y nuestros gemidos. Deslizo la lengua hasta su cuello y subo lentamente hacia su rostro. Sus labios entreabiertos invitan a besarla y me introduzco en su boca buscando su lengua mientras su cuerpo comienza a temblar y su vagina se contrae en torno a mi pene. No aguanto más y me dejo ir. Todo mi cuerpo se tensa y la aprieto con fuerza en una última y brutal embestida mientras noto sus uñas clavándose con fuerza en mi espalda.

Terminamos de ducharnos y mientras me seco y me pongo la ropa del día anterior, Marla me tiende un sobre que contiene el pago por mis servicios de esta noche.

—Le diré a Rodrigo que te pague también lo de ahora.

—No, no le digas nada. Me apetecía tanto como a ti.

—Ha sido un auténtico placer —me dice poniéndose de puntillas y depositando un beso en mis labios—. Le diré a Antonio que te lleve a casa.

—Gracias.

De camino a casa pienso en todo lo sucedido. No ha sido un sueño, sino algo muy real. Prueba de ello son los arañazos que llevo en la espalda y que comienzan a escocer. Nunca se me había pasado por la cabeza ganarme la vida de esta manera, tampoco habría aceptado si no fuese porque mi situación fuese desesperada y no porque no me haya gustado. Ha habido suerte y Marla no solo ha resultado ser una amante excepcional, también es preciosa.

Antonio me deja en la puerta del edificio donde vivo y subo las escaleras en lugar de coger el ascensor. Estoy deseando llegar a casa, comer algo y meterme en la cama. Por fin voy a poder dormir de un tirón, sin que los problemas lo impidan mientras busco soluciones desesperadas sin ningún éxito.

María y Nuria están desayunando en la cocina. Aún están en pijama, María lleva uno de cuadros azules y blancos de corte masculino, y Nuria uno de ositos que a mí me parece muy infantil. María no es alta, debe medir un metro sesenta, y, aunque siempre lleva ropa holgada, intuyo que debajo de toda esa tela debe haber un cuerpo muy apetecible. Es rubia y lleva el pelo largo, sus ojos son de color caramelo y tiene unos labios preciosos y muy sensuales. Me gustó nada más verla, pero ella no parece sentir lo mismo por mí, siempre se muestra esquivada y es reacia a permanecer más de unos minutos en la misma habitación que yo a menos que también esté Nuria.

Nuria es alta, delgada y morena. Lleva el pelo muy corto, pero a ella, al contrario que a otras mujeres, le queda bien. Tiene los ojos grises y aunque no es guapa, es simpática y tiene una personalidad arrolladora. Su forma de comportarse conmigo deja muy claro que si yo estuviese dispuesto no le importaría meterse en la cama conmigo. Sin embargo, María me gusta y prefiero mantener mi relación con Nuria en un plano platónico.

—Buenos días —saludo entrando en la cocina—. ¿Hay café?

—¿Has pasado la noche fuera? —pregunta Nuria.

—Sí —respondo sin intención de dar más explicaciones—. Por cierto, esta tarde iré yo a hacer la compra.

—¿Te ha tocado la lotería? —pregunta Nuria.

—Algo parecido —le digo sirviéndome una taza de café.

—¿No irás a dejarnos así? —insiste Nuria.

—Digamos que he tenido un golpe de suerte.

María mueve la cabeza de un lado a otro. Desde el principio no le caí bien y siempre que tiene ocasión no duda en demostrármelo. No conozco la razón, siempre soy amable con ella y nunca he traspasado los límites que ha puesto entre nosotros. Quizá el único problema es que soy un hombre y ella estaría más cómoda compartiendo piso con otra mujer.

—Voy a dormir un rato —anuncio—. Y no lo olvidéis, esta tarde yo haré la compra.

—¡Que descanses, Carlos! —oigo decir a Nuria cuando salgo de la cocina.

María permanece callada, como siempre, no hay manera de que conectemos, aunque lo he intentado de mil maneras. Quizá debería relajarme y dejar de intentarlo de una vez.

Después de pasar la mayor parte del fin de semana durmiendo, el lunes me levanto temprano dispuesto a recuperar los buenos hábitos y seguir buscando trabajo. Afuera llueve y hace frío, pero eso no me quita las ganas de retomar mi vida como ha estado sucediendo estos últimos dos meses.

Estamos en periodo vacacional, las clases no comienzan hasta enero y no tengo pensado irme a Galicia a pasar la Navidad. Mis padres no saben que me he quedado sin trabajo, no quería preocuparlos, pero ahora esa mentira me viene de perlas. Les he contado que es época de mucho trabajo y que este año no puedo ir a casa, y ellos se lo han creído. Quiero a mis padres y los veo muy poco, pero no siento lo mismo por mi hermano y su mujer, de quienes prefiero mantenerme alejado.

Voy al baño con intención de darme una ducha para despejarme. Desde el pasillo no oigo ningún ruido y supongo que las chicas aún no se han levantado. Solo llevo puestos unos bóxer, nunca me ha gustado dormir con pijama, y aunque intento no cruzarme con mis compañeras de piso medio desnudo, no siempre lo consigo. Sé que a María le incomoda. Las dos veces que me ha visto así ha bajado la vista al suelo y ha salido corriendo.

Abro el grifo de la ducha y me quito la ropa interior mientras espero que comience a salir el agua caliente. Tengo el pene completamente erecto y duro, como cada mañana, y como cada mañana coloco la mano sobre él con intención de aliviarme. Me siento en la taza del wáter con el pene en la mano y la muevo de arriba abajo. El sexo en solitario tiene su parte buena y es que sé qué teclas tocar para tener un orgasmo rápido. No hace falta que piense en nada, solo me dejo llevar y estoy tan excitado que no tengo que esforzarme demasiado.

Los músculos de todo el cuerpo empiezan a tensarse, estoy a punto de correrme y acelero el ritmo de mi mano. Cierro los ojos y jadeo, jadeo profundamente, estoy tan cerca que mi cuerpo comienza a temblar. Hasta que la puerta del baño se abre súbitamente y María, con los ojos abiertos de par en par y gesto de incredulidad, aparece tras ella. ¡Joder! La he cagado. Lo sé por la forma en que me mira, aunque esta vez no baja la vista hacia el suelo y sale corriendo como cuando nos cruzamos por el pasillo y yo llevo poca ropa encima. Esta vez parece tan turbada que no reacciona.

—¡Joder! —exclamo en voz alta.

María sigue de pie en la puerta y no sé qué debo hacer ahora. Pero mi pene, que debería haber reaccionado como si le tiraran un cubo de agua helada encima, sigue animado, de hecho, está muy animado, tanto que temo que me juegue una mala pasada. La situación me excita en lugar de cortarme el rollo y deseo con todas mis fuerzas que María se vaya antes de que suceda algo que no pueda perdonarme nunca.

—María —la llamo poniéndome en pie y caminando hacia ella—. Lo siento, yo... —pero no puedo acabar la frase.

Aunque al ponerme de pie he soltado mi pene, este no parece haberlo notado y se sacude, se sacude como si tuviera vida propia y solo puedo volver a cogerlo y apretarlo mientras comienza a descargarse sobre mi mano. También sobre María.

¡Ahora sí que la he cagado del todo!, pienso. Pero solo puedo mirarla deseando averiguar en lo que piensa. Ella se gira y comienza a caminar por el pasillo. Prefiero dejarla ir y no meter más la pata. Las cosas entre nosotros nunca han sido fáciles y esto solo empeora aún más la situación.

Me ducho y me visto antes de ir a la cocina a desayunar. Llevo un buen rato pensando qué voy a decirle a María, después de todo no tengo la culpa de que haya entrado en el baño justo cuando me estaba masturbando y masturbarse es algo completamente natural que hace todo el mundo.

—María, tenemos que hablar —le digo en la cocina, mientras ella está preparando café.

—No tenemos nada de qué hablar —dice categóricamente.

—Lo siento, espero que esto no cambie las cosas entre nosotros.

—Podrías probar a echar el cerrojo, ¿no crees?

—Sí, supongo que tienes razón. No estoy acostumbrado y a veces lo olvido, pero no quiero que pienses que lo he hecho con la intención de que tú o Nuria me pillarais en plena faena. Me siento muy cómodo viviendo con vosotras y no me gustaría que algo así enturbiara nuestra relación —le explico.

—Ya —dice mientras pone la cafetera.

—¡Joder, María! —exclamo acercándome a ella y cogiéndole la barbilla para obligarla a mirarme.

Y vuelvo a meter la pata, porque tenerla tan cerca solo hace que vuelva a excitarme y que desee besar esos labios que quiero probar desde el día que nos conocimos. Son unos labios sonrosados, llenos y muy apetecibles, y mi segundo cerebro se remueve inquieto dentro de los pantalones.

—Lo siento, no volverá a ocurrir. A partir de ahora cerraré siempre la puerta con cerrojo y, si no te importa, también podrías llamar antes de entrar por si acaso me despisto. ¿De acuerdo?

—Está bien —dice apartándose de mí.

—Oye, sé que ha podido resultarte incómodo, pero no es para tanto, lo que pasa es que siempre te he caído mal y ...

—¿Cómo sabes que me caes mal, Carlos? —me interrumpe—. Ni siquiera hemos mantenido una conversación, no nos conocemos, así que no puedo saber si me caes bien o mal. Lo que pasa es que nunca quise compartir piso con un hombre, pero Nuria se empeñó y yo terminé accediendo.

Al menos mi despiste con el cerrojo parece haber traído algo bueno. María acaba de decirme que no le caigo mal, así que después de todo me he equivocado, ella no me odia y eso abre todo un abanico de posibilidades. Solo tengo que conocerla un poco más y quizá pueda tener alguna oportunidad con ella. No sé por qué, pero esta mujer me vuelve loco y forma parte de muchas de mis fantasías sexuales.

—De acuerdo, ¿qué te parece si volvemos a empezar? —pregunto animado.

—Mejor dejamos las cosas como están —responde ella—. Hagamos como si nada de esto hubiese pasado.

—Bien, si eso es lo que quieres me parece correcto.

Salgo de casa media hora después y me acerco a varios bares de moda para dejar mi curriculum. Después me acerco al gimnasio, me pongo al corriente de pago y paso las siguientes dos horas quemando adrenalina.

A medio día quedo con un par de amigos de la universidad para comer y la comida termina alargándose hasta altas horas de la madrugada. Sé que debo ser cuidadoso con los gastos y que en unos pocos meses volveré a encontrarme en la misma situación que hace un par de días, pero hacía mucho tiempo que no me salía nada bien y solo quiero divertirme un poco, nada que no haría un chico de mi edad.

—¿Te ha tocado la lotería? —me pregunta Guillermo al verme sacar un billete de quinientos euros.

—No, en realidad no —respondo—. De hecho no he encontrado trabajo aún y las cosas empiezan a ponerse difíciles.

—Oye, el otro día estaban buscando camareros en un bar que hay aquí al lado —dice Rubén.

—¿En serio? Pasaré a preguntar cuando salgamos.

—Conozco a uno de los camareros, es el novio de una amiga, así que luego te acompaño.

—Sí, es buena idea.

—¿Qué tal con tus compañeras de piso? ¿Aún no te las has tirado? —pregunta Rubén.

—Claro que no, solo somos compañeros y prefiero que las cosas sigan así —miento—. Vivir con dos chicas es mucho mejor que vivir con de lo que pensaba. La casa siempre está limpia y ordenada, y en la nevera nunca falta comida.

—Joder, tío, pues sí que te cuidan bien —opina Guillermo.

—En realidad tenemos turnos para hacer la compra y la limpieza —les confieso.

—¿También te planchas la ropa? —me pregunta Rubén.

—Claro —asiento con la cabeza—. ¿Por qué no iba a hacerlo? También lo hacía antes.

—Joder, es verdad —se ríe Rubén.

—Creo que eres demasiado joven para pensar así —le digo.

—¿Así? ¿A qué te refieres?

—Como pensaba tu abuelo. Las tareas de la casa no le corresponden a las mujeres, tío, esa es una forma de pensar machista y desfasada.

—Tienes razón —dice Guillermo.

—¿Tú también? —inquire Rubén.

—Claro que sí, tío, las mujeres no son nuestras sirvientas, deberías tenerlo claro.

—Dejemos este tema y larguémonos a otra parte —propone Rubén.

Nunca habíamos mantenido este tipo de conversación y Rubén, a quien considero un buen amigo, nunca me había parecido machista. Cuando vivíamos juntos simplemente dejábamos que las tareas de la casa se acumularan y de vez en cuando poníamos dinero para que alguien viniera a poner orden a nuestro caos. Las personas nunca dejan de sorprendernos, por muy bien que creamos conocerlas. Y esto lo ha sido, una desagradable sorpresa que me deja muy mal sabor de boca.

Pero estoy un poco borracho por la cantidad de cerveza que hemos bebido y me apetece pasar una noche de desconexión total después de las desastrosas semanas que he pasado. Así que apuro el tercio y me pongo en pie dispuesto a pasármelo bien. Y lo hacemos, nos divertimos como siempre, bebemos, nos reímos, a media noche conocemos a unas chicas, y acabamos enrollándonos con ellas. María me gusta y voy a esforzarme un poco más para conquistarla, pero no voy a desperdiciar ninguna de las oportunidades que se presenten en mi vida, mucho menos tratándose de sexo.

Paso la Nochebuena solo en casa con un par de pizzas congeladas y la nevera llena de cerveza. Nuria y María se han ido a pasar las fiestas con su familia y no regresarán hasta después de Nochevieja. María es de Soria y Nuria de un pueblo de Ciudad Real del que no recuerdo el nombre.

Echo de menos la cocina de mi madre, probablemente la mesa estará llena de deliciosos manjares esta noche, pero la idea de tener que compartirla con mi hermano y su odiosa mujer me hace pensar que he tomado la mejor decisión. No sé cómo Juan puede aguantarla, ni tampoco mis padres, aunque afortunadamente ellos solo la ven un par de veces al año, en Navidad y algunos días durante las vacaciones de verano. Montse, que así es como se llama mi cuñada, es una mujer caprichosa que mira a todo el mundo por encima del hombro. Supongo que Juan ha encontrado la horma de su zapato, él siempre ha sido un gilipollas que se avergüenza de su familia y de sus orígenes humildes.

Paso la noche viendo absurdos programas de televisión que deben llevar meses grabados, hasta que me quedo dormido en el sillón, que ha conocido tiempos mejores y ahora no es más que un amasijo de muelles que me deja la espalda echa un asco. Las chicas han intentado mejorar su aspecto colocando sobre él una tela verde con dibujos tribales, y lo han conseguido, aunque sigue siendo un instrumento de tortura.

El día de Navidad quedo con algunos amigos para tomar unas cañas y regreso a casa a las tres de la madrugada, muerto de hambre y completamente borracho, pero los siguientes días sigo con mi agenda. Dejo curriculum en bares y restaurantes, voy al gimnasio y regreso a casa a la hora de comer para pasar la tarde poniéndome al día con los estudios. No me dejo tentar por ninguna de las invitaciones de mis amigos, no quiero volver a dejarme llevar y terminar como hace unas semanas, con diez euros en el bolsillo y sin saber qué voy a hacer con mi vida.

El viernes por la mañana, mientras me doy una ducha, alguien llama a la puerta. Salgo aún enjabonado y chorreando agua. Quien quiera que sea parece tener mucha prisa y no deja de aporrear la puerta y llamar al timbre. Solo llevo una toalla alrededor de la cintura, así que espero que no sea la casera, una mujer de más de setenta años a quien la idea de tener a un hombre viviendo en su piso no parece hacerle mucha gracia.

Marla sonríe de forma deslumbrante frente a mí. Lleva un abrigo negro que contrasta con su rubia melena perfectamente peinada y a la luz del día sus ojos son más verdes de lo que recordaba. No sé qué está haciendo aquí, ni cómo me ha encontrado, hasta que recuerdo que Antonio, su chofer, me trajo a casa aquella mañana. ¡Mierda! Debí decirle que me dejara en otro sitio, aunque ahora es un poco tarde para lamentarse.

—¡Hola! —me saluda entrando en mi piso sin esperar a ser invitada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo algo que proponerte —dice mientras se quita el abrigo y lo deja sobre el sillón—. ¿Estás solo?

Asiento con la cabeza sin apartar los ojos de ella. Lleva un vestido de cuero negro completamente pegado a su cuerpo, una cremallera lo atraviesa de arriba abajo, como el que llevaba la otra noche, y solo puedo pensar en tirar de ella hacia abajo para dejarla desnuda.

—¿Te he pillado en la ducha? —dice acercándose peligrosamente.

—Sí —respondo.

—Quizá deberías volver a la ducha —dice con voz ronca, y noto como mi polla reacciona al oír su voz y se endurece.

—Quizá.

—¿Estamos juguetones? —susurra mirando hacia mi entrepierna.

—¿Tú qué crees?

Marla se deshace de la toalla dejándome desnudo y aunque esta vez no hay dinero por medio, no me importa que lo haga.

—Esto está muy bien —dice cogiendo mi pene entre sus manos—. Y yo estoy muy cachonda.

Las ganas de volver a meterme en la ducha para deshacerme del jabón se me quitan por completo, a menos que ella me acompañe y se encargue de frotarme la espalda.

Marla baja la cremallera de su vestido y deja al descubierto un conjunto de ropa interior morado tan pequeño como el de la otra vez y completamente transparente. Lleva medias y ligero, y se alza sobre unos imponentes tacones de aguja. La recorro con la mirada y la observo mientras se arrodilla y su boca queda a la altura de mi pene. Sé lo que va a hacer a continuación, pero mi cuerpo se tensa con anticipación y no puedo dejar de mirarla mientras abre la boca, saca la lengua y comienza a lamermela. ¡Oh, dios! Esta mujer tiene una lengua increíble y sabe muy bien cómo utilizarla.

Cuando se la mete en la boca comienzo a moverme hacia atrás y hacia adelante, dentro y fuera de su boca, sintiendo el roce de sus labios, el tacto de su lengua y su humedad. Me correría inmediatamente si no fuese porque estoy deseando lamermela de arriba abajo, y empotrarla contra la pared para follármela.

—Ven —le digo cogiéndola de la mano para ayudarla a que se levante.

Recojo la ropa del suelo, aunque las chicas estén de viaje prefiero no tentar a la suerte, no puedo arriesgar de nuevo mi relación con María.

La tumbo sobre la cama, que afortunadamente he hecho hace un rato. La habitación está limpia y ordenada, porque me encargué de ello ayer para no perder la costumbre. Y también me alegro de ello.

Me coloco sobre ella y comienzo a besarla, primero en la boca, que aún conserva mi sabor, y después deslizo la lengua hacia abajo, lamiendo por completo todo su cuerpo hasta llegar a su clitoris para detenerme sobre él. Marla gime y me vuelve loco, grita cuando introduzco un par de dedos en su interior y acelero el ritmo para llevarla a la cima sabiendo que después seguirá estando preparada para mí.

Sus manos se aferran con fuerza a las sabanas y sé que está a punto, así que muevo frenéticamente la lengua hasta que la oigo gritar y su cuerpo se tensa para después relajarse por completo. Pero no le doy tregua, inmediatamente me pongo un preservativo, me coloco sobre ella y me cuelo en su interior. Marla me rodea con las piernas y me aprieta contra su cuerpo. Esta caliente y suave, y mis caderas se mueven en círculos, despacio, disfrutando de cada roce y cada movimiento.

—Me gusta —susurra.

—Y esto, ¿te gusta? —le pregunto poniéndome de pie y arrastrándola conmigo.

Es lo que he querido hacer desde que la he visto. Ponerla contra la pared y colocarme tras ella. Metérsela hasta el fondo y hacerla gritar de placer. Marla levanta las manos por encima de su cabeza y las coloca contra la pared, arquea el cuerpo y frota su culo contra mi pene. La penetro desde atrás, despacio primero, y voy aumentando el ritmo según aumenta el volumen de sus gemidos.

Marla se contonea contra mí, su mano se desliza entre sus piernas y comienza a tocarse, y pienso que hoy debe ser mi día de suerte. No puedo dejar de pensar en todas las cosas que me gustaría hacerla y que estoy seguro ella aceptaría encantada.

—¡Joder! —exclama alguien a mi espalda.

Estoy en plena faena y no puedo parar, pero he escuchado claramente esa voz y quiero saber si ha sido mi imaginación, que me ha jugado una mala pasada, o ha sido real. Giro la cabeza sin dejar de moverme, María está en la puerta de mi habitación, acaba de pillarme follándome a otra mujer, y aunque no hay nada entre nosotros y no le debo ninguna explicación, solo pienso en acercarme a ella y explicárselo todo.

¿Qué está haciendo aquí? No debería haber vuelto hasta dentro de unos días, se suponía que pasaría la Nochevieja en casa de sus padres, con su familia.

Nuestras miradas se encuentran a medio camino, intento leer sus ojos, pero no tengo ni idea de lo que está pensando. Marla se mueve contra mí invitándome a seguir, mi pene reacciona, aunque mi cabeza está en otra parte, y mi cuerpo se deshace en espasmos mientras alcanzo un increíble orgasmo.

María da media vuelta y sale de la habitación dando un portazo. Quiero correr tras ella, pero estoy aquí, con Marla, y no quiero que piense que María y yo estamos juntos, entre otras cosas porque no es cierto.

—¿Quién era? —me pregunta Marla.

—Es una de mis compañeras de piso.

—¿No debería llamar a la puerta antes de entrar? A menos que...

—No, no estamos juntos, de hecho ni siquiera nos llevamos bien —respondo.

—Pues por la cara que ha puesto habría jurado que hay algo entre vosotros.

—María es así y supongo que no le hace ninguna gracia que traiga a mis ligues a casa.

—No me has traído tú, he venido yo sola —dice acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos quedan completamente pegados y su boca se posa sobre la mía.

—Creo que será mejor que... —le digo señalando la puerta.

—Claro —acepta ella separándose de mí—. Pero he venido a ofrecerte algo.

Le tiendo la ropa para que se vista y saco una camiseta y unos pantalones del armario para mí. Aún no me he quitado de encima el jabón y noto la piel tirante, pero ahora es más importante que vaya a hablar con María, aunque no tengo ni idea de por qué siento esta inquietud.

—Dentro de unos días haré un pequeño viaje y quiero que me acompañes —comienza a decir—. Por supuesto, te pagaré bien.

—¿No puede acompañarte tu marido?

La idea de ganar un poco de dinero es muy tentadora, pero la forma de ganarlo empieza a resultar peligrosa. Hace unos días estaba en una situación desesperada y Marla y su marido aparecieron de la nada poniendo fin a mis problemas. Ahora es diferente, no es que me sobre el dinero, pero aún puedo sobrevivir unos meses en el caso de que no encuentre trabajo. No tengo ninguna necesidad de volver a hacerlo.

—No, a Rodrigo no le gustan este tipo de... viajes.

—No lo sé —respondo—. Voy un poco retrasado con los estudios y...

—Te daré veinte mil euros por un fin de semana —me interrumpe ella.

¡Joder! Eso es mucha pasta. Con ese dinero no tendría necesidad de trabajar en todo lo que queda de curso y podría centrarme únicamente en estudiar.

—¿A dónde es ese viaje?

—No importa dónde, sino que vienes conmigo.

—¿Tú y yo solos?

—No exactamente. En realidad es una fiesta, una enorme fiesta que dura todo un fin de semana y en la que habrá un poco de todo, buena comida, buena compañía y... mucho sexo.

—¿Por qué no hablas claro? —Empiezo a impacientarme, no sé si me está ofreciendo hacer ese viaje solo con ella o al decir buena compañía se refiere a que nos va a acompañar alguien más.

—Un amigo mío hace unas fiestas fantásticas en su casa. Hace tiempo que no voy porque hasta ahora no he encontrado una pareja adecuada para ir y es obligatorio ir acompañada —comienza a decir—. No voy a mentirte, es una fiesta sexual. Se puede practicar sexo en cualquier parte, en público o en privado, con una o varias personas, todo depende de ti.

—¡Joder! No sé si estoy preparado para algo así.

—Es suficiente con que me acompañes, si no quieres no tienes que tener sexo con nadie. Aunque no lo creas, la gente que va a este tipo de fiestas es muy respetuosa y nadie va a obligarte a hacer nada que tú no quieras hacer.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. ¿Qué me dices?

—Iré contigo —acepto.

—Gracias —me dice con una enorme sonrisa—. Ahora tengo que marcharme, Rodrigo me está esperando en el coche. Este es mi teléfono —dice tendiéndome una tarjeta—. Llámame en un par de días y te daré todos los detalles.

María no está en casa cuando salgo de la habitación. La busco por todas partes e incluso me atrevo a entrar en su habitación, lugar al que nunca he sido invitado, pero solo encuentro su maleta. La conversación con ella tendrá que esperar y paso el resto de la tarde estudiando.

Supongo que discutiremos y ella me dirá que no ha sido buena idea traer a una mujer a casa. Pero estaba solo, ella y Nuria se habían marchado de la ciudad y no estaba previsto que ninguna de ellas volviera hasta pasado el Año Nuevo. Me siento como cuando siendo un adolescente mis padres se iban unos días de vacaciones y me quedaba solo en casa con mi hermano. Antes de marcharse siempre nos daban la misma charla: nada de fiestas, nada de chicas y nada de alcohol o drogas. Pero ya no soy un adolescente y en estos cuatro meses de convivencia nunca he traído a nadie a casa, ni siquiera a un amigo.

En cuanto oigo abrirse la puerta de la calle salgo en busca de María. Tiene la nariz roja por el frío y está temblando. Me siento mal por ella, estoy seguro de que la culpa de que se haya marchado y haya pasado todo el día fuera ha sido mía, y parece tan pequeña y vulnerable que tengo ganas de abrazarla y darle calor.

María lleva un anorak de plumas rojo y bufanda, guantes y gorro de lana de color negro. A pesar de la nariz roja y de no llevar maquillaje está preciosa, y tengo que hacer un enorme esfuerzo para no acercarme a ella y besarla.

—María, yo... —comienzo a decir, pero ella levanta la mano con la palma vuelta hacia mí instándome a que me calle.

—No quiero hablar, estoy muerta de frío y cansada, y llevo todo el día dando vueltas por ahí.

—No tenías por qué marcharte.

—No quería quedarme aquí escuchando como tu amiga y tú gritabais —me dice, pero su tono de voz es neutro y no sé si está enfadada.

—No la invité, ella vino a hacerme una visita, Nuria y tú estabais fuera y...

—¿Por qué me cuentas todo eso? —me interrumpe comenzando a quitarse los guantes y el gorro.

Tiene el pelo un poco revuelto y sus mejillas han comenzado a colorearse porque empieza a entrar en calor. Comienzo a tener serios problemas para quedarme aquí de pie, frente a ella, mientras mi pene se hincha dentro de los pantalones.

—Desde que estoy viviendo con vosotras ninguna de las dos habéis invitado a nadie y supuse que había algunas reglas no escritas.

—Te equivocas, si quieres traer a tu novia y acostarte con ella no hay problema, aunque no estaría de más que avisaras para que Nuria y yo hagamos otros planes y podáis disponer del piso para vosotros solos —me explica María.

—María no es mi novia, solo nos hemos visto un par de veces.

—¿Y la invitas a subir a casa?

—No, yo no la invité, ya te lo he dicho. En cuanto a avisaros, también te lo he dicho, se suponía que Nuria y tú no regresarías hasta dentro de unos días —repito.

—La habitación tiene cerrojo, deberías usarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es mi habitación y no sabía que ibas a regresar hoy.

—En ese caso me alegro de no haberos pillado haciéndolo en el salón.

—Oye, María, no he hecho nada malo, pero tal y como te comportas parece que sí lo he hecho, algo malo e imperdonable —me atrevo a decir.

—Yo no he dicho eso, solo estoy... sorprendida.

—¿Sorprendida?

—Mejor hablamos en otro momento —dice quitándose la bufanda y el anorak.

María siempre viste vaqueros y sudaderas, pero hoy lleva una fina camiseta negra y pantalones ajustados del mismo color. Es la primera vez que la veo así vestida y, tal y como había imaginado, tiene un cuerpo precioso y bien proporcionado. No puedo apartar los ojos de ella, es imposible, y no quiero que se vaya a su habitación como hace cada vez que estamos solos.

—¿Por qué no hacemos la cena y me cuentas por qué has regresado? —pregunto esperanzado.

—He comido algo antes de venir y estoy cansada, así que me voy a la cama —me dice comenzando a andar hacia el pasillo.

—¿No vas a contarme por qué has vuelto? —insisto.

—Mañana tengo una entrevista de trabajo, nada importante, solo son unas clases particulares un par de veces a la semana. No me quitará demasiado tiempo y me ayudará a despejarme un poco.

—Espero que tengas suerte —le deseo.

—Gracias.

Cuando se gira y comienza a caminar hacia el pasillo mis ojos se dirigen hacia su culo. Es un culo pequeño y perfecto, debería usar más este tipo de prendas en lugar de esconderse bajo esa ropa holgada y sin forma que suele llevar siempre puesta.

Termino cenando una vez más pizza y viendo en la tele la repetición de uno de esos programas navideños. Es lo que he estado haciendo estos últimos días y hasta comenzaba a disfrutar de la soledad, y de no hacer nada que me exigiera esfuerzo alguno, pero ahora que María ha vuelto y sé que estamos los dos solos, solo puedo pensar en ella.

Me levanto temprano siguiendo la rutina que me he marcado. Antes de desayunar me doy una ducha y me doy cuenta demasiado tarde de que no estoy solo y he vuelto a olvidar echar el cerrojo. Pero ya estoy bajo el chorro de agua caliente y las cortinas de la bañera están echadas. Desde que María me pilló masturbándome en el baño ahora solo lo hago en mi habitación, excepto los días que he estado solo y podía hacerlo libremente en cualquier parte de la casa.

—Carlos, ¿estás ahí? —pregunta María llamando a la puerta.

—Estoy en la ducha.

—Tengo un poco de prisa y necesito lavarme los dientes.

—La puerta está abierta —digo en voz alta para que pueda oírme—. Estoy dentro de la ducha, si a ti no te importa a mí tampoco.

Oigo el sonido de la puerta al abrirse y a María abriendo uno de los armarios para coger su cepillo de dientes. Intento seguir a lo mío y me llevo las manos a la cabeza para frotarme el pelo, pero la curiosidad es demasiado grande y echo un vistazo a través de la abertura que hay entre las dos cortinas. María se lava los dientes, después se aclara la boca y a continuación saca un pintalabios de la bolsa de aseo y se pinta mirando su reflejo en el espejo. Mirar esos labios mientras se abren y se cierran, mientras se juntan y se mueven el uno sobre el otro, me resulta de lo más excitante. Mi pene se pone duro y crece entre mis manos, aunque hasta este momento no había reparado en que había puesto las manos sobre él.

No debería hacerlo, debería esperar a que se marchara para seguir adelante, pero resulta demasiado excitante saber que ella está ahí, a solo unos pocos metros, y no puedo evitar hacerlo. Apoyo la mano izquierda sobre los azulejos, me coloco bajo el chorro de agua y comienzo a mover la mano a lo largo de mi erección. Abro la boca permitiendo que el agua entre en ella para ahogar así mis gemidos. Aumento el ritmo de mis movimientos, deslizo la mano por mi largura mientras pienso en María, en sus labios y en lo que haría con ellos si ella me lo permitiese, y ese pensamiento me pone tan caliente que no tardaré en correrme.

Me doy la vuelta, apoyo el cuerpo contra la pared y dirijo la vista hacia las cortinas. Detecto un leve movimiento en ellas y, aunque la abertura entre ambas cortinas es de apenas un centímetro, puedo ver a María. Sin embargo, finjo que no me he dado cuenta y sigo acariciándome. Si hace un momento estaba excitado, ahora estoy a punto de correrme. Saberme observado por ella es un poderoso aliciente que me lleva a acelerar el ritmo, hasta que siento que el orgasmo se acerca y aprieto la

mano con fuerza en torno a mi sexo. Y me vació, me vació por completo dirigiendo la mirada hacia esa pequeña abertura, deseando estirar la mano para poder tocarla. Porque ella sigue ahí, completamente quieta, sin apartar los ojos de mí.

Paso la mañana en el gimnasio y después voy a comer con algunos amigos. La comida se alarga hasta la tarde, pero cuando llega la noche y a pesar de su insistencia para seguir con la juerga, me despido de ellos y llego a casa con la cabeza llena de ideas para abordar a María. Pero ella ya está en su habitación y, aunque paso un buen rato en la cocina y remoloneando en el salón, no sale en ningún momento. Supongo que me está esquivando y que si quiero llegar hasta ella tendré que trazar algún plan más agresivo.

Antes de irme a la cama recibo un mensaje de Marla diciéndome que el viernes a las cinco pasará a recogerme por casa, tal y como hemos quedado, y me pide un número de cuenta para ingresar el dinero que me pagará por acompañarla el fin de semana. Empiezo a arrepentirme de haber aceptado. La idea de cobrar por ser su juguete sexual no me gusta demasiado y me inquieta no saber lo que voy a encontrarme en esa fiesta.

Intento consolarme pensando en el dinero y en todo lo que podré hacer gracias a él. Pero ahora solo puedo pensar en María, que está sola en su habitación mientras yo estoy solo en la mía. Me duermo pensando en ella y cuando me despierto por la mañana su rostro es lo primero que aparece en mi cabeza.



—¿Tienes planes para esta noche? —le pregunto a María mientras tomamos una taza de café en la cocina.

—No, unas amigas me han invitado a una fiesta después de tomar las uvas, pero no tengo planes para cenar. Supongo que no haré nada especial. ¿Y tú?

Esta es mi oportunidad y no puedo desperdiciarla. Llevarla a cenar esta noche a algún sitio es imposible si no has reservado con meses de antelación, pero me gusta cocinar, no lo hago nada mal, y podría preparar la cena para los dos esta noche.

—Tampoco tengo planes para la cena —le confieso—. Pensaba cocinar algo especial y comérmelo mientras veo uno de esos absurdos programas navideños.

—¿No vas a cenar con tu novia?

—Ya te lo dije, no tengo novia. Solo he visto a Marla un par de veces y no sé si volveremos a vernos —miento—. ¿Qué te parece si voy a hacer la compra y esta noche cocino para los dos?

María parece pensar en ello y cruzo los dedos para que acepte. Esta sería nuestra primera cena juntos y solos, y quizá sea la gran oportunidad que he estado esperando.

—Dime lo que te gusta y haré una lista —le propongo, aunque conozco perfectamente sus gustos.

—Deja que lo piense —responde finalmente dejando la taza en el fregadero.

—Como quieras, iré a comprar y si decides que te apetece que cenemos juntos estaré por aquí.

María asiente y sale de la cocina dejándome solo. ¿Esta es mi manera de aprovechar las oportunidades que se presentan? Me siento como un imbécil intentando ligar con una mujer que pasa de mí por completo. Nunca he tenido problemas para ligar, siempre ha resultado una actividad bastante sencilla y placentera, pero nunca antes había sentido por nadie lo que ahora siento por María.

Friego las tazas del desayuno, busco algunas recetas en internet y hago una lista con los ingredientes que necesito. Después voy al mercado y, aunque los precios son prohibitivos, pienso que merece la pena el esfuerzo si eso supone acercarme un poco a María. Eso es todo lo que quiero y lo que necesito. Una cena tranquila con la mujer que ocupa mis sueños cada noche. Una noche juntos que me permita conocer un poco mejor a la chica que se oculta bajo esa ropa holgada y ese gesto adusto.

Cuando vuelvo a casa María se ha marchado. Su abrigo no está en el armario de la entrada y me preguntó si volverá a tiempo para la cena. Aún es solo medio día, tengo toda la tarde por delante para poner a prueba mi pericia en la cocina y las siguientes horas las paso cocinando y releendo, una y otra vez, las recetas que he seleccionado para no olvidarme de nada.

A las ocho y media de la tarde pongo en el horno la merluza que he comprado y que he rellenado previamente. Sé que es uno de los platos favoritos de María porque se lo he oído decir mientras hablaba con Nuria. También he hecho algunos entrantes, un cocktail de marisco y un pastel de chocolate. Espero no tener que comerme todo esto yo solo, porque he preparado comida suficiente para sobrevivir varios días.

Me voy a dar una ducha y a cambiarme de ropa. Quiero estar presentable cuando llegué María, aunque según pasa el tiempo comienzo a pensar que no va a venir y que se ha quedado en casa de alguna amiga para no tener que enfrentarse a mí. No sé por qué me odia, aunque ella lo niegue, o tal vez me equivoque y haya sufrido un desengaño amoroso en el pasado que la hace odiar todos los hombres.

Después de ducharme y afeitarme me siento mucho mejor. Es Nochevieja, me espera una cena fabulosa que he cocinado yo mismo y esta noche iré a una fiesta donde habrá montones de alcohol y mujeres. Además, gracias a un golpe de suerte, voy a poder centrarme más en la universidad. Por primera vez en mi vida no tengo que contar cada uno de los céntimos que puedo gastar y eso es motivo suficiente para sentirme bien.

Salgo al pasillo con una enorme sonrisa y me dirijo hacia mi habitación para vestirme. Solo me he puesto unos vaqueros y llevo el torso desnudo y los pies descalzos, no quería que la camisa que voy a ponerme esta noche se arrugara con el vapor del agua caliente. Me encuentro de frente con María y la cojo de los brazos antes de que choque conmigo. Sus ojos se abren de par en par cuando reparo en que no llevo ropa de cintura para arriba. Me preparo para una nueva reprimenda, pero María no dice nada, su mirada está fija en mi cuerpo y sus ojos siguen el camino que va trazando una gota de agua que resbala por mi pecho. La mía se centra en sus labios, tengo tantas ganas de besarlos que me cuesta contenerme. Estamos demasiado cerca, mi cuerpo comienza a reaccionar, tengo que hacer algo antes de que eso suceda y ella empieza a pensar que soy un perverso sexual.

—La cena está lista, ¿cenarás conmigo? —la digo apartándome de ella.

—No... no tengo hambre —responde.

—Venga, es Nochevieja, nuestras familias están lejos y somos compañeros de piso. Además, he pasado toda la tarde cocinando y he de decirte que soy un excelente cocinero —bromeo.

—Está bien, voy a cambiarme de ropa —acepta.

—No es necesario que te cambies de ropa, ya tendrás tiempo después si vas a salir.

—Iré a dejar el bolso a la habitación y te ayudaré a poner la mesa.

—Vale, voy a ponerme una camiseta.

Elijo una camiseta de algodón en lugar de la camisa que tenía preparada sobre el respaldo de la silla. María va vestida con unos pantalones vaqueros y una de sus anchas sudaderas, y me sentiré más cómodo con una simple camiseta. Regreso a la cocina, echo un vistazo al interior del horno para comprobar cómo va la comida y comienzo a sacar los platos y los cubiertos para empezar a poner la mesa.

—¿Has preparado todo esto tú? —pregunta María mirando hacia la encimera donde hay un montón de bandejas y platos llenos de comida.

—Sí, cocinar me gusta, aunque no lo haga demasiado.

—¿Cenamos aquí o en el salón?

—Elige tú.

—Cenaremos aquí, es mucho más práctico —dice cogiendo los platos y los cubiertos que llevo en la mano.

Práctico, justo la última palabra en la que pienso en este momento. Había comprado algunas velas y unas flores que he dejado en mi habitación, pero ahora me alegro de no haberlas sacado porque me sentiría completamente ridículo. También he comprado champán, aunque supongo que en una noche como esta puede considerarse una bebida normal y no algo con tintes románticos.

Cenamos en silencio al principio, pero según avanza la noche y cuando abrimos la segunda botella de vino, María comienza a relajarse y por primera vez veo a una chica simpática, ocurrente e incluso bromista, en lugar de la mujer seria y comedida que suele ser siempre. Me gusta el cambio, aunque me gustaría más no haber tenido que recurrir al alcohol para conseguirlo.

—¿Qué tal fue la entrevista ayer? —le pregunto mientras le sirvo un trozo del pastel de chocolate.

—Bien, comenzaré cuando pasen las fiestas. Solo son dos veces a la semana, pero me gusta la idea de dar clases particulares —responde—. ¿Qué tal tú? ¿Has encontrado trabajo?

—No, aún no, y ya no sé dónde buscar. Creo que he entregado curriculums en todos los bares y restaurantes de Madrid.

—No hay mucho trabajo. ¿Has probado a dar clases particulares? Se pagan bien y no tendrías que trabajar los fines de semana.

—Nunca lo he pensado, pero tienes razón, debería pensar en ello. Gracias —le agradezco—. ¿Dónde irás esta noche?

—Creo que iremos a casa de un amigo. Vive en un chalet y sus padres están de vacaciones. Nada demasiado formal.

—Así que aprovechando la ausencia de los padres para liarla —sonríó.

—No creo que sea una fiesta multitudinaria si te refieres a eso. Solo iremos unos cuantos amigos. Juguemos al trivial, cantaremos los grandes éxitos del nuevo *SingStar* y, cuando estemos lo suficiente borrachos, terminaremos bailando *Paquito Chicolatero*.

—Apasionante.

—Supongo que tú eres más de *Strip Poker* —dice enfadada.

—¿Por qué lo dices?

—Sabes por qué lo digo.

—No, no lo sé. Que me hayas pillado masturbándome en el baño o acostándome con una amiga no significa que me pase el día pensando en el sexo.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Qué intentas decir?

—Nada —responde bebiendo de su copa.

—Pues yo creo que intentas decirme algo —insisto.

—Creo que será mejor que vaya a cambiarme de ropa —dice comenzando a levantarse.

—No puedes irte así —le digo cogiéndola del brazo—. Nunca terminamos una conversación.

—Esto ha sido un error.

—¿Qué problema tienes conmigo? —inquiero.

—No tengo ningún problema contigo —dice deshaciéndose de mi mano que sigue aferrada a su brazo—. Ya te lo dije, habría preferido otra chica para compartir piso.

—Las chicas también se masturban y tienen sexo —observo—. Y orgasmos.

—¿Por qué me dices todo eso?

—Porque desde el principio me lo has puesto bastante difícil, pero después de esos dos episodios estás más esquiva que nunca.

—Que compartamos piso no significa que tengamos que ser amigos —me aclara.

—No, claro que no, pero también podríamos serlo.

—Tengo que irme —dice poniéndose en pie y saliendo de la cocina.

¡Mierda! No sé qué demonios le pasa a esta mujer conmigo, pero nada de lo que hago funciona con ella. Debería dejar de intentarlo y olvidarla. Debería ignorarla, tal y como ella me ignora a mí, quizá esa sea la única manera de conquistarla.

Me despierto a las cinco de la tarde muerto de hambre. La de ayer fue una noche épica. Buena música, montones de alcohol y, tal y como había imaginado, montones de tías dispuestas a pasar un buen rato. Y allí estaba yo, dispuesto a disfrutar de todo. Llegamos cuando la fiesta estaba en pleno apogeo y cuando nos marchamos, justo cuando empezaba a amanecer, aún seguía en pleno apogeo.

Mis amigos y yo conocimos a unas chicas de primero de medicina poco después de llegar. Guapas, divertidas y muy cachondas. Después de la tercera copa ya tenía a una en el bote y tras la cuarta estábamos en la parte trasera de su coche follando como locos. Sin compromisos, sin traumas y sin intercambiar los números de teléfono.

Doy un par de vueltas en la cama. No puedo volver a dormirme y tampoco quiero levantarme y encontrarme con María. Aún estoy molesto por sus comentarios de ayer durante la cena, pero tengo hambre, no he probado bocado desde ayer y la nevera está llena de la comida que sobró.

Me siento en la cama, estoy completamente desnudo y mi pene tan animado como siempre. Pensar en María, a pesar del enfado, tiene este efecto en mí, aunque no han pasado ni diez horas desde mi último polvo. Apoyo la espalda contra el cabecero de la cama esperando que la erección se me pase, pero diez minutos después sigue igual y decido ponerle fin de la mejor manera. Coloco la mano derecha sobre mi pene y comienzo a acariciarlo. Cierro los ojos y pienso en María, en sus labios, en todo lo que desearía hacer con ellos y en todo lo que me gustaría que me hiciera. Imaginarla desnuda y cabalgando sobre mí me excita tanto que solo necesito aumentar un poco el ritmo de los movimientos de mi mano para estar al borde del orgasmo.

Los músculos comienzan a tensarse, estoy cerca, muy cerca, y bajo el ritmo para alargarlo un poco más. Me gusta pensar en María, en su lengua recorriendo mi cuerpo, sobre mi pene, lamiendo palmo a palmo mi erección.

—¿Puedo pasar? —pregunta María al otro lado de la puerta, y antes de responder ella está dentro de mi habitación.

No me da tiempo a taparme, las sábanas están en los pies de la cama echas un revoltijo y sus ojos se posan sobre mí sorprendidos mientras sus mejillas se tiñen de rojo.

—Lo siento... yo... yo... lo siento —dice atropelladamente y sale de la habitación cerrando la puerta tras ella.

Cojo un pantalón de pijama que encuentro en un cajón y voy tras ella. No quiero que tenga una idea equivocada de mí, que piense que el sexo es lo único que me importa, aunque es evidente que eso es justo lo que cree. Mi erección sigue ahí, aún no lo he solucionado, pero ya no me importa, solo pienso en hablar con María y en solucionar las cosas.

—María —digo cuando entro en la cocina—. Tenemos que hablar.

—Lo siento, debí esperar a que me dieras permiso para entrar, pero no lo pensé y...

—Tranquila, no pasa nada —la interrumpo intentando calmarla.

—Es tu habitación y... yo... no debí entrar así.

—Escúchame —le pido—. Ya te he dicho que no pasa nada. Pero no quiero que pienses que soy un perverso sexual o algo peor.

María tiene aún las mejillas coloreadas, supongo que la situación es más incómoda para ella que para mí y no sé que puedo decirle para tranquilizarla, para hacerla entender que el sexo es algo completamente natural.

—La verdad, no sé qué puedo decir para hacerte sentir bien.

—No digas nada, sé que el sexo es algo natural y tenías razón, las mujeres también nos masturbamos y tenemos relaciones sexuales —dice sin atreverse a mirarme—. Pero entenderás que la situación es un poco incómoda.

—Sí, eso lo entiendo.

María levanta la vista del suelo por primera vez y me mira. Me mira como nunca me había mirado antes y recorre mi cuerpo de arriba abajo. Recuerdo demasiado tarde que mi maldita erección sigue ahí, oculta únicamente por la fina tela del pijama y que por lo demás, estoy completamente desnudo.

—Será mejor que vaya a vestirme —le digo.

—Espera —me pide ella—. He ido a tu habitación para disculparme. Tienes razón, somos compañeros de piso y lo mejor para todos es que intentemos comportarnos como tal. Y respecto a lo de anoche, lo siento, no debí insinuar que tú... que tú...

—¿Qué solo pienso en el sexo? —termino la frase.

—Sí, eso es. No es lo que pienso.

—Gracias —le digo esbozando una sonrisa—. Iré a darme una ducha.

—Sí, claro.

—Y esta vez echaré el pestillo —añado.

María sonríe y sus ojos se iluminan. Debería sonreír más a menudo, apenas lo hace y es una pena, porque tiene una sonrisa preciosa. Regreso a mi habitación, cojo algo de ropa y voy a darme esa ducha. Será mejor que lo haga con agua muy fría, me temo que hoy mi cuerpo y mi cabeza van en direcciones completamente opuestas.

Los días siguientes pasan sin apenas darme cuenta. Nuria ha llamado diciendo que se quedará unos días más en casa de sus padres y que no regresará hasta después del día de Reyes, y María no parece la misma mujer fría y distante a la que conocía. Ahora es más amable e, incluso, hemos desayunado y cenado juntos durante los últimos días. Sin embargo, yo ya había decidido olvidarme de ella y, aunque no puedo evitar quedarme mirándola como un tonto de vez en cuando, creo que poco a poco lograré mi objetivo.

El viernes amanece lloviendo tras unos días de mucho frío. Ha llegado el momento de hacer ese viaje con Marla y no me apetece. Debería haberle dicho que no, pero ya ha ingresado el dinero en mi cuenta y le he dado mi palabra.

Como en casa solo. María se ha marchado por la mañana a comprar algunos regalos con unas amigas y me ha dicho que comería fuera. Me preparo un poco de pasta y después voy a hacer la maleta. A las cuatro y media oigo llegar a María, y cuando acabo con el equipaje lo dejo junto a la puerta de entrada y voy a despedirme de ella. No está en el salón ni en la cocina y la busco en su habitación. Llamo a la puerta con los nudillos y no obtengo respuesta. Pienso que quizá esté dormida y después de varios minutos me decido a abrir. Lo hago despacio para no despertarla y cuando mis ojos alcanzan su cama me quedo perplejo ante lo que encuentran.

María está completamente desnuda sobre la cama. Tiene un cuerpo precioso, mucho mejor de lo que he soñado e imaginado muchas veces en los últimos meses, y no pudo dejar de mirarlo. Sus senos pequeños y perfectos, su cintura estrecha y delicada, sus caderas amplias y rotundas. Y más abajo, oculto bajo sus manos, su sexo, que imagino húmedo y delicioso.

No puedo apartar mis ojos de sus dedos que se deslizan despacio sobre su clitoris haciendo aquello que tantas veces he deseado hacer yo mismo. Deslizo la mirada de nuevo hacia arriba, hasta llegar a su rostro. Tiene los ojos cerrados y sus largas pestañas caen delicadamente sobre ellos. Sus labios están entreabiertos y solo puedo pensar en besarlos. Besarlos y hacerla mía.

Apenas puedo controlarme, mis pantalones crecen en la entrepierna e instintivamente bajo las manos hacia esa zona. Si sigo así me veré obligado a hacer una visita al baño antes de marcharme. Debería dar media vuelta y alejarme, pero no puedo hacerlo, tengo los pies clavados en el suelo y demasiada curiosidad.

María sube la mano izquierda hacia uno de sus senos y lo acaricia. Su mano derecha sigue sobre su sexo, pero ha aumentado el ritmo de sus movimientos. Intuyo que el momento álgido se acerca y ni siquiera me atrevo a parpadear para no perderme un solo detalle. Su cuerpo entero se tensa, sus ojos se abren de par en par,

y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos, sorprendidos, parpadean unos segundos, los míos siguen atentos a la reacción de su cuerpo, que se sacude repetidas veces al alcanzar el orgasmo. Y por fin, se relaja.

—¿Qué estás haciendo ahí? —grita mientras cubre su cuerpo con las sábanas.

—Solo he venido a despedirme. He llamado varias veces antes de entrar y... —digo abriendo la puerta del todo.

—No deberías haber abierto esa puerta y mucho menos quedarte ahí mirándome —me dice enfadada.

—Lo siento, pensaba que estabas durmiendo.

—Entonces, ¿pretendías despertarme?

—No lo sé.

—¡Vete, por favor! —me pide.

—Oye, no pasa nada, no tienes por qué avergonzarte —le digo acercándome a la cama.

—¡No te acerques! —me ordena.

—No voy a hacerte nada.

—¿Quieres dejar de mirarme así?

—¿Así? No sé a qué te refieres. No es la primera vez que veo a una mujer desnuda.

—Pues lo parece —dice ella—. Y ahora, si no te importa, me gustaría tener un poco de intimidad.

—Claro —. Camino hacia la puerta, pero antes de salir me vuelvo hacia ella de nuevo—. Ahora estamos en paz.

—¡Vete! —grita cogiendo una de sus botas y lanzándola con fuerza hacia mí.

Afortunadamente no consigue hacer diana y la bota cae contra el suelo pesadamente. María esta de muy mal humor, pero eso no impide que me ría a carcajadas. Es la primera vez que la veo perder los papeles y reaccionar impulsivamente. Y eso me gusta, porque más allá de esa coraza dura y fría parece que hay una mujer apasionada y apasionante.

A las cinco en punto Marla pasa a buscarme. Esta vez no hay limusina, sino un Mercedes deportivo AMG GT S de color rojo que conduce ella misma. El interior es de cuero y no le falta ningún detalle, y es el coche que, sin duda, habría elegido para una mujer como ella.

Marla lleva puesto un top de color negro de tirantes a pesar de que llueve y hace mucho frío, y una falda de cuero del mismo color que deja al descubierto sus piernas hasta los muslos. Es tan guapa que parece recién sacada de un anuncio. No sé que voy a encontrar en esa fiesta, pero el mero hecho de pasar el fin de semana como una mujer como ella debería hacerme sentir bien. Debería. Sin embargo, no me siento bien. Preferiría mil veces estar en casa con María y compartir una de esas cenas informales como hemos hecho estos últimos días. A pesar de su enfado de esta tarde y de que nuestra relación está muy lejos de estar en el punto que me gustaría, es con ella con quien quiero estar y no en este fastuoso coche, con una rubia deslumbrante y podrida de dinero, rumbo a una fiesta atestada de alcohol y sexo fácil.

Hace unos meses me habría parecido una aventura apasionante a la que habría asistido sin dudarle. Pero todo parece estar cambiando y María ocupa cada vez más mis pensamientos.

—Hola —me saluda Marla colocando la mano sobre mi pierna e inclinándose hacia mí para besarme en los labios.

—Hola —digo devolviéndole el beso—. ¿Vamos muy lejos?

—No, la casa de mi amigo está cerca, en la Sierra Norte de Madrid, no tardaremos mucho en llegar. ¿Estás preparado?

—Sí, claro.

Marla pone el coche en marcha e iniciamos el viaje. Un viaje que no sé hacia dónde me conduce, pero que me aleja cada vez más de María.

La casa de Arturo, el amigo de Marla, está situada en el campo y goza de unas espectaculares vistas de la sierra madrileña. La vivienda es del mismo estilo que la de Marla y su marido, pero mucho más grande y está rodeada de un jardín muy bien cuidado en el que hay varias piscinas, estanques y terrazas. La casa parece una enorme isla situada sobre un estanque que la rodea por completo. La planta baja es diáfana y la luz natural proviene de los grandes paneles de vidrio que la rodean. Hay sillones y camas por todas partes, y también algunos rincones que permiten cierta privacidad. Al fondo, en un rincón junto a la cristalera, hay una barra de bar y una puerta que conduce a una cocina y un salón. En la primera planta están las habitaciones, todas ellas con baño y grandes camas que parecen pensadas para albergar a más de dos personas, y una terraza que rodea todo el perímetro. Y en el sótano está el gimnasio, el spa, una piscina climatizada y un apartamento de invitados.

Arturo es un hombre de unos cincuenta años de baja estatura, cuerpo delgado y pelo raro. María me cuenta que se gana la vida con estas fiestas por las que la gente paga mucho dinero. Son fiestas selectas con no más de veinte invitados que Arturo celebra cada fin de semana. Por lo visto hay lista de espera y solo los privilegiados como Marla tienen acceso cada vez que lo desean.

Somos los últimos en llegar y ya hay personas ocupando los sillones y las camas de la planta baja, así como en la piscina y el spa. Nunca he practicado sexo con varias personas, aunque no puedo negar que sea una de esas fantasías que he tenido muchas veces. Tampoco estoy acostumbrado a observar o a que me observen mientras practico sexo y ver a la gente tan desinhibida y segura de sí misma, me hace sentir inquieto porque no sé si voy a ser capaz de hacer algo así.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta Marla.

—Aún no estoy seguro —respondo con sinceridad.

—Ven, vayamos a darnos un baño en la piscina, te ayudará a relajarte y después te sentirás mejor.

Marla y yo vamos a cambiarnos de ropa. Ella elige un bikini blanco tan minúsculo que apenas cubre sus senos y yo el único que he traído, uno rojo y blanco que me llega por encima de la rodilla. Bajamos a la piscina y después de nadar algunos largos comienzo a sentirme un poco mejor. María está sentada en las escaleras romanas, una mujer de unos cuarenta años se acerca a ella y se sienta a su lado. Las veo hablar unos minutos y a continuación la mujer desata la parte superior del bikini de Marla dejando al descubierto sus senos. No puedo apartar la vista de ellas, nunca he visto a dos mujeres practicando sexo y, aunque al principio me siento algo incómodo, tengo demasiada curiosidad por lo que va a suceder.

Marla y la mujer se desnudan por completo, después llegan algunos besos y caricias íntimas. Las manos de la mujer desconocida se pierden entre las piernas de Marla y esta las abre mientras su cuerpo se arquea hacia el suelo. Ninguna de ellas parece sentir vergüenza, después de todo están aquí y han pagado para tener sexo sin límites. Las cosas empiezan a ponerse muy calientes y mi miembro reacciona moviéndose bajo el bañador y pidiendo algo de atención.

Pocos minutos después me quedo solo en la piscina. Marla y la mujer se marchan, no sé si buscando más intimidad o más ojos que las contemplen. No sé qué hacer, así que salgo de la piscina, voy a cambiarme de ropa y salgo a la terraza que hay en la primera planta. Apenas puedo ver nada porque ya es de noche, solo el jardín y el reflejo de las luces de la planta baja que están encendidas de un extremo a otro. Una mano sobre la espalda me hace volverme para comprobar de quien se trata. Es una mujer pelirroja, alta y bastante guapa, pero no está sola, viene acompañada por un hombre de la misma edad y apenas llevan ropa encima a pesar del frío.

—¿Te apetece jugar un rato? —me pregunta ella.

—No, gracias —respondo.

—¿Estás seguro? —insiste.

—Sí.

La pareja se marcha sin despedirse. Al menos Marla no me ha mentido y la gente parece respetar las decisiones de los demás, aunque solo estamos a viernes y aún queda todo el fin de semana por delante. Vuelvo a la habitación, me tumbo sobre la cama y me quedo dormido.

Marla aparece un par de horas más tarde desnuda y radiante. El sexo le ha sentado bien, no cabe duda, y por lo que he visto se mueve en este ambiente como pez en el agua.

—¿Dónde te has metido? —me pregunta.

—He estado aquí —respondo.

—Deberías haber venido con nosotras, lo hemos pasado genial.

—No quería interrumpir nada.

—Carlos, no interrumpes nada —dice sentándose a mi lado y posando su mano en mi pierna derecha—. Hemos venido a pasarlo bien, a hacer lo que queramos, cuando queramos y con quien queramos. ¿Acaso no te gusta el sexo?

—Sí, claro que me gusta, pero nunca he estado en un sitio como este —le confieso.

—Aquí nadie va a juzgarte, así que déjate llevar y siéntete libre para llevar a cabo tus fantasías —me anima—. ¿Nunca has tenido sexo con dos mujeres a la vez?

—No, no lo he hecho, pero mentiría si dijera que no he pensado en ello.

—Voy a darme una ducha, me pondré algo de ropa e iremos a cenar. Después, intentaré cumplir alguna de tus fantasías —dice guiñándome un ojo.

La cena, tipo bufet, transcurre de forma animada y Marla me presenta a algunas personas. La mayoría son parejas estables que acuden a este tipo de fiestas habitualmente y me pregunto por qué Marla ha querido que sea yo quien la acompañe en lugar de su marido. Aunque la noche que nos conocimos no participó en nuestro encuentro activamente, sí estuvo como observador dejando claro que ese papel era de su agrado.

Tras la cena se hacen pequeños grupos que se dispersan por toda la planta baja. Me siento algo inquieto al desconocer el papel que voy a desempeñar esta noche y sigo a Marla hasta uno de los sillones que hay instalados frente a la pared de cristal, y desde donde se ve el jardín iluminado. Nos acompaña una pareja de unos treinta años, ella se llama Lidia, es morena, voluptuosa y tiene un rostro atractivo. Él, Mario, es uno de esos tíos musculosos por los que las mujeres suelen volverse locas y no le ha quitado los ojos de encima a Marla en toda la noche.

A nuestro alrededor hay otras parejas, unos charlan y beben, otros han comenzado a quitarse la ropa y se deleitan con los juegos preliminares, y los más curiosos es que nadie parece sentir vergüenza.

Las señales están cada vez más claras, el musculito coge la mano de Marla para depositarla sobre uno de los senos de su mujer, que parece encantada por las atenciones recibidas. Marla enseguida entra en el juego y desliza la mano bajo el vestido de Lidia acariciando sus senos mientras su marido le abre las piernas y coloca la mano entre ellas. Supongo que ahora se lo montarán los tres y otra vez volveré a sentirme fuera de lugar. El problema es que no puedo quitarme a María de la cabeza y, aunque sabía a lo que venía y he cobrado una buena suma por ello, no me apetece estar aquí.

No tengo muchas opciones, la casa está en medio del campo y no tengo coche. Así que solo puedo quedarme aquí y mirar, o marcharme a cualquier otro sitio donde pueda estar solo. Vuelvo la cabeza hacia el trío, están completamente concentrados, y me levanto dispuesto a marcharme.

—¿Dónde vas? —me pregunta Marla cogiendo mi mano.

—Voy a salir fuera, al jardín.

—Chicos, ¿qué os parece si vamos a algún lugar más íntimo? Es la primera vez de Carlos y me temo que se siente un poco... tímido —explica Marla a Mario y a Lidia.

—Por mí no hay ningún problema —dice Lidia.

Nos dirigimos hacia uno de los rincones de la planta baja que están separado del resto por unas cortinas rojas. Es un espacio pequeño con una cama redonda

en el centro que no me deja escapatoria.

En cuanto llegamos, Mario va directo a por Marla. Veo como la besa en el cuello y, lentamente, se deshace de su vestido y de su ropa interior. No puedo apartar los ojos de ellos, hasta que Lidia se acerca a mí y, sin mediar palabra, comienza a quitarme la camiseta. Supongo que ha llegado el momento que más temía y mis opciones se agotan al igual que mis escusas.

Lidia tira de mis pantalones arrastrándolos con ella hacia el suelo. Su cuerpo se mueve seductoramente al ritmo de la música que suena en el hilo musical. Es una música suave, relajante, que invita a dejarse llevar. Sus manos acarician mis piernas, suben hacia mis muslos, se pierden bajo mis bóxer, y mi pene reacciona enseguida. Es algo que no puedo evitar, mi miembro viril tiene vida propia y, aunque no es este el lugar en el que me gustaría estar, parece que no me queda más remedio.

—¿Todo esto pretendías guardarlo para ti? —me pregunta Lidia mientras su mano se desliza a lo largo de mi erección.

No respondo, estoy demasiado tenso, me cuesta dejarme llevar a pesar de la música, del ambiente y de que ella parece saber muy bien lo que hace. Lidia introduce mi pene en su boca y mueve la lengua sobre él. Lo hace muy despacio al principio, para después aumentar el ritmo y hacerme olvidar donde estamos. Poco a poco la imagen de Marla y Mario, follando el uno sobre el otro, se va desdibujando y solo quedamos nosotros.

Lidia se quita la ropa, no lleva nada debajo, y su cuerpo, desnudo y voluptuoso, queda completamente a mi merced. Tiene unos senos grandes y un cuerpo proporcionado y precioso del que voy a poder disfrutar durante un rato. Y ya no pienso en nada más. La tumbo sobre la cama, le abro las piernas e introduzco la cabeza entre ellas. La reacción de Lidia no se hace esperar e, inmediatamente, sus gemidos llegan hasta mis oídos animándome a continuar. Olvido que no estamos solos, olvido que si estoy aquí es porque he cobrado por ello, y olvido que María está en casa y que es allí, a su lado, donde desearía estar.

Lidia es una amante excepcional y de mucha experiencia. Sabe qué teclas debe tocar para que me acelere y esté a punto de correrme, y también para frenarme a su antojo. Nuestras lenguas, nuestras manos, nuestros cuerpos, se recorren una y mil veces acariciándose, lamiéndose y frotándose. Y cuando por fin entro en ella, estoy tan caliente que creo que voy a explotar.

—Despacio —me pide Lidia—. Dosifiquemos todo ese ímpetu.

Me cuesta horrores controlarme. Lo único que me apetece es follármela una y otra vez, entrar y salir de ella hasta hacerla gritar, dejarme llevar sin control y hacerla perder el control.

Lidia está atrapada bajo mi cuerpo, pero se deshace de mí escurriéndose por un lateral y es ella quien toma el control de la situación colocándose sobre mí. La contemplo mientras se mueve arriba y abajo, dentro y fuera, contoneándose sobre mi cuerpo mientras me hace desear más y más. Estoy a su merced, en este momento sería capaz de hacer lo que me pidiera, o eso es lo que creo.

Unas manos se colocan en sus senos, no son las mías, sino las de Marla. Los pezones de Lidia se endurecen bajo ellas y, aunque deseo chuparlos, la boca de Marla se adelanta hacia ellos haciéndolos suyos. Su lengua, cálida y deliciosa, se mueve sobre ellos para después deslizarse hacia abajo. Despacio, suavemente, recorriendo el camino hacia su sexo, que ahora es mío.

Lidia cierra los ojos y yo los abro de par en par. No sé dónde va a acabar esto, aunque lo descubro enseguida, cuando Lidia sale de mí y la boca de Marla toma el control de sus gemidos. No puedo apartar la vista de ellas y me dispongo a acabar lo que ha empezado hace ya rato. Mi mano se sitúa sobre mi pene y mientras contemplo el cuerpo de Lidia contorsionándose y estallando en placer, la muevo sobre él a buen ritmo, hasta que soy yo quien grita de placer.

Despierto algo confuso y con una erección de campeonato que alguien se está encargando de aliviar en este momento. Reconozco la cabeza de Marla entre mis piernas y, aunque los recuerdos de la noche anterior están algo difusos y no me siento cómodo con todo lo que hice, su lengua sobre mi pene se siente demasiado bien.

Toco levemente su cabeza y ella me mira. Al igual que la mañana que despertamos juntos está preciosa. Su larga melena dorada se derrama sobre sus hombros y su piel perfecta brilla bajo los leves rayos de luz diurna que entran por la ventana.

—Ven aquí —le pido.

Ella sonrío y repta sobre mi cuerpo hasta quedar por entero sobre mí. Su piel es cálida y suave, y solo siento deseos de acariciarla.

—Pensé que te gustaría despertar así —me dice.

—Has acertado.

—¿Quieres que siga?

—¿Qué te parece si continuamos en la ducha? —propongo.

Sigo a Marla hasta el baño, una estancia que cuenta con una amplia ducha y una bañera, y la contemplo mientras abre los grifos y se retira con un pequeño grito cuando su cuerpo entra en contacto con el agua fría. Sonrío mientras le doy la vuelta, la empujo contra la pared y subo sus manos por encima de su cabeza. Después me hundo en su cuerpo sin dificultad. Está húmeda y caliente, y me muevo contra ella cada vez más fuerte y a mayor ritmo.

—¿Siempre te despiertas así? —me pregunta entre jadeos.

—¿Cómo? —respondo girándola hacia mí, y antes de que diga nada cielo la lengua en su boca.

—Podría acostumbrarme a esto.

—Eres preciosa, no creo que te falten pretendientes. Y eres una mujer casada —le digo alzándola sobre mi cuerpo para volver a penetrarla.

Marla me rodea con sus piernas y la apoyo contra la pared. Me muevo contra su cuerpo mientras nuestras bocas se buscan y se devoran, y nuestras manos no dejan tocarse.

—Eres un amante increíble —murmura ella, y subo el ritmo de mis embestidas hasta que su cuerpo comienza a estremecerse regalándome un increíble orgasmo.

Terminamos de ducharnos y vamos a desayunar. Saber que Marla no lleva ropa interior no me permite concentrarme en nada más y todo el malestar que sentía ayer se desvanece.

El resto del fin de semana transcurre sin apenas darme cuenta. Al final, he conseguido meterme en el papel, desinhibirme y hacer lo que Marla esperaba de mí. Sé que lo he conseguido porque ella me mira con orgullo y cuando nos despedimos de Arturo le dice que ha sido el mejor fin de semana que ha pasado en años, y que, sin duda, repetiremos. No he querido sacarla de su error, pero yo no repetiré. Y no lo haré porque, aunque la experiencia no ha estado mal, sigo prefiriendo el sexo entre dos.

Marla y su marido siguen siendo un enigma para mí. Sé que no sería capaz de compartir con nadie a la mujer de la que me enamorara. Y lo sé porque pienso en María, en lo que siento por ella, y no desearía que, mientras estuviésemos juntos, otro hombre pusiera las manos sobre ella. Algo que a Rodrigo no parece importar.

—¿Llevas mucho tiempo casada con Rodrigo? —me atrevo a preguntar a Marla durante el viaje de regreso a casa.

—Ocho años.

—¿Ocho años?

—Sí, nos casamos cuando yo tenía veintitrés y, aunque no lo creas, somos muy felices juntos.

—No lo he puesto en duda.

—Sé que lo has pensado. Le pasa a todo el mundo, pero una cosa es el sexo y otra el amor.

—Lo entiendo.

—¿Seguro? —dice mirándome de reojo.

—Sí, entiendo la diferencia entre el amor y el sexo, pero creo que no me gustaría ver con otro hombre a la persona de la que me enamorara.

—No todo el mundo piensa de igual manera, supongo que las necesidades sexuales y emocionales de cada persona son diferentes. Rodrigo y yo nos queremos y confiamos el uno en el otro.

—¿Él nunca participa?

—Ya no —responde ella con expresión impenetrable.

—Siento haber preguntado, no debería...

—No, está bien —me interrumpe—. Rodrigo sufrió un infarto hace un año y desde entonces... La medicación puede tener como efecto secundario la disfunción eréctil.

—Lo siento.

—Antes íbamos juntos a todas partes, esta es la primera vez que vengo a una de estas fiestas con otra persona. Rodrigo no quiere que renuncie a nada por él.

—Lo entiendo.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? —pregunta cambiando de tema.

—Interesante.

—¿Solo interesante?

—Bueno, al principio no me sentí demasiado cómodo, aunque después lo he pasado bastante bien.

—¿Repetirías?

—No —respondo categóricamente—. Hace unos meses mi respuesta, probablemente, habría sido diferente, pero ahora he conocido a alguien y, a pesar de que no hay nada entre nosotros y no me lo está poniendo fácil, quiero intentarlo.

—Así que quieres sentar la cabeza.

—Supongo que sí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante —la animo.

—¿Por qué aceptaste aquella noche nuestra propuesta?

—Hace meses que me quedé sin trabajo, estoy estudiando medicina, mis padres no pueden ayudarme y estaba desesperado —le confieso—. Aquella noche me había gastado mis últimos diez euros en unas cuantas cervezas y pensaba que tendría que dejarlo todo y volver a casa de mis padres.

—Ya veo. Entonces, gracias a ese dinero podrás continuar estudiando.

—Sí, nuestro encuentro fue una especie de milagro.

—Me alegra saber que sabrás aprovechar bien el dinero.

Marla me deja en casa y nos despedimos como dos viejos amigos. Ha sido un fin de semana intenso y lleno de sorpresas. Y aunque haya pagado por mis servicios, se ha ganado mi respeto y mi amistad.

Durante las semanas siguientes María, Nuria y yo nos sumergimos de nuevo en la rutina. La universidad y las prácticas absorben la mayor parte de mi tiempo, y sigo buscando trabajo, aunque el dinero que he conseguido gracias a Marla y su marido me permite tomarme las cosas con más tranquilidad.

Entre María y yo todo sigue en el punto en el que lo dejamos antes de marcharme el fin de semana con Marla. Es decir, no ha pasado nada destacable entre nosotros. Desde que Nuria regresó de las vacaciones de Navidad no he tenido ocasión de estar a solas con ella, y empiezo a pensar que debería considerarla únicamente una compañera de piso, exactamente igual que a Nuria. María está más relajada en mi presencia que al principio, ya no sale corriendo cuando nos quedamos solos en la cocina o en el salón, en ese sentido todo parece ir mejor, pero me trata como trataría a un amigo, nada más.

Después de un día especialmente duro en el hospital, llego a casa con la intención de comer algo e irme a la cama. Normalmente los viernes salgo con mis amigos, pero hoy necesito dormir si quiero mantener el ritmo durante las próximas semanas. Algunos han insistido para que me una a la juerga e, incluso, me han llamado rajado, pero la mayoría de ellos sigue viviendo en casa de sus padres y solo deben ocuparse de sus estudios. Nada de hacer la compra, cocinar, hacer la colada o la limpieza.

Encuentro a María cocinando algo que huele muy bien. Apenas he probado bocado en todo el día, solo uno de esos sándwiches de máquina que saben exactamente igual sean de jamón o de pollo, y varios cafés para mantenerme despierto. Me acerco a ella para ver lo que está haciendo, no es nada excepcional, solo un poco de pescado a la plancha y unas verduras salteadas, pero a mí me parece un manjar exquisito.

—Estoy hambriento —le digo olisqueando la comida.

—Hay de sobra para los dos, Nuria ha quedado y se ha marchado hace un rato.

—Es la primera comida consistente que tomaré en días. Iré poniendo la mesa.

—Alguien que va a ser medico debería llevar una alimentación sana y equilibrada.

—Tal vez en el futuro, ahora solo soy un esclavo sin tiempo libre que se alimenta a base de sándwiches y patatas fritas.

—Y luego le recomendarás a tus pacientes que tomen cinco piezas de verduras y frutas al día, y que beban mucha agua —bromea ella.

—¿Qué tal van las clases particulares?

—Bien, estoy muy contenta —responde sirviendo los platos—. Deberías intentarlo.

—Lo haré cuando disponga de más tiempo, ahora mis horarios son demasiado apretados.

—¿No saldrás esta noche?

—No, necesito descansar. ¿Y tú? ¿No tienes planes?

—No, me quedaré leyendo o me dejaré abducir por la caja tonta. Aún no lo he decidido.

—Tal vez podríamos ver alguna película juntos —propongo.

—Vamos a cenar y luego lo decidimos —dice sentándose a la mesa y comenzando a comer.

Al menos no me ha dicho que no y eso es mucho mejor que todas esas excusas que habría puesto hace unas semanas, cuando no era capaz de estar conmigo a solas ni un solo minuto. Sí, definitivamente algo cambió entre nosotros durante las vacaciones de navidad y eso es un paso hacia adelante.

Durante la cena no dejamos de hablar y bromear como dos viejos amigos. Aunque para ser del todo sincero, no puedo apartar de mi mente la imagen de María masturbándose. Me persigue desde hace semanas, me alalta cuando menos lo espero, y en todas las ocasiones mi pene reacciona del mismo modo, endureciéndose hasta resultar doloroso.

Estoy muy cansado, la idea de meterme en la cama y dormir hasta bien entrado el sábado es muy tentadora, pero también lo es la de sentarme junto a María en el sillón y ver algo en la tele. Parece el plan de una pareja que lleve años juntos, pero no sé qué poder ejerce María sobre mí que hace que me conforme con estar cerca de ella. ¿Me estaré haciendo mayor?

—Creo que veré un rato la tele —le digo a María mientras recogemos la mesa.

—Nunca echan nada interesante y mucho menos un viernes.

—La televisión me ayudará a relajarme.

—Yo prefiero un libro, apenas tengo tiempo para leer y estoy deseando hincarle el diente a un par de novelas que me regalaron en Navidad.

—¿Y si añado a mi oferta una botella de champán? Creo que sobraron un par de ellas en Nochevieja.

—Yo nunca bebo.

—¿Nunca? —pregunto extrañado.

—Solo en ocasiones especiales.

—Esta es una ocasión especial.

—¿Qué celebramos?

—Que hemos sobrevivido a una semana de locos —respondo con mi mejor sonrisa.

—Mi semana no ha sido tan dura.

—En ese caso, podrías ayudarme a superar mi tormentosa semana —dramatizo—. Estarías contribuyendo a una buena causa.

—¿Qué morro tienes! —dice lanzándome el trapo con el que ha estado secando la mesa.

—Venga, será solo un poco de champán, nos vendrá bien a los dos.

—Vale.

Mientras cojo la botella de champán y un par de copas para llevarlas al salón pienso en todas las posibilidades que se abren ante mí. María no está acostumbrada a beber y un par de copas serán suficientes para que se sienta más relajada y desinhibida. No quiero emborracharla y aprovecharme de la situación, pero si un poco de alcohol puede ayudarme a llegar a ella no pienso desaprovechar la ocasión.

María está sentada en el sillón con las piernas recogidas en su regazo y el mando del televisor en la mano. La mayoría de los programas y películas que ponen un viernes por la noche son bastante aburridos, pero no me importa porque toda mi atención está centrada en María, en sus pies descalzos y en su cuello desnudo, que es lo único que permiten ver sus vaqueros y su grueso jersey.

—¿No crees que hace un poco de calor? —pregunto.

—Si quieres puedo bajar la calefacción.

—No, está bien, debería quitarme algo de ropa —le digo mientras me quito el jersey y me quedo con una camiseta negra que deja a la vista mis logros en el gimnasio.

Aunque su gesto habría podido pasar desapercibido para cualquiera, estoy demasiado pendiente de ella como para no darme cuenta de su forma de tragar saliva y de su leve parpadeo. Enseguida baja la vista cuando sabe que la estoy observando y vuelve a coger el mando para cambiar el canal.

—Creo que sí hace un poco de calor —dice ella.

—Puedo bajar la calefacción si quieres.

—No, es este jersey, es demasiado grueso para estar en casa. Creo que iré a cambiármelo —dice poniéndose en pie y saliendo del salón.

Aún no he abierto la botella y las cosas pintan bastante bien. Quizá al final de la noche haya conseguido mi objetivo, aunque no lo tengo del todo claro.



Enrollarme con María podría crear una situación bastante incómoda entre nosotros. No parece una mujer de relaciones pasajeras y yo no estoy preparado para tener una relación seria.

—Lista —dice apareciendo ante mí con una camiseta de tirantes blanca y unos leggings de color negro. Aún está descalza y se ha soltado el pelo, que ahora cae sobre sus hombros en seductoras ondas.

No puedo apartar los ojos de ella, estoy seguro de que no lleva sujetador debajo de la camiseta, y los leggings negros, que nunca antes le había visto puestos, se pegan a sus piernas y a su culo de una forma deliciosa.

—Toma —le digo tendiéndole una copa y apurando la mía.

—Te vas a emborrachar si bebes así.

—No lo creo, estoy acostumbrado.

—Menudo médico estás hecho —bromea.

—Si no vivimos ahora que somos jóvenes, ¿cuándo lo haremos?

—Hay que cuidarse para llegar a ser unos ancianos sanos.

—Prefiero correr algún que otro riesgo. La vida sin riesgos es demasiado aburrida —respondo sirviéndome otra copa—. ¿Qué quieres que veamos?

—Me da igual, probablemente me quedará dormida. Estoy demasiado cansada. Así que elige tú —me dice dándome el mando a distancia.

Busco entre los diferentes canales, pero nada llama mi atención y finalmente me detengo en uno en el que están poniendo una película.

—No hay nada interesante —digo dejando el mando sobre la mesa.

—Ya te lo he dicho.

María se acaba la copa y la coloca sobre la mesa. Después pone los pies sobre el sillón, muy cerca de mí, y aunque son solamente unos pies, me parecen muy sexis y solo puedo pensar en lamer cada uno de sus dedos. Dirijo la atención hacia el televisor, intentando pensar en otra cosa que no sean los pies de María, sus senos desnudos bajo la camiseta o si llevará o no bragas bajo los leggings. Mi pene se revuelve bajo los pantalones y si no quiero dar un espectáculo será mejor que me tranquilice. Pero no tengo suerte, en la pantalla se puede ver a una pareja en la cama, están desnudos y ella cabalga sobre él mientras sus manos la recorren de arriba abajo.

No quiero mirar hacia abajo, la tengo tan hinchada y tan dura que puedo notar la falta de espacio bajo los pantalones, y no quiero que María se dé cuenta. Pero no puedo cruzar las piernas, sería demasiado doloroso. Quizá la culpa sea de las tres semanas que llevo sin sexo. Tras el fin de semana con Marla no he vuelto a estar con nadie y empiezo a estar un poco desesperado. Después de todo, debería haber salido esta noche.

—Me voy a la cama —le digo a María.

—¿Ahora?

—Sí, estoy demasiado cansado y apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Pero creía que.... —. No acaba la frase, sus ojos se detienen en mi entrepierna y se abren por la sorpresa dejándola muda.

Ya he vuelto a cagarla. María debe pensar que el sexo es lo único en lo que pienso y, aunque ocupa una buena parte de mis pensamientos, no, no es lo único que tengo en la cabeza.

—Lo siento, yo... —comienzo a decir—. Me voy.

—Espera —dice incorporándose—. No te vayas.

—Tengo que poner remedio a esto —. Y miro hacia el lugar del que sus ojos aún no se han despegado.

—Hazlo —me pide.

—Sí, eso voy a hacer.

—Pero no te vayas.

—Oye, María, lo siento, pero no te entiendo. ¿No estarás insinuando que lo haga delante de ti?

—Sí.

Ante su respuesta mi miembro se mueve bajo los pantalones cada vez más excitado. No sé qué es está sucediendo y no he bebido tanto como para estar borracho.

—No creo que me sintiera cómodo —digo finalmente.

—Vamos, tú no eres de los que se cortan porque haya alguien delante —dice en voz baja acercándose a mí.

María me gusta, me gusta mucho, estoy deseando quitarle toda la ropa y follármela encima del sillón, pero su actitud de esta noche me desconcierta. Siempre se ha mostrado tímida y, hasta hace poco, hostil. Esta de ahora no es la mujer a la que estoy acostumbrado, la que se escandaliza cuando me ve por el pasillo medio desnudo y me regaña por no cerrar la puerta del baño. Y no entiendo qué cojones está pasando.

María no aparta los ojos de mí. Están brillantes, aunque solo se ha tomado una copa de champán, y me siento tan confundido que no sé qué hacer. Es lo que estaba buscando, que se desinhibiera y pasáramos la noche follando como locos. Pero no es eso lo que me está proponiendo.

—María, ¿estás bien? —pregunto.

—Estoy perfectamente —responde despacio, arrastrando las sílabas de cada palabra.

Sus labios entreabiertos me hacen recordar las ganas que tengo de besarla y sus pezones están ahora erectos bajo la camiseta. No hay duda de que no lleva sujetador. A menos que sea tan fino que apenas se note.

—¿Quieres que me masturbe delante de ti?

—Si eso es lo que tú quieres, sí. Y no hay duda de que es lo que quieres —responde—. No veo necesidad de que te vayas a tu habitación. Ya te he visto hacerlo otras veces.

—Y tú te has sentido muy incómoda en cada ocasión.

—No, solo sorprendida.

—María, no tengo ningún problema en masturbarme delante de una mujer siempre que forme parte del juego sexual, pero eres mi compañera de piso y...

—No te parezco deseable —me interrumpe.

—Joder, claro que me pareces deseable. Podría... follarte ahora mismo. Podría follarte toda la noche hasta acabar agotados. Pero no es eso lo que me estás pidiendo.

—¿De verdad me... me follarías toda la noche?

—¿Lo dudas? —pregunto mirándola a los ojos.

—Esa mujer... es tan diferente a mí.

—¿De qué mujer me hablas?

—Aquella con la que estabas cuando yo...

—Ya te dije que era una amiga, y sí, María es muy guapa, pero no tienes nada que envidiarle —le digo con sinceridad—. Mira, voy a marcharme a mi habitación, creo que será lo mejor.

—Está bien —me dice agachando la cabeza.

Vuelvo a sentir deseos de besarla, de abrazarla y decirle cuanto me gusta, y todas las cosas que le haría si ella quisiera. Pero prefiero dejar las cosas como están y que mañana no se arrepienta de nada. Me voy a mi habitación solo y frustrado, había planeado una noche muy diferente, una noche para romper el hielo y comprobar si era posible que entre nosotros sucediera algo. Pero no así. Esto no es lo que estaba buscando.

Me desnudo y me meto en la cama. Mi pene tiene vida propia y sigue queriendo un alivio rápido. Lo cojo entre las manos y lo muevo deprisa, intentando acabar cuanto antes. Solo tengo que pensar en María, imaginar sus labios sobre mi cuerpo, su lengua en la punta de mi pene y enseguida consigo mi cometido. Correrme, correrme mientras pienso en ella.

Me limpio con una toalla y me echo sobre la cama. Tengo que aprovechar el fin de semana para dormir, pero después de varias vueltas no lo consigo y empiezo a ponerme nervioso. No puedo dejar de pensar en María, en cómo la he dejado en el salón, parecía más confusa que yo mismo. Tengo que hablar con ella.

Me pongo el pantalón de un pijama y voy a su habitación. Hace rato que no se oye ningún ruido en el salón y supongo que ya se habrá metido en la cama. Abro la puerta sin saber si la voy a encontrar despierta y, tal y como sucedió la vez anterior, María está desnuda, tendida en la cama, con los dedos sobre el clitoris y expresión de estar pasándolo muy bien. Pero esta vez no me quedo en la puerta observando, me acerco a la cama y me sitúo delante de ella.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunta tapándose con la sábana.

—He venido a hablar contigo —respondo.

—Pues llegas en mal momento, por si no te has dado cuenta.

—Llego en el momento perfecto —le digo sonriendo y sentándome sobre la cama.

Aparto lentamente la sábana de su cuerpo y la recorro con la mirada de arriba abajo. Es preciosa, tanto como recordaba, y enseguida mi polla reacciona regalándome una nueva erección.

—¿Qué pretendes hacer?

—Deja que te vea —le pido sin apartar la vista de su cuerpo.

Sus mejillas se han sonrojado, no sé si debido al calor o a la vergüenza que siente porque haya vuelto a colarme en su habitación, pillándola nuevamente mientras se masturba. Abro sus piernas despacio y, sin decir nada, cuelo la cabeza entre ellas hasta que mis labios se posan con suavidad sobre su clitoris. Esta hinchado y húmedo, y comienzo a lamerlo mientras ella se deja hacer, inmóvil. Noto la tensión en los músculos de sus piernas, que lentamente se van relajando bajo las caricias de mi lengua, y entonces cuelo un par de dedos en su interior. María da un pequeño grito, no lo esperaba, pero parece gustarle porque sus caderas se mueven contra mis labios y está cada vez más mojada.

Desearía quitarme la ropa y hacerla mía. Llevo meses soñándolo, pero quiero que sea ella quien me lo pida. Tendré que tener paciencia y esperar, llevarla al límite y hacer uso de todo mi autocontrol. Creo que será la única manera de tener alguna oportunidad con ella.

María está totalmente entregada. Elevo sus piernas sobre mis hombros y me rodea con ellas dejando su sexo más accesible. Me gusta su sabor y mi pene crece aún más bajo los pantalones del pijama. Mi cuerpo me pide que la haga mía y mi mente que espere. Mantengo una titánica lucha en mi interior y, aunque en cuestión de sexo siempre me dejo llevar por el instinto, hoy mi cerebro ganará la batalla.

Sus gemidos son cada vez más fuertes y cuando su cuerpo se tensa y deja de moverse, sé que ha llegado el momento. Aumento el ritmo de mi lengua sobre su clitoris y de mis dedos en su interior. Y ella se deja llevar hasta alcanzar la cima mientras su cuerpo vibra en mis manos. Después se relaja por completo.

Levanto la vista intentando ver su rostro. Ahora llega el momento más difícil. Tendré que marcharme antes de que sea demasiado tarde y es muy probable que ella se sienta culpable o que piense que ha sido un error. Tiene los ojos cerrados y la respiración agitada. Sus senos suben y bajan al ritmo de su pecho, y sus pezones siguen aún duros. Deseo lamerlos, acariciarlos y volver a llevarla a la cima, pero esta vez quiero ir con ella. Sin embargo, hago uso de mi autocontrol, me levanto y salgo de la habitación antes de descubrir el contenido de su mirada.

## MARÍA

Cuando abro los ojos él ya se ha marchado. Ni siquiera ha intentado besarme y no sé cómo me siento. Abatida, confusa, sorprendida... Carlos lleva ocupando mi mente todos estos meses que llevamos compartiendo piso. Supe, en cuanto mis ojos se posaron sobre él la primera vez, que iba a ser un problema permitir que viviera con nosotras. Desde entonces he intentado apartarme de su camino y coincidir con él lo menos posible, algo bastante complicado en un piso de setenta metros cuadrados con un solo baño.

Habría sido más sencillo si no fuese tan amable, si no hubiese acatado las normas de convivencia sin quejarse ni una sola vez, si nunca le hubiera visto desnudo y si jamás le hubiera visto masturbarse o tener sexo con aquella mujer. Pero Carlos no es solo un hombre guapo y encantador, también tiene un cuerpo perfecto, nunca se salta sus turnos de limpieza o de hacer la compra, y parece un dios del sexo.

Jamás habría pensado que yo, una chica provinciana, educada en la idea de que hay que llegar virgen al matrimonio, podría desear tanto a un hombre como lo deseo a él. Por supuesto, he tenido varias relaciones y he mantenido sexo con varios hombres, pero con ninguno de ellos he disfrutado tanto como lo he hecho esta noche con Carlos. Él ha sabido exactamente lo que debía hacer para llevarme hacia un viaje que ya no tiene retorno. Porque a partir de ahora compararé a cada uno de mis amantes con él y sé que ninguno de ellos dará la talla.

He intentado resistirme y lo estaba logrando, pero la cena de Nochevieja sirvió para romper el hielo entre nosotros y los días posteriores, de vacaciones y solos en casa, me relajé dejando atrás todas esas barreras que había levantado entre nosotros. Esta noche iba a ser una noche más. Debería haber sido una noche más. Y aunque podría echarle la culpa al champán de mi atrevimiento, mentiría si dijera que el alcohol ha tenido algo que ver. En cuanto se ha quitado el grueso jersey y se ha quedado con una camiseta que marcaba cada uno de los músculos de su torso, he sabido lo que quería. Pensaba que mostrándome más atrevida conseguiría mi objetivo, pero está claro que no le gusto y que el hecho de que me haya regalado un increíble orgasmo, ha sido solo un acto de generosidad.

Duermo poco y mal, y me levanto pronto pensando en tomar una buena taza de café y darme una ducha. La habitación de Nuria está vacía y su cama hecha. Probablemente habrá pasado la noche con el chico con el que lleva saliendo un par de semanas. Y el baño está ocupado, puedo oír claramente el sonido del agua de la ducha

Regreso a mi habitación, me desnudo y me envuelvo en una toalla. Tal vez me he vuelto loca, pero es lo que quiero hacer. Entraré en el baño, me meteré en la ducha con Carlos y pasará lo que llevo meses deseando que suceda. Sé que es probable que me rechace, pero tengo que intentarlo, es la única manera de quitármelo de la cabeza y poder continuar con mi vida.

“Solo una vez”, me digo mientras camino descalza por el pasillo. Es todo lo que necesito y todo lo que deseo. Abro la puerta del baño, Carlos aún está dentro de la ducha y sin pensarlo descorro las cortinas. El agua cae sobre su cuerpo, sobre su pelo y sobre su rostro, parece recién salido de un anuncio publicitario y se me seca la boca con solo pensar en tocarlo. Dejo que la toalla en la que voy envuelta caiga al suelo y me quedo desnuda delante de él.

—María, ¿qué estás haciendo?

—¿Me haces un hueco? —pregunto con tono sugerente.

Carlos parpadea como si no pudiese dar crédito a lo que ve y aprovecho ese instante de confusión para darle un buen repaso. Es guapísimo, su pelo negro le cae sobre la frente completamente empapado, sus ojos, tan azules como el cielo, brillan bajo las espesas pestañas que los rodean. Su cuerpo es musculoso, pero no en exceso, y tiene unas piernas largas y un culo con el que podría fantasear durante los próximos cien años. Y su sexo... es enorme, a pesar de que aún no está excitado, y parece tan suave que estoy deseando probarlo.

—¿Estás segura?

—Muy segura —respondo colándome dentro de la ducha.

Me meto bajo el chorro y dejo que el agua caiga sobre mi cabeza y sobre el resto de mi cuerpo. Carlos me mira, pero no hace nada, parece que no esperaba mi intromisión y empiezo a dudar si he hecho lo correcto. Ya es demasiado tarde, así que cojo mi esponja, hecho gel de ducha y comienzo a frotar mi cuerpo. Después, bajo su atenta mirada, lo enjabono a él, deleitándome en cada curva y en cada recoveco de su cuerpo, mientras su pene comienza a crecer imparable.

—Te deseo —le digo tirando la esponja a un lado y posando la mano en su pecho.

Puedo notar los latidos de su corazón contra la palma de mi mano. Parece que está nervioso, aunque tal vez solo es el eco de mi propio corazón que late desbocado en mi pecho. Carlos no reacciona y empiezo a temer que haya sido una locura acorralarle de esta manera. Le miro a los ojos intentando adivinar lo que piensa, pero es imposible, porque sus ojos siempre son amables. Retiro la mano de su cuerpo y me giro intentando tragarme las lágrimas que empiezan a nacer en mis ojos. Tengo que salir de aquí cuanto antes.

En cuanto me giro noto sus manos en mi cintura y sus labios contra mi oído. Su aliento es cálido y cierro los ojos aferrándome a este momento.

—Yo también te deseo —le oigo decir mientras sus manos ascienden desde mi cintura hasta mis senos.

Mis pezones reaccionan endureciéndose entre sus dedos. Está pegado a mi cuerpo. Puedo notar su piel contra mi piel y su sexo, duro y completamente erecto, contra mi espalda. Coloco mis manos sobre las suyas y las hago descender hacia abajo lentamente. Quiero disfrutar de cada una de las sensaciones que sus caricias provocan en mi cuerpo y en mi piel encendida por el deseo. Quiero disfrutar de este momento. Quiero disfrutar con él.

Me giro hasta quedar frente a él y levanto la cabeza hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse. Pero esta vez puedo leer en ellos el deseo. Nuestros labios se encuentran en ese primer beso que tantas veces he anhelado y que debería ser perfecto, y nuestras lenguas se buscan y se enredan en una suave danza que me deja sin respiración. Quizá solo quiero creerlo, pero él parece ansiarlo con la misma avidez que yo.

—Quiero que estés completamente segura de esto —me susurra.

—Ya te he dicho que estoy segura, total y absolutamente —respondo acariciando los músculos de su espalda.

Carlos cierra el grifo, sale de la ducha y me da la mano invitándome a seguirle. Después coge una toalla y comienza a secarme muy despacio, acompañando sus leves roces con besos aún más leves que apenas tocan mi piel, pero que hacen que la temperatura de mi cuerpo aumente. Es algo tan erótico que no puedo evitar que un gemido escape de mis labios.

Cojo la toalla que he dejado caer al suelo y sigo sus pasos. Secando, acariciando y besando cada centímetro de su cuerpo. Mis manos se pierden en él mientras buscan la manera de complacerle y acallar mis anhelos.

Salimos del baño y nos dirigimos a su habitación dando tumbos, entre besos que no deseo que acaben nunca y caricias que hacen que mi piel palpite. Caemos sobre la cama como un solo cuerpo, el suyo sobre el mío, el mío sobre el suyo. Sus manos parecen mariposas aleteando sobre mi piel. Las siento en todas partes, como si se hubiesen multiplicado y su único objetivo fuese complacerme. Sobre mis senos, en mis caderas, entre mis piernas, hasta los dedos de los pies.

Deslizo la lengua a través de su cuello, sobre sus hombros, sobre su pecho, sobre su abdomen, hasta llegar a ese punto que palpita desde hace rato entre nosotros. Y me detengo allí, paseando los labios por su largura, dejando que mi lengua resbale sobre ella, saboreándola, degustándola, como nunca antes lo había hecho. Pero nada de lo que estoy sintiendo hoy lo había sentido antes y eso me asusta tanto como me atrae.

Carlos se mueve y cuele su pene en el interior de mi boca. Me muevo hacia atrás y hacia delante aumentando el ritmo progresivamente, y él hace lo mismo. Cada vez más deprisa, de una forma más frenética y descontrolada. Y me encanta. Esa forma de dejarse llevar y gozar hasta límites que para mí son desconocidos.

—Ven aquí —me dice repentinamente, tumbándose sobre la cama boca abajo.

No sé lo que va a suceder, pero confío ciegamente en él y en su capacidad para complacerme. Estoy expectante. Sus manos recorren mi cintura y mis caderas, viajan hacia abajo, hasta mis nalgas, y después separan mis piernas dejándome totalmente expuesta. Noto sus dedos en el interior de mi sexo, entran y salen, se mueven en círculos haciendo que cada vez esté más húmeda, que cada vez tenga más ganas de gritar. Y grito, cuando su sexo entra dentro de mí llenándome por completo.

Carlos se mueve contra mí embistiéndome con fuerza, pero me gusta. Me encantan estas nuevas sensaciones y las recién estrenadas emociones. Me encanta sentir su piel contra la mía, sus labios sobre los míos, y todo lo que me hace sentir. No sabía que el sexo pudiera ser tan placentero y que se pudiera desear tanto a alguien. Estoy despertando a algo nuevo y sé que ya nunca podré conformarme con menos.

Sus dedos buscan mi clítoris y se mueven en círculos sobre él. La sensación es tan alucinante que estoy a punto de perder el control. Me muevo contra su mano y contra su sexo, lo quiero todo, que nada quede por el camino, perdido entre la multitud de sensaciones que experimento hoy por primera vez. Porque antes de él no había nada, solo un enorme vacío que ha dejado de ser trascendente.

Estoy a punto de estallar, mi cuerpo se convulsiona, y en una última embestida Carlos me conduce hacia el mejor orgasmo de mi vida. Es imparable, intenso e, incluso, doloroso. Y mejora cuando noto que él me acompaña y se vacía por completo en mi interior.

Nos abrazamos, Carlos me besa y yo le devuelvo el beso. Y no hablamos de nada. Solo permanecemos muy juntos, mirándonos y besándonos. Con la piel aún despierta y los sentidos alerta. Amándonos, aunque solo sea una mañana.

Vuelvo a mirarla. Sus párpados caen sobre sus ojos, tiene el pelo revuelto y un poco húmedo, los labios entreabiertos, y su precioso cuerpo está abrazado a mí. Nos hemos quedado dormidos, ya son las dos de la tarde, y aunque estoy hambriento, quiero disfrutar de las vistas mientras duerme porque no sé lo que ocurrirá cuando despierte. Oigo cerrarse la puerta de la calle y recuerdo que no vivimos solos.

—María —susurro junto a su oído—. María —repito.

Ella abre los ojos, parpadea al verme, como si no creyera lo que ha sucedido hace unas horas, y vuelve a acurrucarse junto a mí.

—Deberíamos levantarnos —le digo.

—¡Oh! Claro, sí, deberíamos levantarnos —dice incorporándose y sentándose sobre la cama—. Lo siento, me he quedado dormida.

—No lo sientas, yo también me he dormido, pero Nuria acaba de regresar a casa y no sé si quieres contárselo —. La cojo la mano y deposito un beso en su

palma.

—¿Debería? Quiero decir, que no le cuento cada uno de mis... rollos.

—¿Rollos?

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé.

—Esto ha sido... ha sido...

—¿Una mala idea? ¿Eso es lo que crees? —la interrumpo.

—No, no iba a decir eso. Fue idea mía y ya te he dicho que estaba segura de lo que estaba haciendo. Pero no sé si hay algo que contar —me explica con gesto

serio.

—Me gustas mucho, quizá hemos empezado la casa por el tejado, pero ya nos conocíamos, así que supongo que podíamos permitirnos saltarnos algunos

pasos.

—¿De qué pasos hablas?

—Ven aquí —le pido tirando de ella hasta que queda completamente pegada a mí cuerpo—. Hablo de invitarte a cenar, salir de copas, ir al cine, y todas esas cosas que una pareja hace antes de tener sexo.

—¿Una pareja?

—No quiero que esto sea solo uno de esos rollos ocasionales de los que hablabas, quiero algo más —le digo besándola.

—¿No crees que es una mala idea? Somos compañeros de piso y hay otra persona viviendo con nosotros.

—Esa no es una excusa. Me gustas y te gusto, no veo ningún problema.

—¿Estás seguro?

—¿Tú qué crees? —pregunto llevando su mano hacia mi enorme erección.

—Carlos, estoy hablando en serio —replica alejando su mano de mi pene—. Una relación no es solo sexo.

—Tendrás que explicarme eso cuando pongamos remedio a esto —insisto, y vuelvo a conducir su manos hacia mi pene.

—¡Ahora no! Nuria acaba de llegar y no me parece buena idea —dice poniéndose de pie—. No tengo ropa aquí.

—Puedes ponerte algo mío.

La imito y yo también me levanto. Le doy una camiseta, saco otra para mí y comienzo a vestirme.

—Creo que será mejor que sea yo quien se lo diga a Nuria.

—Como quieras. Ella es tu amiga.

—Vale, se lo diré más tarde, ahora voy a vestirme y a comer algo.

—Iré preparando la comida —le digo abriendo la puerta de la habitación y cediéndole el paso.

—¡Chicos! Pensaba que no había nadie en casa —exclama Nuria mirándonos de arriba abajo —¿Tenéis algo que contarme?

—Supongo... supongo que sí —responde María con tono vacilante.

—Vale, pues soy toda oídos.

—Deja que vaya a vestirme y ahora hablamos —le pide María dirigiéndose a su habitación.

Yo no digo nada y me dirijo hacia la cocina para preparar la comida. Pensar con el estómago vacío no es lo mío.

—Así que tú y María... —comienza a decir Nuria.

No voy a tener suerte, Nuria me ha seguido hasta la cocina y ya ha comenzado con el interrogatorio. A veces no entiendo a las tías, su amiga acaba de decirle que hablarán ahora y no sé por qué tiene tanta prisa. Entre los hombre estás cosas no pasan, si un amigo me dice que ya hablaremos nunca insisto y lo mismo puede aplicarse a ellos.

—Será mejor que esperes a María —respondo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —insiste.

—¿Nunca te rindes?

—No, nunca lo hago —dice sonriendo—. Es que me resulta todo muy extraño. María y tú no parecíais congeniar y esto es toda una sorpresa.

—Tal vez no todo es lo que parece.

—Venga, suéltalo, quiero conocer tu versión —me pide.

—¿Antes que ella? Nunca.

—Los tíos siempre sois igual, no soltáis prenda.

—Y vosotras siempre queréis enteraros de todo —le digo sacando una botella de vino de la nevera—. ¿Quieres una copa?

—Tendré que conformarme con una copa —se rinde.

—Buena chica.

Sirvo un par de copas de vino y después, mientras comienza a hervir la pasta, hago una salsa boloñesa. Cocinar requiere toda mi atención y Nuria parece haberse resignado a que no le cuente nada.

—¡Por fin! —exclama Nuria en cuanto María llega a la cocina—. Carlos no ha querido contarme nada.

Me vuelvo hacia ellas y miro a María, ella sonríe, me mira con ternura, y es todo lo que necesito para sentirme bien.

—¿Queréis que os deje solas? —pregunto.

—No, no te vayas, puedes quedarte —dice María.

—Estaba preguntándole a Carlos cuánto tiempo lleváis juntos —. Nuria vuelve a su interrogatorio y yo devuelvo la atención a la comida.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta María sorprendida—. En realidad, todo acaba de suceder.

—¿Cuándo, hoy, este fin de semana...?

—Hoy —responde María—. Supongo que no lo esperabas, pero son cosas que suceden. Espero que no te moleste que haya pasado algo así. Somos

compañeros de piso y podría resultar incómodo para ti, pero prometo que haremos todo lo posible para que eso no suceda.

—No me importa, solo estoy un poco sorprendida. Al principio pensé que le odiabas y después que te habías resignado a que viviera con nosotras. Pero nunca hubiera imaginado que terminarías juntos.

—Yo tampoco, pero ha sucedido.

—Bien, pues os deseo lo mejor —dice Nuria dando un trago a su copa de vino.

—Yo también lo deseo —oigo decir a María, y me vuelvo a mirarla, porque yo lo deseo tanto como ella.

—¿Hasta cuándo tendremos que seguir así? —le pregunto a María mientras nos damos una ducha.

—No vivimos solos, lo sabes, y creo que debemos ser discretos —responde ella.

No estoy de acuerdo con ella, no se trata de ir follando por toda la casa, sino de poder hacerlo en su habitación o en la mía y pasar la noche juntos cuando nos apetezca. Pero María no quiere escucharme y el único sexo que practicamos es a escondidas, como ahora, y solo porque Nuria se ha marchado este fin de semana.

—No quiero ser discreto —le digo apretándola contra mí.

—¿Otra vez?

—¿Otra vez qué?

—Vuelves a estar excitado y solo hace un rato que lo hemos hecho.

—Ya te dije que era insaciable —bromeo—. Me paso días y días deseándote mientras te paseas delante de mí con esos leggins que te hacen el culo tan sexi.

No soy de piedra.

—Puedo volver a los pantalones anchos y las sudaderas.

—No, prefiero que no lo hagas, así tengo material de sobra para masturbarme.

—Serás...

—Hoy no voy a darte tregua —la interrumpo, y la beso de esa forma que sé que le vuelve loca.

—¿Crees que yo no lo paso mal? Te deseo todo el tiempo y tú no me lo pones nada fácil —se queja.

—Te lo pongo demasiado fácil, solo tienes que colarte en mi habitación o en la ducha, como ahora.

—No con Nuria en casa. Pero te deseo y solo puedo pensar en las ganas que tengo de besarte —susurra poniéndose de puntillas para alcanzar mis labios.

La levanto del suelo y ella coloca las piernas alrededor de mi cuerpo. Aunque acabamos de hacerlo aún tengo ganas de ella y me cuelo en su interior con facilidad.

—¡Ohhhhh! —exclama María cerrando los ojos, y vuelvo a besarla.

La apoyo contra la pared de la ducha y muevo las caderas contra ella a buen ritmo. Sé que es así como le gusta, lo he comprobado a lo largo de estas últimas semanas, aunque no tantas veces como hubiese deseado.

—¿Te gusta así? —pregunto sin dejar de moverme.

—Me encanta —dice con un hilo de voz—. Sigue.

A mí me gusta tanto como a ella, así que no tengo problema en complacerla y moverme cada más deprisa, embistiéndola con fuerza mientras nuestra piel mojada resbala la una sobre la otra y devoro sus labios con avidez.

—¡Córrete! —murmuro sobre sus labios—. Quiero que te corras mientras gritas.

María me obedece y grita mientras me regala un orgasmo más largo que el que ha tenido hace un rato. Y aunque yo no he acabado me siento el hombre más afortunado del mundo sintiendo como su cuerpo aún palpita entre mis brazos, y la devuelvo al suelo con delicadeza y sin dejar de abrazarla.

—No has acabado —dice jadeante.

—No tenía un preservativo a mano y no quería interrumpirte.

—Eso tiene arreglo —responde deslizándose hacia abajo y metiendo mi erección en su boca.

Estoy muy excitado y sentir sus labios sobre mi sexo me pone a cien. Tanto que tengo que controlarme y frenar un poco para no correrme inmediatamente. Su lengua recorre la punta de mi pene, su mano se aferra a él y sus labios ejercen la presión justa y necesaria para que todo sea perfecto. Tan perfecto que no aguanto más y termino cediendo y dejándome ir.

—Eso ha sido increíble —digo abrazándola.

—¿Te ha gustado?

—Mucho más que eso —respondo volviendo a besarla.

María no tiene nada que ver con el resto de las mujeres con las que he salido hasta ahora. Siempre las había elegido altas y voluptuosas, pero ella es pequeña, tanto que apenas me llega hasta la barbilla, y su cuerpo es tan menudo que al abrazarla se pierde en el mío. Pero lo que me hace sentir es mucho mayor que lo que he sentido nunca.

—Vamos a secarnos, no quiero que cojas un resfriado —le digo ayudándola a salir de la bañera.

Le tiendo una toalla y la ayudo a secarse. Con cada roce su piel se estremece y sus pezones vuelven a endurecerse bajo mis dedos.

—Nena, vas a tener que darme un respiro —le digo guiñándole un ojo.

—Lo siento, no puedo evitarlo —dice ruborizándose.

—Yo tampoco —le confieso volviendo a abrazarla.

Pasamos el resto del día en la cama retozando, haciendo el amor y durmiendo a ratos. Solo nos levantamos por la noche a comer algo y nos sentamos ante el televisor para darnos un respiro. Aunque el respiro dura poco, porque en cuanto María coloca los pies en mi regazo y los acaricio, vuelvo a excitarme. Tiene unos pies pequeños, suaves y delicados, y lleva las uñas pintadas de rojo. Nunca he entendido por qué las mujeres se pintan las uñas de los pies si nadie puede verlas, pero ahora todo empieza a cobrar sentido.

—Vuelves a estar excitado —dice sorprendida.

—La culpa la tienen tus pies y esa camiseta —digo devorándola con la mirada.

Solo lleva encima una camiseta mía y saberla desnuda debajo de ella me vuelve completamente loco de deseo.

—Quiero que lo hagas —me dice.

—¿Hacer qué?

—Quiero ver cómo te tocas —me pide con las mejillas encendidas.

—Solo si tú haces lo mismo.

Parece a punto de replicar, pero no dice nada y espero mientras medita sobre ello mirándola fijamente.

—¿Te da vergüenza? —pregunto.

—Nunca lo he hecho delante de nadie.

—Es una manera más de disfrutar.

Cojo su mano y la guío hasta el interior de sus muslos. Le abro las piernas para poder mirarla y la ayudo con los primeros movimientos. Poco a poco parece animarse y dejo que continúe sola, saco mi pene del pantalón y comienzo a masajearlo. Ver como se toca resulta muy estimulante, al igual que el modo en que sus párpados caen sobre sus ojos y sus labios se entreabren exhalando pequeños gemidos.

María ha sido un descubrimiento de lo más refrescante. Su aparente frialdad contrasta notablemente con su fogosidad recién descubierta y con sus ganas de experimentar cosas nuevas. No puedo apartar los ojos de ella, de su mano derecha masajear su clítoris y de la izquierda que asciende hasta sus senos deteniéndose en cada uno de sus endurecidos pezones. La deseo, la deseo tanto que no puedo soporarlo más.

—Ven aquí —digo tirando de ella hasta dejarla sentada a horcajadas sobre mí—. Creo que prefiero ser yo quien te dé placer.

Beso sus labios, cuelo la lengua en su boca y busco la suya casi con desesperación. Tenerla tan cerca hace que la desee de forma constante y si solo dependiera de mí no saldríamos de la cama en las próximas semanas. Me cuelo en su interior con facilidad, está tan mojada que me deslizo en su interior con suavidad y la aprieto con fuerza para hacerla enteramente mía.

—Quítate esto —le digo deshaciéndome de su camiseta —me gusta verte desnuda.

Coloco las manos sobre sus senos y los masajeo con fruición, encajan perfectamente en mis manos, como si estuviesen hechos a medida y estuviesen destinados a ellas.

—¡Muévete! —la ordeno.

—¿Así está bien? —dice con la voz entrecortada mientras cabalga sobre mí..

—Así —la animo—. Eso está muy bien.

Desde luego que está bien, su forma de moverse sobre mí es deliciosa y ver su rostro a punto de entrar en éxtasis no puede ser más estimulante.

—Creo que... —comienza a decir, pero antes de acabar la frase comienza a moverse de forma salvaje sobre mí y grita tan fuerte que me arrastra con ella hacia un orgasmo increíble.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de Nuria me llega lejana. Estoy completamente concentrado en María, en su orgasmo, el mío, sus gemidos y los míos. Es algo imparables, así que, aunque oigo su voz, no presto atención a sus palabras y no me giro para mirarla. Solo tengo ojos para María, que ni siquiera se ha dado cuenta de la interrupción.

—¿Me habéis oído? —pregunta Nuria.

Esta vez sí, María y yo somos plenamente conscientes de que no estamos solos y nos han pillado en plena faena.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —pregunta María intentando recuperar su camiseta.

—Vivo aquí —responde Nuria.

—Pensábamos que no vendrías hasta mañana. De haberlo sabido... yo... nosotros...

—Vale, chicos, lo siento, debería haber llamado antes —se disculpa Nuria bajando la mirada hacia el suelo y levantando las manos.

—Claro que no. Ha sido una torpeza por nuestra parte, no deberíamos... —Las mejillas de María están teñidas de rojo. Está completamente avergonzada y sé que esto tendrá consecuencias en nuestra relación.

—No te preocupes, me alegra saber que algunas personas siguen disfrutando de buen sexo —dice Nuria quitando hierro al asunto.

—Será mejor que vayamos a otra parte —intervengo.

—Sí, voy a vestirme —dice María—. Si quieres cenamos juntas y me cuentas por qué has vuelto tan pronto.

Sigo a María hasta su dormitorio, pero ella no parece reparar en mi presencia. Se pone ropa limpia, se cepilla el pelo y enseguida se dispone a salir de la habitación sin dedicarme una sola mirada.

—Lo siento, tengo que hablar con Nuria —me dice abriendo la puerta.

—Oye, no pasa nada, sé que es una situación incómoda, pero Nuria es tu amiga, no tu madre.

—Ya hablaremos en otro momento, pero esto no puede repetirse.

—¿A qué te refieres?

—No podemos ir por ahí... ya sabes... No vivimos solos y deberíamos ser más discretos.

—Entonces tendremos que ir a otra parte. Quizá... quizá sea mejor que busque un piso para mí solo.

—Lo siento, ahora no puedo hablar contigo —dice María saliendo de la habitación.

No tengo ni idea de lo que acaba de suceder. La situación no me parece tan grave, era algo que entraba dentro de las posibilidades, que Nuria terminara encontrándonos haciendo el amor. Pero incluso la propia Nuria parece estar mucho menos sorprendida que María.

Me voy a mi habitación sintiéndome confuso y enfadado por la actitud de María, pero esta vez no seré yo quien la busque. Si quiere algo ya sabe dónde encontrarme.



La Universidad y las prácticas apenas me dejan tiempo libre para nada más. La búsqueda de piso no va demasiado bien, todo lo que encuentro es demasiado caro o está demasiado lejos de la Universidad y del hospital, lo que significa madrugar más y desperdiciar un precioso tiempo en el trayecto de ida y vuelta. Solo dos pisos cumplían aparentemente los requisitos mínimos en cuanto a ubicación y características, pero al ir a visitarlos no he encontrado las bondades que se describían en el anuncio. Ahora sé que “ideal para una persona” significa un zulo de quince metros cuadrados con un armario por cocina, o que “pequeño pero coqueto” es igualmente un zulo, pero decorado con cierto gusto.

Mis horarios son tan apretados que María y yo apenas coincidimos en casa, aún no hemos hablado y ella no ha hecho ningún intento de acercamiento. Me cuesta mantenerme alejado de ella y no poder tocarla cuando nos cruzamos cada mañana en el pasillo o en la cocina, supone un verdadero ejercicio de autocontrol, pero esta vez no voy a ir tras ella.

Regreso a casa tras un ajetreado día, pero esta noche saldré con mis amigos e intentaré recuperar mi antigua rutina. No puedo quedarme encerrado esperando a que María dé el primer paso. Esperar nunca se me ha dado demasiado bien, estoy acostumbrado a la acción y cuando he querido algo siempre he ido a buscarlo.

Hay una limusina aparcada en la puerta del portal. Está en doble fila, ocupando gran parte de la calzada, y enseguida reconozco la matrícula. Hace un par de meses, cuando estaba completamente desesperado por mi situación económica, viví una experiencia inolvidable e inesperada dentro de ella, y nunca podré olvidarlo.

—Hola —oigo la voz de Marla mientras la ventanilla del auto de color negro desciende dejando a la vista su rostro.

Está tan guapa como siempre y su sonrisa es un oasis en medio de una crisis personal que últimamente me tiene muy quemado.

—¿Qué haces tú por aquí? —pregunto.

—He pensado que hace tiempo que no nos vemos y que, tal vez, te apetecería venir a mi casa esta noche.

—¿A tu casa?

—Te pagaría lo mismo que la última vez —me dice con un tono de voz sugerente.

—No tengo nada mejor que hacer —le digo entrando en la limusina y sentándome a su lado.

Marla lleva puesto un vestido verde con un pronunciado escote que deja al descubierto sus piernas hasta los muslos. La miro de arriba abajo, admirando todas y cada una de sus curvas y deteniéndome sobre sus generosos senos.

—Te echaba de menos —dice colocando su mano sobre mi pierna y arrastrándola hacia arriba.

—Quizá deberíamos esperar a llegar a tu casa. Llevo todo el día fuera y necesito darme una ducha.

—Me encanta como hueles.

Su nariz se desliza a lo largo de mi cuello al tiempo que sus manos se cuelan bajo mis pantalones poniéndome a cien. Hace un par de semanas que no practico sexo y, aunque tengo mis propios medios para aliviarme, nada es comparable a esto. Sé que no debería hacerlo antes de resolver mis problemas con María, pero se trata solo de un trabajo, uno muy bien pagado que me permite cierta holgura económica y, para qué negarlo, del que disfruto plenamente.

Meto la mano bajo el vestido de Marla y compruebo que no lleva nada debajo. Su piel es suave y deliciosa, huele muy bien y sus senos son grandes y perfectos, algo que me pone muy cachondo.

—Tienes unas tetas increíbles —le digo al oído—. Me encanta tocarlas.

—Y a mí que las toques, puedes comprobarlo por ti mismo —me dice cogiendo mi mano y llevándola hacia su sexo.

Está muy mojada, tanto que mis dedos entran en su interior sin ninguna dificultad. Los saco enseguida y me los llevo hacia los labios, me gusta su sabor y sé cuanto la excita a ella este gesto.

—Eres el mejor amante que he tenido hasta ahora —susurra—. Sabes lo que quiero en cada momento.

Me halagan sus palabras, Marla goza de una amplia experiencia sexual y saber que piensa eso de mí me excita aún más si cabe.

—¿Mejor que una de tus amantes femeninas?

—Ja, ja, ja —ríe ella—. No puedo evitarlo, me gusta el sexo y confieso haber probado casi cualquier cosa. Y, ¿para qué voy a negarlo?, de vez en cuando me gusta montármelo con una mujer. ¿Nunca lo has hecho con un hombre?

—No —niego—. No es algo que me llame la atención.

—Deberías probarlo alguna vez. Quizá te sorprenda. Y eso me recuerda que tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Sí, pero tendrás que esperar a que lleguemos a casa.

Durante los veinte minutos que tardamos en llegar a su casa, Marla y yo no dejamos de tocarnos y antes de que el chofer nos deje en la puerta ella ya ha tenido el primer orgasmo de la noche.

Hacemos el mismo recorrido de la última vez, pero en esta ocasión me siento menos incómodo sin la imponente figura de su marido siguiéndonos a lo largo del pasillo y sin quitarme los ojos de encima.

—¿Estás preparado? —me pregunta Marla delante de la puerta de su dormitorio.

—¿Preparado?

—¡La sorpresa! ¿Es que no lo recuerdas?

—Sí, claro, la sorpresa —miento, porque hace rato que lo había olvidado.

Empiezo a temer lo peor, con Marla cualquier cosa es posible y al recordar nuestra conversación de hace un momento, temo que tras la puerta haya otro hombre esperándonos. Sé lo mucho que le divierten este tipo de cosas, aunque no creo estar preparado para una situación de ese tipo.

Ella abre la puerta y me asomo al interior de la habitación, que esta suavemente iluminada. Igual que la vez anterior una relajante música envuelve el ambiente y el perfume de Marla flota en el aire. Recorro la estancia con la mirada, buscando esa sorpresa algo nervioso, y enseguida la encuentro sobre la cama, completamente desnuda y, al parecer, esperando nuestra llegada.

—Ven, acércate —dice Marla cogiéndome de la mano y tirando de mí—. Ella es Emma. Y Emma, él es Carlos.

No sé lo que debo hacer, si debo darle la mano, un par de besos o simplemente decir hola, y al final elijo la última opción. Me siento un poco incómodo delante de una mujer desconocida completamente desnuda sobre una cama, y también ante el desconocimiento de lo que va a pasar a continuación.

—Hola, Carlos —dice Emma, y tiene una voz un poco ronca y muy sexy, que va muy bien con el resto de su cuerpo.

Emma es una mujer impresionante. Tiene el pelo negro y lo lleva muy corto dejando completamente a la vista un rostro perfecto y anguloso, unos ojos rasgados de un intenso azul y unos labios voluptuosos que ahora sonríen. Su cuerpo es también perfecto, de piel blanquísima, lisa y de aspecto suave, senos llenos, caderas suaves, cintura estrecha y unas piernas larguísimas y delgadas. Es preciosa, tanto que no puedo dejar de mirarla.

—Y ahora que ya os conocéis voy a daros una ducha. Podéis empezar sin mí —dice Marla dejándonos solos.

—Marla me ha hablado de ti —dice Emma—. Estoy deseando conocer de primera mano todas esas virtudes de las que me ha hablado.

Emma se pone de rodillas sobre la cama y comienza a desabrocharme los pantalones. Estoy tan sorprendido que ni siquiera reacciono y me quedo muy quieto esperando a ver lo que sucede.

—Pero antes tendremos que deshacernos de toda esta ropa —continúa diciendo mientras me quita los pantalones.

Tiene unas manos ágiles y muy suaves, parece saber muy bien lo que está haciendo y yo me dejo hacer. Sus manos bajan por mis piernas acariciándolas mientras arrastra con ellas los pantalones y la tela de mis bóxer comienza a abultarse al sentir el roce de su piel contra la mía.

—Me gusta lo que veo —dice Emma, pasando la lengua sobre sus labios para mojarlos.

Cuando llega el momento de quitarme la camiseta, ya estoy metido de lleno en el juego y alzo los brazos para facilitar su labor. Emma se ha puesto de pie sobre la cama, sus senos están a la altura de mi boca y coloco las manos sobre ellos para acariciarlos. No son pequeños como los de María, no ocupan la palma de mi mano, la desbordan por todas partes. Pero aparte este incómodo pensamiento de mi cabeza y me concentro en lo que tengo delante. Una mujer preciosa y dispuesta a pasar un buen rato.

—¿Te gustan? —pregunta colocando las manos sobre las mías y apretándolos contra sus senos.

—Son preciosos —respondo sin dejar de acariciarla.

Emma se aprieta contra mí y nuestros cuerpos desnudos entran por primera vez en contacto. Su piel es tan suave como imaginaba y al sentirla tan cerca mi pene reacciona moviéndose inquieto bajo mis bóxer.

—¿Quieres jugar? —me pregunta Emma deslizándose hacia abajo para quitarme los ropa interior—. Marla no me ha engañado, estás... muy bien dotado —dice arrastrando la palabras y poniéndome a mil.

Emma introduce mi pene en su boca, está caliente y deliciosamente húmeda, su lengua se mueve en la punta, desciende, sube y baja, provocándome un intenso placer. Noto sus pechos sobre mis muslos y con cada roce estoy más caliente, acercándome al límite, pero sin llegar a él. Sus manos acarician mi espalda, bajan hasta la cintura, se detienen en las caderas, se aprietan sobre mis glúteos, y sus labios se mueven con frenesí, hasta el fondo, hasta la punta, hasta el fondo, hasta la punta.

Cuando no puedo más la empujo hacia atrás y cojo uno de los preservativos que hay sobre la mesilla. Rasgo el envoltorio con los dientes y me lo coloco con rapidez. La urgencia por entrar en ella es lo único que ocupa mi mente y no soy consciente de la presencia de Marla hasta que la veo sobre la cama, completamente desnuda y, al parecer, preparada para unirse a nuestro juego.

No me detengo en preliminares. Estoy demasiado excitado y me tumbo sobre Emma, empujando contra ella hasta llenarla por completo. Sus ojos se abren un momento sorprendidos, después sonrío y me abraza con las piernas, alzando las caderas contra mi cuerpo y permitiendo que entre en ella por completo.

Mis ojos se detienen en los suyos un momento y después buscan a Marla que, tendida sobre la cama, nos contempla mientras sus manos masajean su sexo perdiéndose entre sus pliegues. Su boca busca la de Emma y cae sobre ella atrapándola con los labios. Un beso suave que va derivando en otro salvaje y voraz. Y mi excitación se dispara al ver a dos mujeres besarse de esa manera. Aumento el ritmo de mis embestidas y Emma gime cada vez más fuerte. Estoy a punto de correrme y cuando Emma aprieta las piernas en torno a mi cintura contra su cuerpo y comienza a temblar, soy incapaz de contenerme y me dejo ir con ella. Nuestros orgasmos se sincronizan, nuestros cuerpos palpitan al mismo tiempo y caen el uno sobre el otro desmadejados y exhaustos.

No ha durado mucho, pero ha sido increíble.

Despierto cuando la luz del día comienza a filtrarse a través de los cristales. Un gemido a mi espalda me recuerda que no estoy solo y que aún estoy en casa de Marla. Después de varias horas de sexo con dos mujeres insaciables y tras una semana complicada, acabé quedándome profundamente dormido y ni un terremoto habría podido despertarme.

Doy media vuelta en la cama aún somnoliento y contemplo la escena que tiene lugar a solo unos centímetros de mí. Marla y Emma parecen disfrutar de un apetito sexual extraordinario y se han despertado con ganas de sexo. O, tal vez, no hayan dormido en toda la noche.

Marla está tumbada boca arriba, con la cabeza en la almohada, y su larga melena rubia se derrama sobre ella como una cascada. Esta despeinada y no lleva maquillaje, pero no lo necesita, de hecho, esta mucho más guapa sin él. Tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos y de ellos escapan largos y profundos jadeos. Sus piernas están completamente abiertas para permitir el acceso a Emma, que masajea su sexo con la lengua. Me llevo las manos hacia mi pene, es algo inconsciente, aprehendido, y lo acaricio con suavidad mientras miro a estas dos mujeres disfrutando sin complejos.

Emma incrementa el ritmo de su lengua, Marla jadea cada vez más fuerte y, apenas sin darme cuenta, yo hago lo mismo. Mi mano sube y baja de forma casi frenética a lo largo de mi sexo y cuando Marla alcanza el orgasmo casi puedo sentirlo en mi propio cuerpo, aunque yo aún no estoy preparado.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta Emma volviéndose hacia mí y gateando para acercarse.

Una gota de semen perla la punta de mi pene y Emma coloca su lengua encima para lamerlo. Es un gesto simple y natural, pero que consigue ponerme a cien.

—Creo que ha llegado mi turno —dice colocándose a horcajadas sobre mí y comenzando a moverse.

Se contonea con suavidad. Sus caderas parecen bailar la danza del vientre moviéndose en círculos, subiendo y bajando despacio hasta hacerme enloquecer. Sus senos están justo al alcance de mis labios y los acaricio con la lengua y con los labios, hasta que sus pezones se endurecen. Emma es una diosa del sexo, parece conocer todos sus secretos. Sabe cómo moverse, cuando acelerar y cuando parar, y va marcando el ritmo a su conveniencia, buscando su propio placer sin olvidar el mío. Cuando no aguantó más la cojo de la cintura y la empujo hacia abajo, llenándola por completo con mi sexo, para después alzarla nuevamente y repetir la jugada.

—Eres un chico muy malo —me dice.

—Tú eres una chica mala —respondo mirando sus labios que se estiran en una deliciosa sonrisa que hace que sus ojos rasgados se conviertan en dos ranuras.

Marla se coloca detrás de Emma y envuelve su cuerpo con los brazos. Sus manos se posan en sus senos y con los dedos va trazando círculos concéntricos sobre los pezones para después descender lentamente hacia la cintura, dibujando las curvas de Emma, que sigue moviéndose a buen ritmo sobre mí, y acaban sobre su sexo. Al sentir los dedos de Marla en el clitoris, Emma enloquece y sus movimientos se intensifican arrastrándome con ella al orgasmo.

—Ha sido fantástico, chicos —dice Emma.

Su cuerpo brilla perlado por una fina capa de sudor y su rostro níveo se ha coloreado dándole un aspecto saludable.

Sí, ha sido fantástico, pero ha llegado el momento de marcharme y regresar a casa. Aún tengo la esperanza de que María intente algún tipo de acercamiento y no será posible si no estoy allí. Me levanto y me voy al baño a darme una ducha. Quiero quitarme el olor a Marla y a Emma, el olor a sexo, a sudor y el olor de la culpa.

Me meto bajo el chorro de agua y me enjabono a conciencia. La espuma resbala por mi cuerpo empujada por el agua y cae hacia el suelo para perderse después en el desagüe, pero la culpa sigue ahí, inalterable, sin remisión.

—¿Te marchas ya? —me pregunta Marla mientras me seco.

—Sí, tengo cosas que hacer —respondo.

—Podrías quedarte a pasar el fin de semana. Te pagaré y Emma va a quedarse, parece que te gusta. Además, mi marido estará fuera hasta el lunes.

—Emma es una mujer preciosa y te agradezco el ofrecimiento, el dinero nunca viene mal, pero...

—¿Es por esa chica?

—Sí, también es por ella, aunque no solo por ella. Tengo que estudiar y con las prácticas llevo un poco de retraso.

—Esa chica... ¿te gusta mucho? —Marla se acerca a mí, aún está desnuda, yo también, y sé cómo acabará esto si no le pongo remedio.

—Marla, no me apetece hablar ahora de María —respondo alejándome un poco de ella.

—Quédate —susurra acercándose de nuevo hasta mí y deshaciéndose de la toalla que llevo alrededor de la cintura.

—No es una buena idea. Ahora estoy con María, bueno, más o menos, y no quiero estropear más las cosas entre nosotros.

—Entonces, ¿no estáis bien? —dice deslizando las manos por mi torso.

—Eres una mujer preciosa —comienzo a decir cogiendo sus manos para impedir que sigan recorriendo mi cuerpo—, inteligente, sexy, decidida, vital..., pero creo que será mejor que me vaya.

—Está bien, vete con esa... esa... estrecha, ve tras ella, arrástrate para que te preste un poco de atención...

—No sabes nada de María y te agradecería que no hablarás así de ella.

—No, no la conozco y tú nunca me has hablado de ella, pero sé como son esas mujeres, las he visto actuar, las conozco, y creo que no te merece —asegura.

—Quizá sea yo quien no la merezca.

—¿Por qué? Supongo que te sientes culpable porque has intercambiado sexo por dinero y porque has disfrutado mientras lo hacías. Pero te equivocas, Carlos, necesitabas ese dinero porque estabas desesperado, y disfrutar del sexo no es algo malo, tú lo sabes y yo lo sé.

—Tenía dinero suficiente para aguantar este año sin trabajar y, aún así, aquí estoy.

—Bueno, quizá sí debas reflexionar sobre eso, pero no creo que sea el momento —me dice mirándome directamente a los ojos—. Le diré a Antonio que te lleve a casa.

Vuelvo a casa derrotado, sintiéndome culpable, pero también confuso respecto a mi relación con María. Lleva un par de semanas esquivando y distante, desde que Nuria nos sorprendió haciendo el amor en el salón, y ya no sé qué pensar al respecto. Deberíamos haber hablado sobre ello, pero ella me ha evitado y yo, cabezota, me he negado a ir tras ella. Creo que ha llegado el momento de hacerlo, de que hablemos y aclaremos nuestra relación. Y es lo primero que voy a hacer cuando llegue al piso que compartimos.

Todo está en silencio. Nuria ha vuelto con su noviete y, probablemente, se haya marchado a su casa a pasar el fin de semana. Así que busco a María, pero no está en el salón, ni en la cocina, ni tampoco en el baño, y solo me queda por mirar en su habitación. Llamo antes de entrar y enseguida obtengo respuesta. Abro la puerta y el encuentro sentada delante de su escritorio rodeada de apuntes y libros. No se vuelve a mirarme y soy yo quien se acerca hasta ella. Parece concentrada en los apuntes y casi me arrepiento de haberla interrumpido.

—¿Estudias? —pregunto.

—Eso intento —responde con tono seco.

—Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué tenemos que hablar? —pregunta volviéndose hacia mí.

—Pensaba que estábamos bien, pero hace días que tú y yo...

—¿No follamos?

—No iba a decir eso y no sé por qué lo dices tú. Aparte de follar, echo de menos otras cosas —respondo con tono duro.

—¿Dónde has pasado la noche?

—¿Estás molesta por eso? He estado... con unos amigos —miento—. Me apetecía desconectar y hacía tiempo que no salía con ellos.

—Hueles a gel de ducha, Carlos, no creo que ahora haya bares en los que los clientes puedan tomar una ducha antes de volver a casa.

—Bebí mucho, estaba lejos de casa y me quedé a dormir con un amigo. Oye, María, llevas semanas esquivándome, he estado esperando alguna señal por tu parte, pero no la ha habido y no voy a quedarme sentado esperándote eternamente —replico.

—Nadie te ha pedido que lo hagas.

—Vale, está bien saberlo. Si quieres algo ya sabes donde puedes encontrarme, pero no puedes ignorarme y después actuar como una niña celosa.

—¿Niñata celosa? No estoy celosa y tampoco soy una niña —me espeta—. Lo único que hemos hecho tú y yo ha sido... ha sido... follar, nada más, así que no puede decirse que tengamos una relación.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunto sorprendido—. Eso me pasa por enrollarme con niñas de papá que siempre lo consiguen todo chasqueando los dedos. Pero no te engañes, quizá no tengamos una relación, pero follar conmigo ha sido la mejor experiencia de tu vida —le digo caminando hacia la puerta de su habitación.

—¡Eres un gilipollas! —grita ella lanzándome una zapatilla.

Pero me da igual, María puede lanzarme toda su colección de zapatos de niña pija, porque para mí ella ya es historia.

## MARÍA

Respiro hondo e intento serenarme para poder pensar con claridad. Aun no sé por qué le he dicho esas cosas a Carlos. Me iba arrepintiéndome según iban brotando las palabras de mis labios, pero en lugar de callarme y rectificar, he seguido adelante hasta hacerle enfadar. Ahora ya no tiene remedio y me pregunto por qué he estropeado nuestra relación.

Sí, me he comportado como una niña. Llevo semanas esquivándole, tal y como él mismo ha dicho, tratándole como a un desconocido, ignorándole, e incluso, siendo grosera. Y mientras tanto él ha sido todo amabilidad, respetando mi espacio y actuando como si nada sucediese.

Carlos me gusta, me gusta tanto que no soy capaz de explicarlo con palabras. Y no solo es atracción sexual, aunque he de reconocer que como amante es el mejor que he tenido nunca, sino algo que va mucho más allá del sexo. Me gusta por dentro y por fuera. Me gustan sus ojos y su mirada, sus labios y su amabilidad, su cuerpo y su inteligencia. Me gusta todo de él. Y lo he estropeado.

Jamás imaginé que un hombre como él pudiera fijarse en mí. Siempre he sido muy insegura, a pesar de que todo el mundo dice que parezco un ángel por mi pelo rubio, mis ojos de color miel y mi pequeña estatura. Sé que es un cumplido, pero siempre he odiado parecer un ángel. Quizá porque no lo soy. Hoy lo he demostrado sobradamente. A pesar de la amabilidad e infinita paciencia de Carlos, a pesar de que nunca pierde la sonrisa por muy sarcásticos, insolentes o caprichosos que sean mis comentarios, me he comportado como una auténtica bruja.

Ni siquiera intentó aprovecharse de mí, fui yo quien se coló en la ducha aquella mañana. Fui yo quien le pedí que me hiciera suya. Fui yo quien lo acorralé para conseguir mi propósito. Sin embargo, acabo de tratarle como si fuera él quien solo está interesado en el sexo. ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué, si lo único que quiero es estar con él?

Tengo que hablar con Carlos inmediatamente y disculparme antes de que sea demasiado tarde. Me levanto de la silla en la que llevo sentada desde las siete de la mañana, aunque apenas he estudiado porque no podía concentrarme, y me dirijo a su habitación. No me paro a llamar y entro directamente, abriendo la puerta de par en par para encontrarme a Carlos completamente desnudo y de espaldas.

—Lo siento —digo, pero no puedo apartar los ojos de su cuerpo.

Tiene una amplia espalda, anchos hombros y unos brazos fuertes y fibrosos. Unos brazos entre los que, desde el primer abrazo, me sentí reconfortada y protegida.

—No es lo que piensas —me dice poniéndose unos bóxer—. Estaba cambiándome de ropa para ir al gimnasio.

—No, perdona, no debería haber entrado sin llamar —me disculpo—. ¿Te vas?

—Sí, necesito hacer un poco de ejercicio —responde con el mismo tono amable de siempre, pero su gesto es duro y no sonríe.

—Esperaré a que vuelvas entonces.

—¿Querías algo? Ya sé que me toca hacer la compra, pero pensaba hacerla cuando salga del gimnasio.

—No, no tiene nada que ver con la compra, solo... solo quería disculparme contigo. No he estado muy acertada antes.

Carlos continúa vistiéndose, se pone una camiseta de manga corta y se sienta en la cama para atarse las deportivas.

—¿No vas a decirme nada? —pregunto con impaciencia.

—Parecías muy segura de lo que estabas diciendo y estoy cansado de ir siempre detrás de ti, y de soportar tu mal humor y tus comentarios mordaces —dice poniéndose una chaqueta y cogiendo la bolsa del gimnasio.

—Y ya te he dicho que lo siento. Sé que he metido la pata y no he sido sincera contigo, ni siquiera pienso nada de lo que he dicho antes.

—Entonces, ¿por qué lo has dicho?

—No lo sé, supongo que estoy asustada... y nunca... nunca...

—María, no es solo lo que ha pasado hace un rato, ¡joder!, llevas semanas comportándote conmigo como una desconocida y mi paciencia tiene un límite —dice enfadado.

—Ya lo sé, es que... estoy... me siento muy confusa —le digo entrando en la habitación y sentándome sobre la cama—. No soy demasiado buena con las relaciones y después de que Nuria apareciera repentinamente y nos viera me sentí un poco sucia.

—¿Sucia?

—Tal vez no lo entiendas, pero mi familia es muy tradicional y me han educado en la idea de llegar virgen al matrimonio. Por supuesto, no pienso del mismo modo que ellos, pero me cuesta luchar contra ello. Y tú y yo parece que solo nos entendemos en la cama.

—María, el sexo es algo completamente natural entre dos personas que se gustan y al principio de una relación es normal que todo sea más intenso.

—¿Llamas intenso a pasarse el día entero en la cama? —pregunto sorprendida.

—Llámalo como quieras. Me gusta el sexo, no lo niego, y tampoco me avergüenzo de ello. Deberías abrir un poco tu mente y dejarte llevar por lo que sientes. No es solo sexo, María, lo que había entre nosotros no era solo sexo —dice saliendo de la habitación.

Me quedo un buen rato sentada sobre la cama pensando en la conversación que Carlos y yo acabamos de mantener, y me detengo en sus últimas palabras. Ha hablado en pasado, ha dicho “lo que había entre nosotros”, y eso solo puede interpretarse de una manera. Todo se ha acabado y he sido yo la encargada de destruirlo.

No puedo sentirme más triste. Me tiro sobre la cama y el aroma de Carlos, impregnado en las sábanas y el edredón, me envuelve y me recuerda los momentos compartidos en este mismo lugar. Sí, sexo. Pero sexo con él. Sexo impregnado de sentimientos y emociones. El sexo que comparten dos personas que aman algo más que sus cuerpos.

Nuestra conversación no ha hecho más que empeorar las cosas y es solo culpa mía. Mis prejuicios han enturbiado una relación que solo había comenzado a nacer. Porque no somos dos desconocidos que se encuentran en un callejón y dan rienda suelta a sus fantasías, sino dos compañeros de piso, dos personas que conviven juntas, que se conocen y que se atraen desde el día que se conocieron. Así que no hemos llegado hasta aquí a través del sexo, sino a través del día a día, del conocimiento mutuo y de muchos momentos compartidos.

No puedo evitar llorar sobre su cama por una relación que ha muerto antes de florecer. Me siento estúpida. Una estúpida y anticuada mujer que ha sido incapaz de soltar lastre y adentrarse en una prometedora aventura de la mano de uno de los mejores hombres que he conocido. No sé qué hacer para recuperarle, quizá he cruzado los límites de su paciencia y ahora es demasiado tarde.

Después de dos horas de ejercicio intensivo, me doy una ducha y dejo que el agua caliente relaje mis músculos. La actividad física siempre consigue que me evada del resto del mundo y hoy ha impedido que piense en María y en todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Pero no puedo quedarme todo el día aquí, aún tengo que ir a hacer la compra y estudiar para los exámenes. Y María vuelve a ocupar mis pensamientos.

No voy a dar marcha atrás, durante meses me he esforzado por llegar hasta a ella encontrándome en cada ocasión con su rechazo. Luego fue ella quien dio el paso, colándose en la ducha cuando yo estaba dentro y buscando lo que ahora le parece un pecado: sexo. ¿Desde cuándo las mujeres del siglo XXI tienen una mentalidad tan estrecha? ¿Por qué he tenido que encapricharme de la única mujer a la que el sexo le produce tanto placer como rechazo?

A partir de mañana redoblaré los esfuerzos para encontrar un piso, aunque tenga que irme a vivir a cien kilómetros de la universidad y del hospital. Pero no puedo seguir conviviendo con María y tolerando sus caprichos, ni permitir que siga haciendo conmigo lo que quiera. No porque yo me considere muy hombre y todas esas chorradas, es porque no la entiendo. Es tan complicada que no consigo meterme en su cabeza para saber lo que piensa y me resulta demasiado difícil saber lo que quiere en cada momento.

Regreso a casa cargado con varias bolsas de comida y una botella de vino. Esta noche pienso beber hasta emborracharme para olvidar que su habitación está justo al lado de la mía, que solo nos separan unos cuantos ladrillos y unos cuantos pasos, pero también demasiados miedos y dudas.

No veo a María por ninguna parte, pero sé que está en casa porque su abrigo está colgado en el perchero de la entrada y sus llaves están en el cuelga-llaves. Voy a la cocina para colocar la comida en la despensa y en la nevera, y pongo el vino a enfriar. No tengo hambre, el ejercicio ha conseguido cansarme, pero no me ha devuelto el apetito y me voy a mi habitación a estudiar. Concentrarme y centrarme en los estudios debería haber sido mi único objetivo este año, pero el cambio de piso primero y quedarme sin trabajo después, han desviado mi atención y mis esfuerzos, y si no me lo tomo en serio terminaré perdiendo la beca. Y eso es algo que no me puedo permitir.

Entro en la habitación y doy un paso hacia atrás cuando veo a María tumbada sobre mi cama. Parece haberse quedado dormida y ahora me tocará despertarla y, tal vez, tener una nueva discusión con ella. Aunque también tengo otra opción, dejar que siga durmiendo y empezar a estudiar, al menos de esa manera me aseguraré un rato más de tranquilidad.

Consigo estudiar varias horas, hasta que María comienza a removerse sobre la cama y abre los ojos sorprendida. Devuelvo la atención al libro que tengo delante y finjo estar completamente concentrado. Comenzar una nueva conversación que no nos llevará a ninguna parte es lo que menos me apetece ahora, pero sé por propia experiencia que es algo que a algunas mujeres les encanta. Hablar una y otra vez sobre las mismas cosas, repetirlas hasta la saciedad y no llegar a ninguna solución, o intentar solucionarlo todo con un beso, como en esas películas románticas que tanto les gustan

—Me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Son casi las siete —respondo sin volverme a mirarla.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunta.

Vale, ahora llega esa parte en que la culpa de todo es mía, también de que ella se haya quedado dormida y de no haberla despertado inmediatamente. Sí, esto lo he experimentado otras veces, con otras mujeres y en otro escenario, pero con un guión muy parecido.

—Tenía que estudiar y tú parecías estar muy a gusto —respondo con desgana.

—Yo también tengo que estudiar, deberías haberme despertado.

—¿También tengo la culpa de que te hayas quedado dormida en mi cama? —inquiero empezando a perder la paciencia.

—¡Oh, claro! Que esta es tu cama y soy yo quien debería disculparse por estar aquí —dice comenzando a levantarse—. Supongo que tengo tú permiso si lo que quiero es practicar sexo, pero no para dormir en ella.

—¿Por qué lo sacas todo de quicio? Yo no he dicho nada, solo llegué, te vi dormida y pensé que estarías cansada. Deberías cambiar de actitud y pensar que no todos tenemos mala intención, ni jugamos con la gente, ni nos reímos en su cara.

—¿Ahora te haces el ofendido? Pensaba que ese papel me correspondía a mí.

—No estoy haciendo nada, María, aunque, para ser sincero, estoy empezando a perder la paciencia. No tengo ganas de seguir discutiendo y, como te he explicado, tengo que estudiar.

María no se va, tal y como había previsto, y se acerca hasta mí caminando muy despacio. No sé qué pensar, no tengo ni idea de sus intenciones, no sé lo que quiere y tanto enigma empieza a cansarme y a resultarme muy aburrido.

—Carlos, lo siento. Tú no tienes la culpa de nada, ni de que me haya quedado dormida, ni de que las cosas entre nosotros se hayan estropeado, ni de que me haya comportado como una estúpida. Sé... sé que la culpa de todo es mía —reconoce—. Estoy asustada porque nunca antes me había sentido con nadie como me siento a tu lado. Ni siquiera sabía que el sexo pudiese resultar tan... tan excitante y placentero. Nunca nadie me había provocado un orgasmo hasta que te conocí a ti y... y... Sé que te resultaré patética, pero todo esto me asusta, tú me asustas, lo que empiezo a sentir por ti me asusta, y no sé qué debo hacer y cómo debo comportarme.

—No sé qué decir.

—No digas nada, yo solo quiero... atreverme, solo quiero que me beses y que me hagas olvidar todos mis miedos —me pide colocando sus manos sobre mis hombros.

—¿Cuánto durará?

—¿A qué te refieres?

—Me pides que te bese, pero no sé cuánto tiempo va a durar esta actitud y cuándo volverás a darme la espalda y a ignorarme —respondo—. No soy tu juguete, María, y tampoco he pensado nunca que tú fueras el mío.

—Dime qué tengo que hacer para demostrarte que hablo en serio.

—No lo sé, de verdad —niego, y muevo la cabeza de un lado a otro—. No te entiendo, nunca sé lo que quieres y eso me hace sentir muy incómodo. Ya has insinuado más de una vez que solo estoy interesado en el sexo y eso me molesta, porque si solo quisiera sexo te lo habría dicho.

—Yo confío en ti, Carlos. Sé que eres una persona sincera y que nunca jugarías conmigo. Ya te he dicho que la culpa de todo es mía.

—¿Quién me asegura que mañana no volverás a cambiar de opinión? No quiero volver a cruzarme contigo por el pasillo y que actúes como si no me conocieras de nada. O que me esquivas cuando voy a besarte porque está delante Nuria. O que me mires de una forma rara porque te digo que te deseo a todas horas —le digo poniéndome en pie y alejándome de ella—. Podemos estar juntos o no estarlo, pero no estoy dispuesto a pasar otra vez por lo mismo.

—Tienes razón. No debería haberme comportado de ese modo. Créeme si te digo que todo este tiempo te he deseado tanto como tú a mí y que no lo he pasado nada bien, pero ya te lo he dicho, estoy asustada y me siento abrumada por todos los sentimientos que despiertas en mí. Por favor, perdóname —dice acercándose a mí y rodeando mi cintura con sus brazos—, te prometo que las cosas serán diferentes a partir de ahora.

—¿Estás segura?

—Completamente —responde mirándome a los ojos.

La estrecho contra mi cuerpo deseando creer todo lo que acaba de decir. No estoy totalmente seguro, pero siempre he pensado que todos merecemos tener una segunda oportunidad. Así que respiro hondo y coloco los labios sobre su pelo aspirando su aroma a vainilla. La he echado de menos y en las últimas semanas he

deseado abrazarla muchas veces.

—Lo siento, yo... —comienzo a decir cuando mi pene palpita entre nosotros recordándonos su existencia.

—No, está bien, me halaga que nada más abrazarnos ya estés excitado.

—Entonces, también te sentirás halagada si te digo todas las cosas que me apetece hacer con tu cuerpo.

—Me sentiré mucho mejor cuando las pongamos en práctica —responde poniéndose de puntillas para buscar mis labios.

No necesito nada más para ponerme en marcha y me deshago de su camiseta y de la mía para volver a abrazarla. Pero ahora puedo sentir su piel caliente sobre la mía y recuerdo cuanto la deseo. Beso sus labios, su cuello y después me pierdo entre sus senos. Los acaricio, los acojo entre mis manos y los lamo con deseo hasta hacerla gemir.

Nos quitamos el resto de la ropa con prisa y nos quedamos completamente desnudos el uno frente al otro, admirando nuestros cuerpos y recorriéndolos con la mirada, para después fundirnos en un nuevo abrazo y caer desmadejados sobre la cama. Lo quiero todo de ella y comienzo a besar su cuerpo sin olvidar ni un solo centímetro de piel. Me detengo en su sexo, lo lamo, lo chupo y lo hago completamente mío hasta provocarle un orgasmo que la hace temblar desde la cabeza hasta los pies.

María hace lo mismo conmigo y siento sus labios y su lengua recorriendo todo mi cuerpo. Me estremezco de placer y deseo. María, que siempre parece fría e inalcanzable, se transforma en una mujer ardiente y apasionada, insaciable, y eso me sorprende y me confunde al mismo tiempo. Me gusta la manera en la que nuestros cuerpos parecen encajar perfectamente el uno en el otro, su forma de entregarse sin reservas, el modo en que nuestras miradas hablan sin necesidad de palabras. Pero esta complicidad parece estar reservada únicamente a estos momentos y echo de menos que todo esto que ahora sucede siga existiendo cuando estamos fuera de la cama, completamente vestidos y haciendo cualquier otra cosa.

La coloco de espaldas, la cojo de las caderas y la embisto desde atrás. Mi sexo encaja perfectamente en el suyo, que está completamente mojado, y entro y salgo de ella de una forma casi salvaje. María exhala profundos jadeos que me incitan a continuar y aumento el ritmo hasta hacerla gritar.

—Mírame —le pido girándola hacia mí y volviéndola a penetrar—. Quiero que te corras conmigo, mirándome a los ojos y gritando mi nombre.

Mis caderas chocan contra sus muslos y la agarro de los glúteos para apretarla contra mí cuerpo. Mis músculos se contraen, mi pene parece a punto de explotar, y mis ojos miran los suyos buscando su placer. Los jadeos de María inundan mis oídos, sus manos se aferran a las sábanas y mi nombre brota de sus labios de forma entrecortada. Entonces sé que ha llegado el momento y la lleno por completo con una última embestida que me empuja hacia un orgasmo brutal.

—Carlos —susurra ella—. Carlos.

—¿La parejita vuelve a ser feliz? —pregunta Nuria durante la cena cuando repara en nuestras manos entrelazadas.

—Eso parece —respondo.

—Pero te prometo que...

—María, no me importa que estéis juntos, ni que os deis la mano durante la cena, os beséis en el pasillo o folléis como locos en vuestros dormitorios —la interrumpe Nuria.

—No me gustaría que te sintieras incómoda porque estemos juntos —dice María.

—No me siento incómoda, de verdad, y me alegro mucho por los dos. Ceo que sois dos personas fantásticas y me parece genial que estéis juntos.

Aprovechando las palabras de Nuria beso a María en los labios para comprobar si no me ha mentido y, a partir de ahora, las cosas van a cambiar. Ella me lo devuelve y sonrío, y yo me siento aliviado y contento por el cambio.

—Bueno, bueno, tampoco os paséis —dice Nuria—. Si la cosa se anima y os da un apretón siempre podéis marcharos a una habitación.

—Nuria, no seas burra —la regaña María.

—No soy burra, solo digo lo que pienso, y ya es hora de que te apliques el cuento y hagas lo mismo.

—Es que no estoy acostumbrada a mostrar mis sentimientos en público —explica María.

—Sí, ya lo sé, y es una pena, porque no hay nada malo en sentir y tampoco en mostrarlo ante los demás —dice Nuria—. Y ahora, parejita, me voy a la cama y os agradecería que no hicierais mucho ruido esta noche, Sergio me ha dejado agotada y necesito dormir.

María pone los ojos en blanco y yo sonrío. Nuria siempre ha sido una mujer espontánea, que dice lo que piensa y nunca oculta lo que siente.

—¿Qué tal si tú y yo nos vamos a la cama también? —pregunto a María.

—¿Juntos?

—Juntos. Prometo dormir toda la noche, nada más. Me has dejado hecho polvo y no tengo fuerzas más que para abrazarte.

—¿En tu habitación o en la mía?

—Elige tú.

María me coge de la mano y la sigo hasta mi habitación. La miro mientras se quita la ropa y se queda en ropa interior, y yo hago lo mismo. Después nos metemos en la cama y nos abrazamos.

—¿Te importa si me quito los bóxer? Siempre duermo desnudo.

—No, siempre que respetes tu promesa.

—Lo haré si no me provocas —replico.

—Carlos, no hace falta que haga nada para provocarte, tú siempre estás preparado —bromea ella.

—Ya te he dicho que estoy demasiado cansado, pero por la mañana suelo despertarme con mucha energía —bromeo.

—Venga, vamos a dormir, mañana tenemos que madrugar.

María coloca la cabeza sobre mi pecho y yo la abrazo. Me siento el hombre más feliz del mundo esta noche y espero que esta sensación no sea solo un espejismo y ella cumpla su palabra.

Me despierto con el brazo derecho entumecido, pero nada más ver a María durmiendo entre mis brazos recuerdo lo que pasó ayer y sonrío. La despierto con un beso en los labios, ella me lo devuelve aún con los ojos cerrados y poso mis manos sobre sus senos volviéndome a sentir hambriento de ella.

—No deberíamos... Llegaremos tarde —susurra.

—Podemos dejarlo para esta noche —propongo—. Pero me voy a la ducha, tengo que solucionar esto —le digo mostrándole mi sexo completamente excitado.

—¿Siempre te despiertas así?

—Siempre. Ya lo sabes.

—Me sabe mal dejarte así.

—¿Cómo estás tú? —pregunto deslizando la mano entre sus piernas y retirando sus bragas—. Estás mojada.

—No soy de piedra. Y, aunque me cueste reconocerlo en voz alta, siempre tengo ganas de ti. Pero es tarde y...

—Ya lo sé —le digo comenzando a levantarme.

—¿No te enfadas?

—No, claro que no. Voy a darme una ducha y a preparar el desayuno. Te espero en la cocina. —La beso en los labios, me pongo unos pantalones y salgo de la habitación.

Me doy una ducha rápida para que María y Nuria puedan usar el baño cuanto antes y no lleguen tarde, y después voy a la cocina a preparar zumo, café y tostadas. La mayoría de los días no me da tiempo a comer y procuro hacerlo antes de salir de casa, aunque no siempre me levanto con el tiempo necesario. Hoy habría cambiado el desayuno por quedarme en la cama un rato más con María, pero no he querido insistir. A pesar de lo que hablamos ayer, nuestra relación no ha hecho más que comenzar y prefiero tomarme las cosas con un poco de calma y que ella no se sienta presionada.

Me había prometido concentrarme de nuevo en la universidad, buscar piso y olvidarme de María. Es, exactamente, lo que hubiera hecho en cualquier otro momento de mi vida, pero María parece haberme embrujado y solo pudo pensar en ella. Se trata de algo nuevo, diferente a todas las relaciones que he mantenido hasta ahora con otras mujeres, y demasiado absorbente. Pero me gusta esta sensación, me hace sentir bien, y el sexo con ella me sienta mucho mejor que mis escapadas al gimnasio.

—¿Te sirvo una taza de café? —pregunto a María cuando entra en la cocina.

—No, gracias, ya lo hago yo.

La sigo con la mirada mientras coge una taza y se sirve el café. Sus movimientos son ágiles y gráciles, parece una bailarina desliziéndose por la cocina y solo falta la música para acompañar sus pasos. Últimamente ha dejado de vestir vaqueros y sudaderas dos tallas mayores que la suya, y esta mañana ha elegido una minifalda negra y un jersey de cuello vuelto que enmarca su cintura y sus caderas. Solo puedo pensar en meter las manos bajo su falda y arrancarle las bragas, aunque me temo que mis fantasías tendrán que esperar a que llegue la noche.

—¿Has estudiado ballet? —pregunto sin apartar los ojos de su culo.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Por tu forma de moverte, aunque debería haberme dado cuenta mucho antes.

—Me gustaba bailar, pero finalmente cambié las zapatillas de baile por los números.

—Ven aquí. —La cojo de la cintura cuando pasa a mi lado y meto la mano bajo su falda.

Me he prometido ir despacio y pensaba esperar hasta esta noche, pero el cavernícola que habita en mí es bastante difícil de controlar y no puedo esperar un solo minuto más para comprobar qué lleva debajo de la ropa. Las medias le llegan hasta los muslos y bajo la mirada para echar un vistazo. Son unas medias finas de color negro, rematadas por encaje del mismo color, que se sujetan sin necesidad de ligero.



—Vamos a llegar tarde —me regaña apartándose de mí—. Además, he dejado a Nuria en el baño y no creo que tarde en unirse a nosotros.

—¿Un trío? Interesante...

—¿Lo dices en serio? —pregunta María sorprendida sentándose frente a mí.

—¿Te parece mal?

—Yo he preguntado primero. Y sí, me parece... me parece algo descabellado. Nunca se me ocurriría irme a la cama con dos hombres.

—También cabe la posibilidad de un hombre y una mujer, o dos mujeres.

—Sí, es verdad, pero nunca me he planteado ninguna de esas posibilidades. Creo que me sentiría incómoda y fuera de lugar. ¿Tú... tú lo has probado?

—Yo siempre he estado abierto a todas las posibilidades.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un tal vez —digo poniéndome en pie.

La conversación se me ha ido un poco de las manos y no quiero mentir a María. Una cosa es ocultar la verdad y otra mentir. Así que dejo el desayuno a medias para marcharme cuanto antes.

—Tengo que irme, te veré esta noche y, por favor, no te quites la ropa cuando llegues, quiero encargarme personalmente de hacerlo. —Beso a María en los labios y cojo un par de piezas de fruta antes de salir de la cocina.

—No te puedes ir ahora —la oigo decir—. No has respondido a mí pregunta.

—Lo haré esta noche —grito desde la entrada.

¡Mierda! Acabo de meter la pata. No sé lo que ha pasado, estábamos tonteando y de repente he tenido que soltar esa gilipollez del trío. Y no contento con ello he seguido hablando en lugar de cerrar la boca o cambiar de tema. Ahora María volverá a preguntarme y no me quedará más remedio que decirle la verdad o mentirle. Ninguna de esas opciones me gusta, así que intentaré hacerla olvidar.

Me paso todo el día pensando en María, en la minifalda que se ha puesto esta mañana, y en las medias negras que le cubrían las piernas hasta los muslos. Y nada más llegar a casa la busco por todas partes y entro en su habitación sin llamar. Está sentada delante de su escritorio y aún lleva puesta la misma ropa que esta mañana. No la saludo, el cavernícola que habita en mí lleva todo el día controlando mi mente y solo puedo pensar en colar las manos bajo su ropa.

—Ven aquí —ordeno tirando de ella y poniéndola de pie.

—Carlos, ¿qué haces?

—Ahora lo verás.

La empujo hasta la ventana y atrapo su cuerpo con el mío. La beso de forma salvaje, primitiva, descargando en ella todo el deseo que he sentido desde que he salido de casa esta mañana. Ella responde devolviéndome el beso y pasando los brazos alrededor de mi cuello. Pero me deshago de sus brazos, la giro contra la ventana y ella jadea por la sorpresa. Le subo la falda por encima de los glúteos y me deshago de sus bragas de un tirón, lo que le provoca un nuevo jadeo. Pero le gusta, lo sé porque al hundir dos dedos en su interior la encuentro húmeda y completamente preparada.

No me entretengo en preliminares, me desabrocho los pantalones liberando mi sexo, me pongo el preservativo que he dejado en uno de los bolsillos, y la embisto con fuerza, hasta el fondo, sin encontrar resistencia. Ella arquea el cuerpo permitiéndome un mayor acceso a su sexo y me muevo enloquecido por el deseo.

María se mueve contra mí, nuestros cuerpos entran en contacto una y otra vez, se separan para volver a unirse encontrando el placer en ese delicioso vaivén que tensa nuestros músculos y descarga nuestra pasión. Busco su clitoris con los dedos y al encontrarlo María gime, se mueve a mayor ritmo y nos catapulta a ambos hacia una oleada de placer que va creciendo en cada movimiento. Y cuando se tensa contra mi cuerpo y aprieta mi mano contra su sexo, sé que ha llegado el momento que estábamos esperando y libero la tensión que he contenido a lo largo del todo el día.

La abrazo por detrás, apretándola de nuevo contra mí, y ella se deja caer entre mis brazos. Parece exhausta y yo también lo estoy, aunque aún no he saciado mi apetito por ella. Ahora me apetece besarla, abrazarla y perderme entre las curvas de su cuerpo.

—Llevo todo el día pensando en ti —susurro junto a su oído, y noto como ella se estremece.

—Ya me he dado cuenta. Ni siquiera me has saludado.

La giro hacia mí, quedándonos frente a frente, y coloco mis labios sobre los suyos.

—Hola, señorita, ¿ha tenido usted un buen día? —bromeo.

—He pensado mucho en usted, caballero, lo que ha impedido que me centrara del todo en las clases y ahora me tocará hacer un esfuerzo extra.

—Soy muy buen profesor, ¿no te lo había dicho?

—¿De verdad? Y, ¿cuál es tu asignatura preferida?

—Anatomía —susurro—. Siempre se me dio bien la anatomía.

—Debí suponerlo. Aunque me temo que no me será de mucha ayuda.

—Deberías confiar más en mí.

—Confío en ti, pero hemos dejado una conversación pendiente esta mañana. No creas que lo he olvidado.

Sabía que no lo había olvidado, pero confiaba en mi poder de seducción y en hacerla olvidar. La tiro sobre la cama y comienzo a deshacerme de su ropa.

—Esto no va a servirte. ¿Alguna vez has participado en un trío?

—Alguna vez —respondo esquivo.

María me empuja y se sienta sobre la cama. Sus ojos me miran como si fuese la primera vez que me ve. Ahora entraremos en un nuevo debate, o peor, una nueva discusión. Y me arrepiento de haber sido sincero. Debería aprender y ser menos bocazas.

—¿Quieres decir que te has acostado con dos mujeres a la vez?

—Sí, María, lo he hecho. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros. Si te preguntas si quiero que hagamos un trío mi respuesta es no. Te quiero solo para mí y no deseo compartirte con nadie.

—Es que es tan raro.

—Solo ha pasado una vez —miento, porque han sido dos, el fin de semana que pasé con Marla en la sierra y hace solo un par de días, cuando las cosas entre María y yo no estaban claras. Por no hablar de la noche que conocí a Marla y lo hicimos delante de su marido.

—¿Te gustó?

¿A qué viene todo esto? No lo entiendo. Sé que María ha estado con otros hombres antes de estar conmigo, es normal, pero procuro no pensar en ello porque no quiero imaginarla en brazos de otro. Las mujeres parecen tener una opinión diferente y siempre terminan preguntando por las relaciones anteriores, y no solo eso, también quieren detalles. Luego, a la menor oportunidad, acaban echándotelo en cara.

—Bueno, fue una experiencia diferente y no estuvo mal. Pero prefiero estar solo contigo —le digo besando uno de sus hombros.

—¿Ellas... ellas también lo hicieron? Quiero decir, que si ellas dos...

—Sí, ellas dos follaron, María, pero no sé a qué vienen tantas preguntas. —Me pongo de pie, un poco cansado del interrogatorio.

—No te enfades, solo es curiosidad. Es que no me imagino haciéndolo con una mujer y mucho menos con un hombre y una mujer al mismo tiempo.

—Hay gente a la que le gustan esas cosas. Son felices así y no hacen daño a nadie.

—Ven, no te vayas —me pide cogiéndome de la mano, y vuelvo a sentarme junto a ella—. No quiero que te sientas incómodo. Ya te he dicho que solo sentía curiosidad.

—Vale, pero me siento incómodo hablando contigo de esas cosas. Ahora estoy aquí contigo y es en lo único en lo que quiero pensar.

Repetimos, pero esta vez nos lo tomamos con calma y aunque oímos la puerta de la calle abrirse, y sabemos que Nuria ha llegado a casa, María no me pide que paremos. Parece que algo ha cambiado y me relajo al pensar que las cosas serán diferentes a partir de ahora.

Cenamos con Nuria y después regresamos cada uno a nuestra habitación. Tenemos que estudiar y la tarde ha sido totalmente improductiva en ese sentido. Dormir con María no es lo más acertado en este momento. Los dos somos conscientes de que tenemos que estudiar, lo que significa pasar un montón de horas concentrados en los libros, sin nada que distraiga nuestra atención. Y María es una distracción que ahora no me puedo permitir, al menos no todo el tiempo.

Por la mañana me despierto cansado y con ganas de que llegue el fin de semana. Acabé metiéndome en la cama a las tres de la madrugada para recuperar el tiempo, y nunca me ha sentado bien dormir poco. A María, sin embargo, no parece afectarle la falta de sueño. Esta mañana está preciosa y vuelve a deleitarme vistiendo una minifalda algo más corta que la de ayer, y una camisa blanca de la que lleva desabrochados varios botones dejando a la vista el nacimiento de sus senos.

—Últimamente te arreglas demasiado —le digo.

—Pensaba que te gustaba.

—Y me gusta, pero ahora me pasaré todo el día pensando en ti —susurro junto a su oído mientras la abrazo desde atrás.

Coloco las manos en su cintura y las deslizo lentamente hacia arriba hasta llegar a sus senos. Sus pezones reaccionan enseguida a mi contacto y se ponen duros, tanto como mi sexo, que palpita contra ella luchando por ser liberado.

—Carlos, no deberíamos...

—No vamos a hacer nada. Solo es un beso de buenos días —le digo lamiendo su cuello.

—Un beso de buenos días con premio —se burla ella.

Se gira hacia mí, pero no la dejo escapar y la abrazo contra mi cuerpo haciéndola notar lo mucho que la deseo.

—Un beso de buenos días para recordarte lo que te espera esta tarde cuando llegues a casa.

—Hoy llegaré más tarde, tengo clases particulares.

—No importa, te estaré esperando.

—¡Buenos días, pareja! —saluda Nuria entrando en la cocina.

—Hola, Nuria —responde María desasiéndose de mis brazos.

—Podéis seguir, voy a tomarme una taza de café y me voy corriendo. Me toca llevar a mí el coche y tengo que pasar a recoger a los demás.

—Al menos no tienes que pasar frío esperando el autobús. Le he dicho a mi padre que necesito un coche, creo que está casi convencido —dice María.

—¿Un coche? Prefiero ir en metro y no tragarme los atascos —opino.

—Ya, pero en un coche estás calentita en invierno y fresquita en verano —explica María—. Además, podría ir a ver a mis padres siempre que quisiera.

—Ya sabes que mi coche está a tú disposición, María, por si queréis hacer una escapada de fin de semana de enamorados —dice Nuria guiñándonos un ojo—.

Aunque este fin de semana también tendréis la casa para vosotros. Yo me iré al piso de Sergio, él vive solo y su casa es enorme. Tiene jacuzzi y ...

—¿Quieres dejar de darme envidia? —le pide María.

—Es lo que tiene salir con un hombre mayor con pasta.

—¿A qué se dedica? —pregunto sirviéndome una taza de café.

—Es bróker y parece que es una profesión que da mucho dinero. Debería haberlo pensado bien antes de elegir la carrera de derecho.

—Siempre puedes pedirle que te enseñe —le digo a Nuria.

—O casarte con él y dedicarte a ir de compras —sugiere María.

Miro a María sorprendido. Ahora que las mujeres han conseguido grandes conquistas sociales, que pueden estudiar, trabajar y ser económicamente independientes, sus palabras me suenan antiguas y desafortunadas.

—No, no quiero casarme y no he estudiado tanto para tener que depender de ningún hombre —dice Nuria—. Además, no estoy enamorada de él, solo lo pasamos bien juntos.

—Pues yo sueño con casarme algún día y tener una gran familia. Soy hija única y me habría gustado tener hermanos.

—Eres una romántica, María. Pero tengo que dejaros, el deber me llama —se despide Nuria.

—Yo también me voy —digo poniéndome en pie—. Te veo esta tarde.

Le doy a María un beso ligero en los labios y salgo de la cocina. El rumbo que ha tomado la conversación me ha dejado algo confuso. Nunca he pensado en casarme, primero debo acabar la carrera y empezar a trabajar, y me gustaría pasar algún tiempo viviendo solo, sin necesidad de compartir piso con nadie antes de tomar una decisión tan importante. Y no es que María no me guste, me gusta mucho, y siento por ella algo más que pura atracción sexual, pero aún estamos conociéndonos y no me he planteado qué futuro nos espera juntos. Es demasiado pronto.

Camino hacia el metro con este pensamiento en la cabeza y el resto del día no pienso en María, tal como sucedió ayer, cuando no podía quitarme de la cabeza su falda, las medias y el jersey que llevaba puesto.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto a Marla, que me espera junto a la limusina negra a la salida de la Facultad.

—Ha sido muy fácil encontrarte —responde ella—. ¿Subes? —pregunta abriendo la puerta de la limusina.

Antes de responder la miro de arriba abajo y la estudio detenidamente. Lleva el pelo recogido en una coleta, va menos maquillada que en otras ocasiones y lleva puesto un abrigo rojo y zapatos de tacón del mismo color. Está preciosa y con el pelo recogido no aparenta la edad que tiene, parece mucho más joven.

—No, no voy a subir.

—¿Por qué? Te llevaré a casa, sabes que no voy a obligarte a hacer nada que no quieras.

—Oye, Marla, me ha encantado conocerte y...

—Ahórrate todo ese rollo, Carlos, conmigo no tienes que disimular, si no quieres que volvamos a vernos solo tienes que decírmelo y no volveré a molestarte.

—Ya te lo dije la última vez, no necesito más dinero y estoy saliendo con alguien —le explico.

—Entonces, ¿por qué accediste a venir a mi casa? Podías haberte negado, pero viniste y eso sucedió hace solo cuatro días.

—Será mejor que hablemos dentro del coche —le digo mirando a mi alrededor. Algunas personas nos observan con curiosidad y prefiero que ningún amigo o conocido me vea con ella y comience a formular preguntas incómodas.

Marla sube a la limusina y yo lo hago tras ella. No me siento a su lado, sino en frente, no quiero estar demasiado cerca de ella. Ahora estoy con María y Marla tiene razón. Fui a su casa, acepté que me pagara y me quedé a pasar la noche con ella y con su amiga Emma. Pero María y yo estábamos pasando por un mal momento, no tenía claro si estábamos juntos, y necesitaba desconectar y divertirme un rato. Tal vez no lo pensé demasiado y cometí un error, pero prefiero no volver sobre ello.

—Marla, ya te conté que estaba saliendo con alguien.

—Sí, lo sé, pero me dijiste que no estabais bien y...

—Solo fue un mal entendido, pero hemos hablado, hemos aclarado las cosas y volvemos a estar juntos.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Además, tú estás casada, y yo... ya lo sabes, necesitaba ese dinero, y lo pasamos bien, de verdad, pero preferiría...

—¿Olvidarme?

—No he querido decir eso, es que no lo entiendo, Marla. Eres una mujer inteligente y preciosa, me dijiste que estabas enamorada de tu marido y tienes dinero de sobra para hacer lo que quieras. Ni siquiera necesitas pagar para que cualquier hombre o mujer esté contigo. Yo lo habría hecho sin cobrar si nos hubiésemos conocido cualquier día en cualquier parte. Eso es lo que pensé nada más verte y por lo que accedí a meterme contigo y con tu marido en esta limusina.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio —le aseguro.

—Pero es que yo no quiero a cualquier hombre, te quiero a ti —me confiesa.

—Esto es... incómodo —digo sorprendido—. Marla, tú estás casada. Aunque quisiéramos mantener una relación, sería un poco raro, ¿no crees? Además, tengo novia y quiero estar con ella. No creo que le gustara la idea de que me acostara con otra mujer.

—A Rodrigo no le importa con quien me acueste siempre que sea feliz.

—Quizá a tu marido no le importe, pero a María sí, y también a mí. No me gustaría ver a mi chica con otro hombre y supongo que a ella tampoco le agradaría verme con alguien que no sea ella.

—¿Te hace feliz?

—Llevamos poco tiempo juntos, pero sí, me hace feliz —respondo.

—Puedo pagarte, yo...

—No se trata de dinero, Marla. Tengo una relación y quiero hacer que funcione.

—Yo podría darte lo que quisieras, podrías dedicarte a estudiar y no tendrías que preocuparte de nada. Y si quieres estar con esa chica... lo aceptaría.

—Marla, no sabes lo que dices. No quiero que me mantengas y mucho menos usar el dinero de tu marido para...

—¿El dinero de mi marido? Carlos, la casa en la que has estado es mía. Mi familia posee hoteles en todo el mundo, Rodrigo era el gerente de uno de ellos y así nos conocimos. ¿Pensabas que era una mantenida? O peor, ¿que había dado un braguetazo?

—Marla, lo siento.

—No, no te disculpes, la gente que no me conoce piensa lo mismo que tú. No sé por qué parece tan raro que pudiera enamorarme de un hombre mayor y no de su cuenta bancaria. Pero me enamoré de Rodrigo, yo era muy joven y él un hombre de mundo que me enseñó muchas cosas, y me descubrió un mundo nuevo lleno de posibilidades —me explica—. Ahora todo ha cambiado, él ha cambiado desde que sufrió el infarto, y no hablo solo de sexo. Pero no debería contarte todo esto. No insistiré más, Carlos, si cambias de idea llámame.

Estamos delante del portal de mi casa, aunque no me he dado cuenta de que hemos llegado hasta que el coche se detiene y miro por la ventanilla. La historia de Marla me ha dejado mudo y me avergüenzo de haber dado por hechas tantas cosas, y de haberla juzgado sin tener ni idea.

—Marla, eres una mujer estupenda —acierto a decir—. Aunque no lo creas, me alegro de que nos hayamos conocido. Siempre pensaré en ti como mi hada madrina.

—Preferiría ser la Cenicienta y perder un zapato, pero supongo que ese papel no me corresponde.

—Te aseguro que no soy un príncipe —digo abriendo la puerta de la limusina y comenzando a salir.

—Carlos, ¿podrías darme un beso de despedida?

No me da tiempo a responder, antes de hacerlo los labios de Marla están sobre los míos, su lengua dentro de mi boca, y sus brazos alrededor de mi cuello. Pero no la aparto de mí, a pesar de que acabo de explicarle que quiero estar con María y no quiero volver a verla. Cuando Marla pone las manos sobre mi cuerpo consigo que me olvide de todo, hasta de mis propias promesas, y me había prometido a mí mismo no volver a verla.

El beso se prolonga en el tiempo. Al principio es un beso suave, que se transforma en un beso hambriento, salvaje y apasionado. Me descubro deseando meter las manos bajo el abrigo de Marla, arrancarle las bragas y hacerla mía. Solo pensar en sus senos, grandes, redondos y perfectos, me vuelve loco de deseo.

—Adiós, Carlos —dice Marla separándose abruptamente de mí.

No logro abrir la boca, ni emitir un solo sonido, y me quedo en medio de la calle, mirando como la limusina se aleja, completamente confuso por lo que acaba de suceder. Porque si Marla no se hubiese marchado no sé lo que habría pasado. O tal vez lo sé, pero no me atrevo a reconocerlo.

Varios minutos después reacciono y subo a casa. Las voces de María y Nuria me llegan desde la cocina y me dirijo directamente hacia allí. Mis compañeras de piso parecen mantener un intenso debate, María tiene las mejillas coloreadas y Nuria habla en voz demasiado alta y hace aspavientos con las manos.

—Ya no eres una niña, así que háblalo con él —está diciendo Nuria.

—¿Pasa algo, chicas? —pregunto dejando la mochila sobre la mesa.

Ninguna de las dos responde. Las miro a ambas alternativamente y con insistencia, pero rehúyen mis ojos e incluso giran la cabeza hacia el otro lado.

—¿Os habéis quedado mudas? —insisto.

—Os dejo, creo que tenéis que hablar —dice Nuria pasando a mi lado y abandonando la cocina.

Me acerco a María temiéndome lo peor. Tanto la ventana de la cocina como la terraza del salón dan a la calle. A la misma calle donde hace escasos minutos Marla y yo nos estábamos besando. ¿Nos habrán visto María y Nuria?

—María, ¿qué ocurre? —pregunto cogiéndola por la barbilla y obligándola a mirarme.

—¡Déjame! —me pide retirando la cabeza.

—¿Puedes explicarme lo que está pasando?

—Quizás seas tú quien pueda explicármelo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto a sabiendas de que mis peores temores se han confirmado.

—¿A qué juegas, Carlos?

—No estoy jugando a nada, pero te agradecería que me dijeras de qué estamos hablando.

—Te he visto con esa mujer. He visto cómo la besabas —me dice evidentemente alterada—. ¿Por qué has tenido que mentirme? Me dijiste que esa mujer y tú solo erais amigos y yo te creí.

—María...

—¡No me toques! —grita cuando coloco la mano sobre su hombro derecho—. Debí imaginarlo, ¿quién se acuesta con sus amigos? Solo una tonta como yo podría creerse que entre tú y esa mujer solo había amistad. ¡Dios! Yo misma os vi en tu habitación y...

—María —digo de nuevo, aunque esta vez no me acerco a ella y no intento tocarla—. No voy a negar que nos hemos besado. En realidad debería decir que ella me ha besado y...

—Carlos, lo he visto todo, y Nuria también —me interrumpe—. Estábamos recogiendo la ropa del tendedero y... y esa mujer y tú os estabais besando como si llevarais años practicando. No he visto que te alejaras de ella, de hecho, ha sido ella la que se ha marchado y tú te has quedado en medio de la calle como hipnotizado —dice cada vez más enfadada—. Quizá te gusten los tríos, o jugar a dos bandas, pero no estoy dispuesta a tolerarlo.

—Marla y yo no estamos juntos. Sé lo que parece, pero antes de ese beso acababa de decirle que no quiero que volvamos a vernos. Ahora tú y yo estamos juntos y no quiero que nada ni nadie pueda interponerse entre nosotros.

—Estábamos juntos, Carlos, pero después de esto no quiero estar contigo, de hecho, desearía no volver a verte.

—Ha sido un beso de despedida, me ha pillado desprevenido y no he reaccionado a tiempo, pero te prometo que es contigo con quien quiero estar y que Marla ya es historia.

—¿Cómo voy a creerte? Yo estaba ahí, en la terraza, y lo he visto todo. No ha sido un simple beso de despedida. Los dos estabais totalmente entregados, solo os ha faltado desnudaros y hacerlo en medio de la calle —me escupe—. No pienso dejar que juegues conmigo, si pensabas que podías engañarme estás completamente equivocado. Quizá deberías sincerarte contigo mismo antes de involucrar a alguien más en tu vida.

María sale de la cocina y vuelvo a quedarme solo. Pero esta vez la confusión es aún mayor, porque, a pesar de que acabo de decirle que deseo estar con ella, no siento el deseo de ir a buscarla.

El reloj parece haberse ralentizado y los minutos pasan con una lentitud exasperante. El piso está en silencio, roto únicamente por el sonido de los mensajes que llegan, de vez en cuando, a mi teléfono móvil. Y, excepto yo, no hay nadie más en la casa. Nuria se ha ido a pasar el fin de semana con su nuevo amante y María se ha marchado a casa de sus padres. Aunque ha sido Nuria la que me lo ha explicado en una nota que ha dejado pegada a la nevera.

Ayer no intenté volver a acercarme a María. Necesitaba pensar en todo lo que había pasado. En el beso de Marla y en cómo me hizo sentir, en la reacción de María y mi desgana en ir tras ella.

Vuelvo a mirar el reloj. Solo son las seis de la tarde, aunque habría jurado que habían pasado dos horas desde que lo miré la última vez. Cada segundo parece hacerse rogar y me remuevo inquieto en la silla en la que llevo sentado desde esta mañana intentando estudiar sin ningún éxito. No consigo concentrarme y por primera vez la culpa de mi estado de confusión y desgana la tiene una mujer. O tal vez dos. Aún no he llegado a ese punto.

Cojo el teléfono móvil y marco el número de Marla. No sé qué voy a decirle, pero no puedo seguir encerrado en estas cuatro paredes, está claro que no voy a conseguir hacer nada productivo, y, por alguna extraña razón, quiero oír su voz.

—No pensaba que llamarías tan pronto —dice Marla nada más descolgar el teléfono.

—Yo tampoco —confieso—. Ha sido algo espontáneo.

—Me gusta la gente espontánea —ronronea—. Pero supongo que habrás llamado por algo.

—Quería escuchar tu voz.

—Si no me hubieses dicho ayer mismo que estás saliendo con alguien y que querías hacerlo funcionar, pensaría que eres un romántico.

—Necesito verte —le digo, y mis palabras brotan de mis labios incontrolables.

—¿Estás seguro? Carlos, no quiero que nos veamos por los motivos equivocados. Sabes que quiero verte, de hecho, es lo que más deseo, pero quiero que tú también estés seguro.

—Estoy seguro.

—Iré a buscarte en media hora.

No me da tiempo a decir nada más. Marla ya ha colgado el teléfono y me levanto, completamente entumecido, de la silla donde he pasado la mayor parte del día. Antes de vestirme me doy una ducha. Me pongo unos vaqueros y una camiseta, y media hora más tarde estoy en la calle esperando a Marla. Ella aparece poco después conduciendo su Mercedes deportivo y para un momento para recogerme al llegar a mi altura. Me subo en el coche, intercambiamos un breve saludo y permanecemos en silencio durante el resto del trayecto hasta su casa.

No puedo evitar fijarme en Marla que, a diferencia de otras veces, parece no haberse tomado ninguna molestia en arreglarse. Lleva el pelo suelto, va sin maquillar y ha cambiado los vestidos que lleva habitualmente por un jersey de cuello vuelto negro y unos pantalones vaqueros. Me gusta su aspecto fresco y juvenil. Es una mujer bellísima que no necesita de ningún artificio para parecer lo que ya es y así, al natural, me resulta aún más deseable.

Llegamos a su casa, pero en lugar de ir a su dormitorio como en las ocasiones anteriores, nos quedamos en la cocina. María me ofrece una bebida y yo acepto. Estoy nervioso y una copa me ayudará a relajarme. La veo moverse por la cocina con soltura, a pesar de tener servicio en casa parece conocer bastante bien este espacio. Sin poder evitarlo, mis ojos se posan en su trasero. Los pantalones se ajustan a él dibujando cada curva y mi autocontrol comienza a resquebrajarse. Despego la mirada de su culo y la deslizo hacia arriba, hacia su cintura primero, estrecha y suave, y hacia sus senos después. Fue el primer lugar de su anatomía en el que me fijé cuando nos conocimos y, al igual que aquel día, consiguen excitarme nada más posar la mirada en ellos.

María pone delante de mí un vaso de whisky con hielo y me lo llevo a los labios para dar el primer trago. Cuando el licor pasa a través de mi garganta noto un calor reconfortante y vuelvo a fijar la mirada en ella.

—¿Por qué me has llamado? —pregunta sentándose frente a mí.

—No estoy seguro —le confieso—. María nos vio ayer cuando nos besábamos, tuvimos una discusión y desde entonces todo está algo confuso.

—Lo siento, no pretendía entrometerme entre vosotros, o tal vez sí, pero no de esta manera.

—Tranquila, lo sé —le aseguro.

—¿Estás bien?

—Sí, aunque llevo todo el día desconcentrado y no he podido estudiar.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Mal.

—¿Le has contado cómo nos conocimos?

—No, no lo he hecho. Ella no tiene ni idea de nada. Solo le conté que éramos amigos y, puesto que nos vio en mi habitación aquella mañana, que nos acostábamos de vez en cuando.

—Entiendo —dice bajando la mirada hacia su vaso—. Tal vez deberías contarle la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunto mirándola a los ojos—. Porque no tengo ni idea, Marla. Creía que lo único que quería era estar con María, pero ayer me bastase y todo se fue a la mierda.

—Carlos, siento haberte causado problemas, no debería haberte besado, pero si quieres a esa chica tienes que ser sincero con ella.

—María no entendería que me haya acostado contigo por dinero. Pero ese no es el problema, ¿es que no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Pero podrías explicármelo.

—Si ayer no te hubieras marchado de forma tan repentina te hubiese follado allí mismo —le digo, y después apuro el vaso hasta el fondo—. Cuando nos besamos me olvidé de María y solo podía pensar en ti. ¡Joder! Se me pone dura con solo mirarte.

—Eres un hombre joven y sexualmente activo, supongo...

—Marla, deja toda esa mierda para otro momento y escúchame. No sé qué me pasa contigo y no debería estar aquí, sino intentando recuperar a María. Pero ni siquiera he intentado hablar con ella. Anoche la dejé marchar, no hice nada para retenerla, no me apetecía hacer nada.

Marla tiene la mirada fija en mí, la veo pasar la lengua por sus labios y solo pienso en besarlos y en deshacerme de su ropa. Apenas puedo pensar con claridad, porque el deseo ocupa todos mis pensamientos.

—Carlos, no sé qué decir. Sabes que me gustas mucho y yo misma fui a buscarte ayer con la intención de que estuviésemos juntos. Pero no quiero que tomes una decisión errónea.

—¿Cuál es la decisión correcta? —pregunto levantándome de la silla—. Quería estar con María, me pasé meses intentando que se fijara en mí, y cuando por fin lo consigo...

—Quizás deberías volver a casa y tomarte un tiempo para aclararte —me dice Marla poniéndose en pie y acercándose a mí—. Tengo una casa en la sierra. Está vacía, solo va una mujer una vez a la semana para mantenerla limpia, Rodrigo y yo apenas la usamos. Avisaré a Aurora y le diré que vas a ir, creo que te vendría bien pasar allí unos días y alejarte de todo.

—No quiero alejarme de todo —replico recorriendo la escasa distancia que nos separa—. No quiero alejarme de ti.

—No deberíamos...

—Dime que no me deseas tanto como yo te deseo a ti. —Coloco las manos en su cintura y la pego a mí cuerpo.

—No puedo decir algo que no es cierto, sabes que te deseo, pero estás demasiado confuso y...

No la dejo continuar. Sus labios son como un imán capaces de atraer a los míos a miles de kilómetros de distancia y los devoro con avidez. Nuestras lenguas se mueven al compás, como si lleváramos mucho tiempo ensayando, pero con la frescura y la expectación que produce la primera vez. La aprieto contra mi cuerpo, quiero que sea consciente de todo lo que despierta en mí, y mi sexo hace rato que late bajo los pantalones enardecido ante la sola idea de penetrarla.

No hay marcha atrás, si doy este paso estaré dando por amortizada mi relación con María, pero ni siquiera puedo pensar en ella. Mi cuerpo y mi mente solo le pertenecen a esta mujer que ahora tengo delante y que me tiene completamente hechizado.

Me deshago de su jersey, de su sujetador y de mi camiseta, interrumpiendo brevemente nuestro beso. Sentir su piel caliente contra la mía es mucho más de lo que puedo soportar y la tumbo sobre la mesa, aparto los vasos de un manotazo, y me apresuro en quitarle los pantalones y las bragas.

Durante unos breves segundos admiro su cuerpo. Sus piernas largas y bien torneadas, sus caderas rotundas, su cintura estrecha y delicada, y sus senos firmes y llenos. Después le abro las piernas, me desabrocho los pantalones y la penetro sin ningún preámbulo. Marla exhala un profundo gemido y comienzo a balancearme entre sus piernas. Me concentro en mis movimientos, rudos y profundos, en sus senos, que se erizan bajo mis caricias, y en contemplar su rostro. Sus ojos verdes, rasgados y brillantes, sus labios carnosos y húmedos, y su nariz, pequeña y perfecta. Cada uno de sus gestos me hacen vibrar, cada uno de sus gemidos me acerca más hacia el clímax.

—¿Te gusta? —pregunto embistiéndola cada vez más fuerte.

—Sí, me gusta, me gusta... —susurra—. Sigue, sigue...

Obedezco su orden y continúo entrando y saliendo de su cuerpo. Deslizo la mano derecha hacia abajo y acaricio su clítoris. Ella se contonea sobre mi mano y cuando sus ojos se cierran y su cuerpo tiembla bajo mis caricias y embestidas, me dejo llevar por un brutal orgasmo que me sacude de pies a cabeza.

Ambos jadeamos, exhaustos y satisfechos. Su piel, perlada por pequeñas gotas de sudor, brilla bajo la luz blanca de los alógenos de la cocina. Y sus parpados, rodeados de unas espesas pestañas, caen delicadamente sobre sus ojos.

—Ven —le pido tendiéndole la mano.

Ella se incorpora y nuestra piel entra en contacto de nuevo. La siento suave y cálida, y mi mente vuelve a desearla antes de que mi cuerpo vuelva a estar listo para hacerla mía. La abrazo contra mí, beso su pelo, sus ojos, sus mejillas encendidas y sus labios. Y acaricio su espalda mientras sus brazos se aferran con fuerza a mis hombros.

—Quédate conmigo —me pide.

No tengo dudas, no necesito pensarlo. Esta noche soy solamente suyo.

Después de contemplar durante casi una hora a Marla mientras duerme, me levanto sin hacer ruido, cojo mi ropa, y me visto fuera de la habitación. Hemos pasado la noche haciendo el amor y durmiendo a ratos, pero ha llegado la hora de marcharme. Tengo demasiadas decisiones que tomar y no podré hacerlo si permanezco a su lado.

Salgo de la casa sin cruzarme con nadie, aunque me cuesta varios minutos averiguar cómo se abre la puerta de la finca, y camino hacia la salida de la urbanización. Hay una buena caminata y hace frío, pero me resulta estimulante y solo cuando llego hasta la garita del guarda pido un taxi. Parece ser la única manera de salir de aquí, o, al menos, la más rápida. El taxi llega quince minutos después y ya marca la friolera de veinticinco euros. Llegar a casa me va a costar un riñón, pero por ahora puedo permitírmelo gracias a Marla y a todo el dinero que he ganado acostándome con ella. Y aunque ahora este pensamiento me resulta incómodo, no la hubiese conocido si no hubiera sido de esa manera.

Llego a casa cuarenta minutos después. La puerta está cerrada con llave, de lo que deduzco que no hay nadie. Nuria debe seguir en casa de su nuevo novio y María en el pueblo con sus padres. Pero lo prefiero así, no me apetece enfrentarme a ninguna de las dos, ni a Nuria, que es muy dada a los interrogatorios interminables, ni a María, cuya inseguridad la lleva siempre a ser desconfiada y fría.

Lo primero que hago es prepararme un abundante desayuno. Estoy hambriento tras una intensa noche de sexo y un café con tostadas me parece poco contundente. Cuando lleno el estómago y recojo la cocina, me voy a la ducha, me pongo ropa limpia y retomo los libros donde los había dejado. No voy a pensar en María ni en Marla, voy a dejar ese tema apartado y lo abordaré más adelante. De momento tengo que atender mis prioridades, que son: estudiar, mudarme de piso y retomar mi vida donde la había dejado.

Unos golpes en la puerta de mi habitación me interrumpen. Despego la vista del libro en el que estaba absorto, molesto porque no hace ni una hora que me he sentado. Pero antes de tomar una decisión, Nuria ya ha abierto la puerta y está dentro de mi habitación.

—¿Podemos hablar? —me pregunta ladeando la cabeza.

—No me apetece hablar, Nuria, y estoy estudiando, por si no lo has notado.

—Vale, en ese caso volveré a repetirlo. Tenemos que hablar, te espero en la cocina.

Tengo dos opciones, ignorar a Nuria y arriesgarme a que vuelva una y otra vez hasta que consiga lo que quiere, o ir a la cocina y acabar con esto de una vez. Evidentemente, elijo la opción más rápida y voy a la cocina. Nuria está preparando café, aunque son casi la una del medio día, y acepto la taza que me pone delante. Después se sienta frente a mí, con una taza entre las manos, y espero pacientemente a que comience el interrogatorio.

—María está muy enfadada —me dice—. Y la entiendo, yo estaba con ella y vimos como esa mujer y tú os basabais. Yo tampoco me lo habría tomado bien si hubiese estado en su lugar. Probablemente me habría enfadado y habría gritado, aunque no hubiese salido corriendo a casa de mis padres. Pero María tiene ese carácter, suele cobijarse en su familia cuando tiene problemas.

—Sé que está enfadada y puedo entenderlo, pero debería haber dejado que me explicara antes de marcharse.

—Bueno, ella esperaba que fueses tras ella. Pero no lo has hecho, y por lo que sé, ni siquiera la has llamado.

—No, no la he llamado —respondo.

—Carlos, no lo entiendo, sé que desde que viniste a vivir con nosotras te fijaste en María. Se te notaba a la legua. Tú forma de mirarla, tu forma de hablarle, los pequeños detalles del día a día... Todo indicaba que estabas loco por ella. Así que no entiendo qué ha pasado y por qué estabas besando a esa mujer justo delante del portal.

—Yo no la besé, aunque es cierto que tampoco lo evité. Intenté explicárselo a María, pero ella no quiso escucharme y rompió conmigo. Pensaba hablar con ella cuando se calmara, pero se marchó y después me di cuenta de que no me apetece ir tras ella.

—¿Me estás diciendo que vas a dejar las cosas así?

—Eso es —respondo con seguridad—. Mira, Nuria, ahora lo más importante es que me centre en mis estudios. No puedo perder el tiempo en nada más. Creía que María y yo podíamos tener una relación e, incluso, llegué a pensar que ella sería la mujer que me hiciera sentir la cabeza, pero no es así —le confieso a Nuria—. No hemos tenido un buen comienzo y prefiero dejarlo aquí, antes de que alguno de los dos salga dañado.

—Pero María... ella... Carlos, es la primera vez que la veo ilusionada con un hombre. Siempre ha sido muy desconfiada y tímida. Cada vez que un hombre se acercaba a ella y parecía interesarle, terminaba dejándolo después de varias citas. Contigo ha sido diferente. Ella confía en ti.

—Nuria, dejé de dirigirme la palabra después de que nos pillaras en el salón y, aún así, me armé de paciencia y decidí darle otra oportunidad, y no fue fácil, te lo aseguro, discutimos varias veces antes de aclarar las cosas. No creo que pueda hacerla feliz y tampoco creo que ella pueda hacerme feliz a mí.

—¿Qué pasa con esa mujer?

—Marla es una amiga, está casada y... es una historia complicada. Pero si lo que quieres saber es si estamos juntos te diré que no. No lo estamos y tampoco lo estaremos en un futuro —respondo con rotundidad.

—¿Está casada?

—Sí, eso es lo que he dicho. Casada y enamorada de su marido —le digo, y vuelvo a pensar en Marla y en que mi relación con ella es imposible—. No voy a dejar a María por Marla. Voy a intentar recuperar mi vida y para eso tendré que mudarme.

—¡No puedes dejarnos, Carlos! Piénsalo bien antes de tomar una decisión. María está colada por ti, sé que a veces puede resultar fría y distante, y que le cuesta demostrar sus sentimientos, pero nunca la había visto tan feliz como a tu lado.

—Somos muy diferentes y las personas no cambian, solo podemos adaptarnos, ceder e intentar que las cosas funcionen. Pero con María todo es demasiado complicado. Nunca sé lo que quiere.

—Deberías darle una oportunidad.

—¿Cuántas oportunidades necesita? Ni siquiera la conozco, a pesar de llevar meses viviendo juntos. Creía que solo tenía que esforzarme para llegar a ella y que cuando lo consiguiera todo sería más sencillo. Pero María no quiere abrirle las puertas de su intimidad a nadie. Lo hace brevemente y vuelve a cerrar de un portazo —le explico.

—¿Estás seguro que esa mujer no tiene nada que ver en todo esto?

—Yo no he dicho eso. No estoy con Marla, ni voy a estarlo. Pero todo influye en mi decisión, no voy a mentirte. Y no quiero seguir hablando de este tema.

—¡Vas a romperle el corazón a María! —me espeta enfadada.

—Lo siento, no quiero hacer daño a María, para mí tampoco es fácil. He pasado mucho tiempo intentando conocerla, pero desde el principio las cosas no fueron bien entre nosotros. Somos demasiado diferentes y no queremos lo mismo de la vida.

—Podías haberlo pensado antes.

—Lo pensé mucho, aunque no lo creas.

—No lo creo. Te conozco, Carlos, conozco a los tipos como tú, que solo buscan una cosa en las mujeres. María te lo puso difícil y el macho que hay en ti no pudo resistir el desafío. ¿Crees que has conseguido engañarme? —inquire poniéndose en pie.

—No pretendo engañarte, nunca lo he pretendido. Te lo he dicho, María me gustó desde el principio, quise conocerla y, por supuesto, acostarme con ella, no lo niego. Pero no he jugado con ella, te lo aseguro.



—Ya no te creo. Has tirado la toalla demasiado rápido y eso te hace poco creíble.

—¿Sabes cuantas semanas se pasó María sin ni siquiera mirarme después de que nos pillaras follando en el salón? —grito poniéndome también en pie y haciendo que la silla caiga al suelo—. Pregúntaselo a ella. Fui yo quien se acercó a ella de nuevo y me acusó de querer únicamente sexo. Ja, ja, ja.

—¡No tiene gracia!

—La tiene, y mucha. Si supieras toda la verdad te darías cuenta de lo equivocada que estás conmigo. Pero María es tu amiga y no pienso decir nada que haga cambiar tú opinión sobre ella —le digo.

Salgo de la cocina y regreso a mi habitación, pero esta vez echo el cerrojo y conecto los auriculares al teléfono para escuchar música. No quiero hablar de nuevo con Nuria, mis días en este lugar han llegado a su fin, y aunque no sé dónde ir, comienzo a hacer las maletas para marcharme cuanto antes.

Siempre he tenido el dinero justo en el bolsillo y en la cuenta corriente, así que nunca he podido permitirme grandes lujos, tampoco pequeños. Disponer de un poco de dinero me da la posibilidad alojarme en un hotel unos días, mientras encuentro un apartamento, y alejarme de María y de Nuria para siempre.

Nuria no se lo ha tomado bien. En cuanto me ha visto salir de la habitación cargado con las maletas y mis pocas pertenencias, ha intentado detenerme primero, y como su estrategia no ha funcionado, me ha insultado después. Se ha acordado de mi madre y de toda mi familia e, incluso, me ha recordado que ellas me acogieron con los brazos abiertos y siempre han sido amables conmigo. Como si me hubiesen encontrado en la calle y me hubiesen ofrecido alojarme con ellas. No, no fue así, yo buscaba una habitación y ellas alquilaban una. Había unas normas y siempre las he cumplido a rajatabla. Había que pagar un alquiler y nunca he fallado. Así que no les debo nada.

Me tumbo sobre la cama de la habitación del hotel. Es una habitación pequeña, pero está limpia, tiene un pequeño escritorio y un baño con una ducha amplia. No podré cocinar y hasta que encuentre un lugar donde vivir tendré que alimentarme a base de sándwiches o salir a cenar por ahí, así que espero tener suerte y encontrar algo pronto.

Paso toda la semana buscando piso. Visito varios cada tarde, pero todos tienen algún problema. Unos son demasiado pequeños, otros están lejos de la ciudad y mal comunicados, y los hay que parecen sacados de una película de terror. Solo me gusta uno y es demasiado caro. El dinero que tengo guardado se acabará y aunque encuentre un trabajo, no podré seguir pagándolo.

Al final de la semana estoy cansado de tanta búsqueda y cojo algunos teléfonos de pisos compartidos en el tablón de anuncios de la universidad. Si en unos días no encuentro nada empezaré a considerar seriamente la idea de compartir piso de nuevo, aunque hasta el momento ninguna experiencia ha sido satisfactoria.

Quedo con mis amigos, a quienes últimamente solo veo en alguna clase, y me dispongo a pasar una de tantas noches de borrachera y risas. Salimos por el centro de Madrid y vamos a los locales que siempre frecuentamos. Están llenos de estudiantes y la bebida es de garrafón, pero los precios están al alcance de todos los bolsillos.

—¿Qué es eso de que te has ido a vivir a un hotel? —me pregunta Rubén.

—Vivir con dos mujeres no es tan fácil después de todo —respondo.

—Ya te lo dije, tanto limpiar y hacer la compra corta el rollo a cualquiera, tío. Si te interesa, conozco a alguien que busca compañero de piso. Es un amigo de mi hermana y no vive lejos de la Universidad —me dice Rubén.

—Pásame su teléfono y le llamaré. Estaba buscando algo pequeño para mí solo, pero es demasiado caro.

—¿Aún no has encontrado trabajo? —pregunta Guillermo.

—No, aún no. Voy tirando con los ahorros y mis padres me están ayudando —explico para no levantar sospechas—, pero sigo buscando. Los fondos se acaban y necesito trabajar.

—Joder, macho, será mejor que nos emborrachemos —propone Rubén.

Durante horas vamos de un local a otro. En la mayoría de los bares nos encontramos con amigos o conocidos y a última hora de la noche conocemos a unas chicas con ganas de divertirse, y seguimos con el recorrido. Terminamos en casa de Guillermo, hechos polvo y completamente borrachos, y cuando despierto apenas puedo distinguir mi cuerpo del amasijo de brazos y piernas que hay sobre mí.

En algún momento debí quedarme dormido, aunque los recuerdos son bastante borrosos. Solo hay algunas imágenes confusas que aparecen en mi cabeza. Una chica sentada sobre mí besándome. Yo devolviéndole el beso. Y su rostro que se difumina hasta hacerlo irreconocible.

Me cuesta levantarme. Para ello debo mover todos esos cuerpos laxos cuyas cabezas, brazos y piernas, ocultan los míos. Y el dolor de cabeza es insuportable, tanto que apenas puedo abrir los ojos. Solo quiero llegar al hotel, meterme en la cama y beberme varios litros de agua. Beber alcohol es una mierda. Ahora perderé todo el día y, en lugar de estudiar, lo pasaré durmiendo, lo que significa desaprovechar un tiempo precioso, un tiempo que no me puedo permitir.

Regreso al hotel caminando y compro un café y unos bollos. La comida del hotel es cara y bastante mala, y no creo que vuelva a salir de la habitación en todo el día. Nada más llegar a la habitación voy al baño a darme una ducha y me tomo un analgésico para el dolor de cabeza, aunque sé que el mal cuerpo y la pesadez perdurarán todo el día. Después me debato entre tirarme sobre la cama y dormir, o sumergirme en los libros. Finalmente decido descansar un par de horas y me pongo el despertador para levantarme a las doce. Ponerme a estudiar en mi estado sería una pérdida de tiempo y de sueño.

Unos golpes en la puerta me despiertan sobresaltado. He dejado el cartel en la puerta para avisar de que la habitación está ocupada e, incluso, he avisado en recepción para que no me molesten. Ni siquiera son las once aún y no he dormido más de media hora. La cabeza sigue doliéndome a pesar del analgésico y noto el cuerpo pesado. Me cuesta levantarme y llegar a la puerta, pero al menos llevo algo de ropa encima.

—¿Qué coño haces tú aquí? —pregunto a Nuria de mala manera.

Nuestra última conversación hace unos días no fue demasiado amistosa. Aún puedo recordar todos sus insultos y eso quiere decir que sigo cabreado.

—He venido a disculparme. Y te he encontrado porque un amigo tuyo me dijo donde te alojabas.

—¿Un amigo mío? No conoces a mis amigos.

—¿Me vas a invitar a pasar?

—No debería, ya hemos hablado de todo lo que teníamos que hablar y tú ya me dijiste todo lo que pensabas de mí y de cada uno de mis antepasados.

Nuria no me hace caso y me empuja hacia un lado para entrar en la habitación.

—Carlos, me equivoqué, pero entiéndelo, María es mi amiga y solo intentaba protegerla. No debí meterme en algo que no me afecta directamente y debí escucharte.

—Oye, estoy cansado y tengo cosas que hacer.

—Antes me escucharás —dice sentándose en la cama.

—¿Tengo alguna otra opción?

—No, no la tienes —dice con decisión—. Hablé con María ayer cuando volvió del pueblo, ella me lo ha contado todo. Está arrepentida por el modo en el que te ha tratado todo este tiempo, especialmente el que habéis estado juntos. Y ella... ella te quiere, Carlos.

—Acabas de decir que has venido a disculparte. Todo lo que tenga que ver con María no me interesa.

—Pero es que todo tiene que ver con ella. Yo intenté defenderla y me enfrenté a ti, y no tenía ni idea de todo lo que había pasado entre vosotros. Así que he venido a disculparme por todas las cosas que te dije y también a pedirte que hables con María, quizá...

—Acepto tus disculpas —la interrumpo—. En lo que respecta a María, no hay nada que hacer. No es la mujer de mi vida.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. No me apetece estar con una mujer a la que tenga que estar mendigándole un poco de atención, ni que me considere un obseso sexual solo porque el sexo me gusta. María es una persona complicada y no quiero pasarme el día resolviendo enigmas.

—No estás enamorado de ella.

—No me ha dado tiempo a enamorarme. Me gustaba mucho y no podía dejar de pensar en ella. Creía que podíamos tener algo serio. Pero eso fue antes de conocer su verdadero carácter —confieso.

—Uno no elije de quien se enamora, Carlos, solo sucede, y solo se tarda un segundo.

—Eso les pasará a otros, no a mí.

—Me voy. Pero quiero que sepas que puedes contar conmigo. Puedes llamarme siempre que quieras y si necesitas dinero yo...

—No necesito nada, pero gracias.

Cuando Nuria se va vuelvo a meterme en la cama y me quedo dormido. No oigo el despertador y cuando abro los ojos son las nueve de la noche y sigo teniendo sueño.

Mi nueva habitación es más espaciosa que la del piso que compartía con Nuria y María. Además, está completamente amueblada, y no se trata de muebles viejos y anticuados, sino nuevos, de diseño moderno y de muy buen gusto. También incluye estanterías para colocar libros, un escritorio en *L* que aprovecha la luz que entra por la ventana y un cuarto de baño.

Finalmente, y dado que mi búsqueda de piso estaba resultando frustrante, llamé al amigo de la hermana de Rubén. Nacho es estudiante de derecho, pero sus padres tienen mucha pasta y le pagan un piso cerca de la universidad al que no le falta ningún detalle. Cuando le llamé y le dije que era amigo de Rubén quedamos esa misma tarde y al día siguiente ya estaba haciendo la mudanza. Por lo visto es la primera vez que comparte piso con alguien y, al contrario que a cualquier otra persona, le hace ilusión no tener toda la casa para él solo.

Creo que si tuviese que pagarle la mitad del alquiler no podría permitírmelo, pero Nacho no necesita el dinero y yo solo pago una cuota simbólica que, de lo contrario, jamás podría permitirme. Puedo usar todas las estancias, excepto la habitación de Nacho, traer a quien quiera y cuando quiera, y tres veces en semana una persona viene a limpiar el piso, a hacer la colada y a cocinar. Y todo ello está incluido en el precio del alquiler. No puedo creer en mi buena suerte, aunque en las relaciones de pareja soy un desastre, este año mis finanzas van mejor que nunca.

Echo un vistazo a mi alrededor satisfecho y me asomo a la ventana, que tiene vistas a los jardines de la urbanización y a la piscina. Me siento delante del escritorio y saco los apuntes y algunos libros para empezar a estudiar. Desde que me instalé aquí apenas he pensado en María, aunque con Marla no ha habido tanta suerte, ella ocupa buena parte de mis sueños y de mis fantasías. E, incluso, me sorprende algunas veces pensando en ella. Pero debo dejarla atrás. Desde nuestro último encuentro no he intentado ponerme en contacto con ella y ella tampoco lo ha hecho. Pasar página es la única opción posible.

Paso la tarde estudiando, solo paro unos minutos para prepararme una taza de café y comer algo. Mi nuevo hogar parece inspirarme y he adelantado más en las dos últimas semanas que en todos los meses anteriores. Además, he vuelto a salir con mis amigos los fines de semana y aunque al principio me costó un poco adaptarme, todo parece haber vuelto a la normalidad.

—Carlos, tienes visita —me dice Nacho abriendo la puerta de mi habitación.

—¿Visita? No espero a nadie.

—Tío, es una chica guapísima, aunque he de reconocer que no es mi tipo. Parece un poco estirada —opina—. ¿Quieres que le diga que la esperas aquí? Yo estoy jugando a la Xbox con unos amigos en la sala de juegos, así que tenéis el salón para vosotros.

—Gracias, tío, ya salgo.

Encontrarme con María no es lo que esperaba. Aunque, a decir verdad, tampoco esperaba que se tratara de Marla. Aún así, me siento un poco decepcionado. María parece nerviosa, su mirada viaja hacia uno y otro lado del salón, aunque no se detiene en ninguna parte. Se ha quitado el abrigo, la temperatura en el interior del piso es casi la de un horno, ya que a Nacho le gusta ir con camisetas y pantalones cortos, y reparo en que vuelve a vestir pantalones anchos y sudaderas enormes. No sé a qué ha venido, tampoco cómo me ha encontrado, pero no me apetece conocer las respuestas.

—Hola —saludo a María.

—Hola —responde ella esquivando mi mirada—. Siento presentarme sin avisar, pero supuse que no me cogerías el teléfono.

—Las cosas no acabaron demasiado bien entre nosotros, rompiste conmigo y, sinceramente, me cansé de ir siempre tras de ti.

—Lo sé, Carlos, y lo siento. Los días que pasé en casa de mis padres tuve mucho tiempo para pensar y sé que no hice bien marchándome de aquel modo. Debería haberme quedado y deberíamos haber hablado. Me equivoqué.

—¿Qué te trae por aquí? —digo cruzando los brazos sobre mi pecho. No la he invitado a sentarse y lo prefiero así, no quiero que esta conversación se alargue demasiado.

—Me gusta donde vives ahora. Es un gran cambio.

—Oye, María, no creo que hayas venido a ver dónde vivo, así que te pido que vayas al grano.

—Lo siento —vuelve a disculparse.

—No hace falta que te disculpes por todo. Tú no eres así —le digo recordando todos los desplantes y malas contestaciones que me regaló mientras vivíamos juntos.

—Tampoco es necesario que me lo recuerdes. Sé perfectamente que no me he portado bien contigo y que no he sabido estar a la altura. He venido a decírtelo y a pedirte... a pedirte que vuelvas.

—No voy a volver, María. Si no te he llamado es porque cuando te fuiste estuve pensando en nosotros, en nuestra relación y en todos los desencuentros que habíamos tenido a pesar de llevar tan poco tiempo juntos —comiendo a decir—. Y llegué a la conclusión de que no estábamos bien juntos. Creo que somos muy diferentes.

—No he tenido demasiadas relaciones y tengo poca experiencia, pero sé que teníamos algo especial y que...

—Podía haber sido algo especial, pero se quedó solo en el verbo poder y no pasó de ahí. Me esforcé mucho para llegar hasta ti, pero todo fue inútil porque tú no querías que nadie llegara a ti. Así que me cansé y pensé que lo mejor era dejar el piso y alejarme de ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —me pregunta con las mejillas encendidas y los ojos echando chispas—. Te mostré mi interior muchas veces, de hecho, eres una de las pocas personas con las que he sido yo misma. Es posible que, a veces, la coraza que utilizo para esconderme del mundo apareciera interponiéndose entre nosotros, pero la mayor parte del tiempo me mostré ante ti tal como soy. Y sé que aún me queda mucho camino por recorrer, pero conseguiré cambiar si estás a mi lado.

—¡Joder, María! —exclamo pasándome la mano por el pelo e intentando contener mi rabia—. Nunca te pediría que cambiaras por mí y tú tampoco deberías exigirte algo así. Tampoco yo voy a cambiar por nadie. Es solo que no queremos lo mismo de la vida.

—¿Follar? ¿Crees que no me gusta follar? —inquire quitándose la sudadera y quedándose desnuda de cintura para arriba. No lleva nada debajo, ni siquiera ropa interior, y me quedo mudo por la sorpresa.

Miro hacia la izquierda nervioso, Nacho y sus amigos están a solo unos metros, y no me apetece que salgan y nos encuentren así, discutiendo y con María medio desnuda.

—Oye, vístete. Yo no he dicho nada de follar, no me refería a eso. Lo hemos pasado bien juntos y...

—¿Lo hemos pasado bien juntos? ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

María continúa desnudándose, ahora le toca el turno a las botas y a los pantalones, y se queda únicamente con un minúsculo tanga. Sigo pensando que es preciosa, pero ya no la deseo, y mi pene ni siquiera reacciona ante su desnudez. Es algo muy raro, quizá sea la primera vez que una mujer se queda desnuda delante de mí y no deseo tirármela. Pero todo lo que ha ocurrido entre nosotros ha pasado factura y María es la última mujer en el mundo a la que me follaría.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunto controlando mi tono de voz—. Te equivocas si piensas que lo único que busco en una mujer es sexo. A veces sí, nunca lo he negado, pero no cuando alguien me gusta y lo que pretendo es tener una relación seria. Y ahora, por favor, vístete.

Pero María no parece escuchar mis últimas palabras y se acerca a mí, quedándose a solo unos centímetros de mi cuerpo. Se baja las bragas y después se deshace de ellas con un pequeño puntapié. A continuación se llevar los dedos hacia la boca, los lame, y los desliza hacia su sexo. Pero mi pene sigue sin reaccionar.

La curiosidad me hace seguir su mano y mirar mientras se acaricia. Noto sus ojos fijos en mí y sé que debo detenerla y acabar con esto, porque no nos llevará a ninguna parte. Pero antes de que pueda hacer o decir nada ella cuela la mano en mis pantalones y sus dedos comienzan a acariciarme.

—Vístete —vuelvo a pedirle sujetando su mano para que se detenga.

—Antes te gustaba. Tú siempre...

—No hagas esto más difícil.

—¿Ni siquiera vas a follarme?

Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no coger su ropa y conducirla hasta la puerta, pero no quiero hacerla sentir mal, no quiero hacerle daño, aunque si sigue así no me quedará más remedio que decirle algo de lo que, probablemente, me arrepentiré más tarde.

—Vístete —insisto, cogiendo la ropa del suelo y tendiéndosela—. Siento que no haya funcionado, en serio, pero...

María comienza a vestirse con la cabeza agachada. Supongo que se siente avergonzada por mi rechazo, aunque ella no tiene la culpa, ahora lo sé. Nunca he estado enamorado de ella. Quizás, con el tiempo y si todo hubiese funcionado desde el principio, lo habría conseguido, pero todo ha sido demasiado complicado entre nosotros y en algún momento todo lo que sentía por ella se esfumó.

—Nuria me advirtió, me dijo que no viniera, debí hacerle caso —dice con voz temblorosa.

—Oye, no pasa nada. Entiendo que quisieras intentarlo.

—No, tú no lo entiendes. Para ti siempre ha sido sencillo relacionarte con los demás. A mí nunca se me ha dado bien.

—No digas eso. Las personas deben quererte por ser quien eres.

—Deja de intentar animarme, solo empeoras las cosas —dice mirándome a los ojos. Los suyos brillan demasiado y me temo que en cualquier momento comenzará a llorar—. Todo es por esa mujer, ¿verdad?

—Ya te dije que no, también se lo dije a Nuria y estoy harto de repetirlo.

—Carlos, no quiero que mientas para hacerme sentir mejor. Te conozco y sé que lo harías.

—No estoy con Marla. Ella es una mujer casada, nos acostamos alguna que otra vez, pero nunca mientras tú y yo estábamos juntos —le aseguro—. María, deberías sentirte más segura de ti misma, que lo nuestro no haya funcionado no significa que alguno de los dos tenga la culpa. Nuria tenía razón en algo que me dijo cuando hablamos, uno no elige de quien se enamora, solo sucede, y solo se necesita un segundo.

—Será mejor que me vaya.

—¿Quieres que te acompañe? Nacho tiene coche y podría pedirselo.

—Gracias, he venido en coche, mi padre me lo ha regalado. Además, ahora necesito estar sola.

La acompaño hasta la puerta y la observo mientras se aleja. Otro capítulo de mi vida cerrado y aunque lo lamento por ella, ha sido lo mejor que podía sucedernos a ambos.

—El café está frío —dice cuando estoy caminando hacia la barra.

Es morena, lleva una melena larga y ondulada, y tiene los ojos oscuros, altos pómulos y unos labios sensuales que lleva pintados de rojo. Debe rondar la treintena y viste de una forma elegante: falda de tubo gris, camisa color crema y zapatos negros con tacón de aguja. Parece muy segura de sí misma y desde que ha llegado a la cafetería no ha dejado de quejarse.

Llevo un par de meses trabajando aquí, de momento solo los viernes, los sábados y los domingos, que es cuando hay más afluencia de clientes, pero aún no me he acostumbrado a este tipo de clientela. Hasta ahora siempre había trabajado de noche, en bares de moda de la zona centro de Madrid, donde la mayoría de los clientes son gente joven con ganas de divertirse. Aquí el ritmo es mucho más calmado, pero los clientes son mucho más exigentes.

—Le traeré otro —le digo, y me dispongo a recoger la taza de café que hay frente a ella.

—Espera —dice colocando su mano sobre la mía—. ¿A qué hora sales?

No respondo inmediatamente. No sé qué decir y mi jefa me está vigilando. No le gusta que hablemos con los clientes y desde el principio me dejó muy claro que no admitía ese tipo de comportamientos.

—A las dos —respondo finalmente para librarme de ella y de su mano, que aún sigue sobre la mía.

La mujer asiente, desliza uno de sus dedos por la palma de mi mano con suavidad y se pasa la lengua por encima de los labios.

—Te esperaré a la salida.

Retiro la taza de café y doy media vuelta para dirigirme hacia la barra. Es la primera vez que veo a esa mujer y la primera vez que una clienta se me insinúa de una forma tan descarada. Pero estoy trabajando y no puedo decirle que no estoy interesado en ella, y que si quiere echar un polvo puede ir a cualquier club nocturno o anunciarse en internet.

Llevo una nueva taza de café a la mujer, pero esta vez no levanta la vista del periódico, aunque cuando doy media vuelta noto sus ojos clavados en mí espalda.

—Carlos, nada de charla con los clientes —me recuerda mi jefa.

Es una mujer de unos sesenta años, estirada y con cara de amargada, aunque solo es así con los empleados. Con la clientela es simpática y extremadamente amable, y la cafetería siempre está llena. Pero necesito el trabajo, aunque de momento solo venga los fines de semana y el sueldo sea ridículo.

Asiento con la cabeza ante las palabras de Paloma, mi jefa. Durante este par de meses he aprendido que este es el comportamiento que espera de mí, que sea callado, que obedezca sus ordenes y que los clientes estén bien atendidos.

Trabajo el resto de la mañana y a la dos de la tarde voy a la sala del personal para quitarme el uniforme, una camisa negra con el anagrama de la cafetería y pantalón del mismo color, y ponerme mi ropa. Me despido de Paloma y de mis compañeros, y salgo a la calle. Estamos en el mes de mayo, hace un día primaveral, cálido y soleado, y lo que más me apetece es quedar con mis amigos y comer fuera de casa. Pero no puedo permitirmelo, tengo que estudiar, mañana entro a trabajar a las siete de la mañana, y, conociéndolos, sé que la comida se transformaría en cena y regresaría a casa a las tantas de la madrugada.

La veo apoyada sobre un coche de color negro. Ni siquiera me acordaba de ella, pero está ahí, con los brazos cruzados sobre el pecho y una amplia sonrisa que la hace parecer una mujer muy diferente de la que he conocido hace unas horas dentro de la cafetería. Estoy tentado a girar la cabeza y fingir que no la he visto, pero nuestros ojos entran en contacto y ella se incorpora y comienza a caminar hacia mí.

—Hola, me llamo Laura —dice colgándose de mi cuello y dándome dos besos en las mejillas—. Perdona el numerito de antes, pero conozco a Paloma desde hace años y sé que no le gusta que los empleados hablen con los clientes.

—Esas son las normas y hay que cumplirlas si quieres mantener el trabajo.

—Lo sé, por eso me he comportado como una insoportable, es la única manera que se me ha ocurrido para hablar contigo un momento.

Laura es simpática, extrovertida y no parece la mujer estirada de antes. El cambio es sorprendente y me gusta, pero estoy deseando llegar a casa y meterme en la ducha.

—Te preguntaré por qué estoy esperándote —dice antes de que pueda hablar—. Y voy a ir al grano. Nada más verte he querido conocerte y, como verás, soy bastante directa. Creo que todo eso del destino está sobrevalorado. Cuando quieres algo tienes que ir a por ello. Y eso es lo que hago.

—Bueno, pues ya nos conocemos, yo soy Carlos.

—Carlos, ¿te gustaría que comiéramos juntos? Conozco un sitio donde hacen una pasta deliciosa.

—Sí, me encantaría.

Iba a decir que no, porque tengo que estudiar y no puedo cagarla ahora, pero esta mujer me ha impresionado. Es directa, encantadora y también muy guapa. Y hace tiempo que no salgo con una mujer y comparto con ella algo más que una sesión de sexo.

El restaurante es acogedor y, tal y como ha dicho Laura, la pasta está deliciosa. Además, estoy hambriento porque hace horas que tomé el desayuno y la compañía de Laura es muy agradable. Me cuenta un montón de cosas sobre ella, es abogada y trabaja en un bufete en frente de la cafetería de Paloma, y pasamos un rato divertido. No recuerdo cuando fue la última vez que me reí tanto con una mujer y el cambio resulta refrescante.

Después de comer y pelearnos por pagar la cuenta, que termina pagando ella, salimos a una magnífica tarde de primavera y me vuelvo hacia Laura para agradecerle la comida y despedirme de ella. Pero como ella misma me ha dicho hace unas horas, es una mujer directa que cuando quiere algo va a por ello. No me da tiempo a decir nada, porque Laura ya está abrazada a mí, metiendo su lengua en mi boca y tan pegada a mi cuerpo que siento su corazón palpar.

—Besas muy bien —dice separando sus labios de los míos—. ¿Quieres que continuemos en mi casa?

Mi respuesta debería ser no. Soy una persona responsable y tengo muchas cosas que hacer, pero mi cuerpo no opina lo mismo y nada más sentir sus labios sobre los míos mi pene ha reaccionado de inmediato. Laura es una mujer muy guapa y deseable, y después del beso que acabamos de darnos me apetece conocerla un poco mejor.

—Sí, por supuesto.

Montamos en su coche y Laura, que es una mujer atrevida y sin complejos, coloca su mano sobre mi pierna izquierda y comienza a dibujar un camino ascendente que termina sobre mi sexo. Cierro los ojos disfrutando de ese contacto y cuando su mano insiste y profundiza la caricia, mi pene se endurece.

Laura vive en una urbanización en el distrito de Retiro. Pasamos directamente al garaje y ya en el ascensor se lanza sobre mí y cuando llegamos a la planta donde está su apartamento, prácticamente se ha deshecho de mi camiseta y me ha desabrochado los pantalones. Parece tener mucha prisa y me dejo llevar por su entusiasmo.

—Vayamos a mi habitación —dice Laura tirando de mí.

La sigo hasta su dormitorio, un espacio lleno de color de estilo étnico, con paredes de color naranja, muebles de madera de tipo colonial y ropa de cama en tonos cálidos. Es un lugar acogedor y alegre, muy acorde con la personalidad de la propia Laura.

—Me gusta tu habitación —le digo mirando alrededor.

—Luego tendrás tiempo de verla con más detenimiento —responde comenzando a bajar la cremallera de mis vaqueros.

Sonrí y pongo manos a la obra deshaciéndome de su camisa para descubrir un sujetador blanco de encaje que contrasta con su piel de color dorado. Tiene unos pechos generosos, una cintura estrecha y delicada, y unas caderas redondas. La siguiente prenda es su falda de tubo, que cae hacia el suelo y se arremolina en torno a sus pies, dejando al descubierto un tanga que hace juego con el sujetador y unos muslos perfectos de tacto sedoso.

Deslizo la mano bajo sus bragas buscando la entrada a su interior. Esta húmeda, tal y como había supuesto, y mi pene se remueve incómodo en el interior de mis pantalones. Ella lo nota y cuela su mano bajo mis bóxer, acariciándome con suavidad, y haciendo que la desee cada vez más.

—Estás muy excitado —afirma.

—Tú también —susurro empujándola sobre la cama.

Me quito los pantalones y los bóxer, y vuelvo mi atención hacia Laura, que me mira desde la cama mientras se pasa la lengua por labios. Me tumbo junto a ella y la beso, y aunque pretendía hacerlo con delicadeza, Laura devora mis labios y mi lengua, y termina contagiándome de su avidez. Siento sus manos por todo mi cuerpo, en mi espalda, sobre los glúteos, en el pecho, en mi sexo, como si fuera la diosa hindú Vishnu y sus brazos se hubiesen multiplicado para darme placer.

—Espera, espera —le pido cuando siento que voy a eyacular entre sus manos—. Vayamos un poco más despacio.

Laura baja el ritmo de sus caricias y me coloco sobre ella, le quito el sujetador y dejo desnudos sus senos. Son preciosos, igual que el resto de su cuerpo, generosos, de piel suave, morena y delicada. Paso la lengua y las manos sobre ellos, sus pezones se ponen duros en el interior de mi boca y un gemido ronco escapa de sus labios. Continúo la exploración, bajo hacia su ombligo y después hacia su sexo. Le quito el tanga y exploro con la lengua y las manos esa delicada parte de su anatomía donde el deseo y el placer se mezclan a partes iguales, y Laura se abre para mí colocando sus pies, aún enfundados en los zapatos de tacón de aguja, sobre mis hombros. Es un gesto simple, pero tan lleno de erotismo que siento la excitación crecer entre mis piernas. Hundo la cabeza entre sus muslos y la devoro. Durante unos minutos me deleito en su sabor, en su suavidad y en su calidez, hasta que todo su cuerpo comienza a temblar y sus gemidos rasgan el silencio. Solo cuando su cuerpo se queda laxo entre mis manos dejo de mover mi lengua sobre su clitoris.

—Eso ha estado muy bien —dice con la voz ronca.

—Sí, ha estado realmente bien —le digo colocándome a su lado sobre la cama, y volviendo a colocar las manos sobre sus senos.

Laura pega su cuerpo al mío y volvemos a besarnos y a acariciarnos. Su piel está caliente y sudorosa, y mi pene palpita entre nosotros reclamando atención.

—Ahora te toca a ti —dice colocándose a horcajadas sobre mi cuerpo y sacando un preservativo de un cajón de la mesilla.

Ella misma me lo coloca, su sexo sigue húmedo y no me cuesta ningún trabajo penetrarla. Laura cabalga sobre mí como una diosa, sus caderas se mueven en círculos, suben y bajan sobre mi sexo, y yo la miro, acaricio sus senos, los masajeo y aprieto, y noto como se endurecen bajo mis manos.

Estoy demasiado excitado, quiero acabar con esto y volver a empezar, así que froto su clitoris con una mano y aprieto su culo contra mi cuerpo hasta que llegan sus primeros espasmos y la embisto una y otra vez hasta vaciarme por completo.

Rápido pero brutal. Una sesión de sexo que ha servido para quitarme de encima el estrés de esta semana y gracias a la que esta noche dormiré de un tirón. Debería irme, pero Laura es una mujer muy apetecible y la tarde puede dar aún mucho de sí.

—¿Te apetece una ducha? —me pregunta poniéndose en pie y guiñándome un ojo.

No tengo ganas de irme todavía, solo me esperan una habitación vacía y una mesa llena de libros y apuntes. Me levanto y voy tras ella. El baño es un lugar que siempre me ha dado grandes momentos.

Tras una ardua mañana en la cafetería debido a la falta de sueño, solo tengo ganas de llegar a casa, comer algo y meterme en la cama. La tarde junto a Laura se alargó hasta la madrugada y solo he tenido tiempo de pasar por casa para darme una ducha y cambiarme de ropa.

Nada más salir de la cafetería veo el coche aparcado sobre la acera de enfrente. Es inconfundible, el Mercedes deportivo de color rojo llama la atención de todos los transeúntes y también la mujer que hay en su interior.

Marla baja la ventanilla cuando me acerco, quiero preguntarle qué está haciendo aquí y cómo ha sabido dónde encontrarme, pero ella me dedica una de esas sonrisas que me hace perder la cabeza y me ordena que suba. Hace semanas que no sé nada de ella, desde aquella mañana que me marché de su casa sin despedirme, y ahora que estoy frente a ella sé lo mucho que la he echado de menos.

—Vamos, no te quedes ahí y sube al coche —repite sin dejar de sonreír.

Doy la vuelta al coche hasta situarme junto a la puerta del copiloto y las dudas vuelven a asaltarme. Durante estas últimas semanas mi vida ha sufrido muchos cambios, la mudanza, la ruptura con María y el nuevo trabajo. Estoy empezando a adaptarme y en este momento no tengo tiempo para centrarme en otras cosas que no sean mi nueva vida y mis estudios. Sin embargo, abro la puerta del coche y me siento junto a Marla. Su aroma invade mis fosas nasales inmediatamente y siento un tirón en la entrepierna.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —pregunto al fin.

Mis ojos la recorren de arriba abajo, lleva un vestido de color blanco que deja sus impresionantes piernas al descubierto y un pronunciado escote que muestra el nacimiento de sus voluptuosos senos. Deseo acercarme a ella y tocarla, es el efecto que siempre produce en mí, y enseguida me arrepiento de no haber mirado hacia otro lado y regresado a casa.

—Tengo mis contactos y te he echado de menos —responde con una sonrisa.

—Siento haberme marchado de tu casa de aquella manera, pero tenía muchas cosas que solucionar, tú eres una mujer casada y...

—Ya no —me interrumpe—. Rodrigo y yo nos separamos hace unas semanas. Él se ha ido a dirigir uno de los hoteles de Hawai y, por lo que sé, allí es bastante feliz —me explica—. ¿Qué hay de ti? Sé que te has cambiado de piso.

—Las cosas entre María y yo no iban bien, así que me fui.

—Los hombres lo solucionáis todo poniendo tierra de por medio.

—Tú misma me dijiste que debía tomarme un tiempo para pensar y no quería entrometerme en tu matrimonio —replico.

—Supongo que tienes razón —dice bajando la mirada hacia el suelo—. ¿Estás bien?

—Sí, me gusta el piso donde vivo y he encontrado trabajo. Las cosas vuelven a estar en su sitio.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta clavando sus ojos en los míos.

—Por ahora sí, eso es lo que quiero.

—Vaya... pensaba que tú y yo teníamos algo especial, por eso he venido a buscarte.

—Marla, lo que quiero ahora es volver a centrarme en mis estudios, para mí es lo más importante. Además, no estoy preparado para el tipo de relación que estás buscando.

—¿A qué te refieres?

—Hablo de tener sexo con otras personas. Te lo dije una vez, nunca compartiría a la mujer que amo con nadie —le aclaro.

—¿Ahora me vienes con esas? No parecías tan mojigato cuando te acostaste con Emma y conmigo, y tampoco aquel fin de semana en el que tiraste a todas las mujeres en casa de mi amigo...

—Lo hice por dinero, deberías saberlo.

—¿Estás diciendo que te acostaste conmigo solo por dinero? —pregunta ofendida.

—Esa no era la pregunta. Me gustas, los sabes, y me hubiese acostado contigo con o sin dinero de por medio, pero no lo habría hecho además con Emma o con todas esas mujeres de las que hablas.

—No me avergüenzo de lo que hago, de hecho, me gusta mi vida y me gusta lo que hago.

—En ese caso te deseo suerte —le digo abriendo la puerta del coche.

—Carlos —dice colocando su mano en mi antebrazo—. Podríamos vernos de vez en cuando. Tú y yo solos. Te prometo que cuando estemos juntos seré solo tuya y no tendrás que compartirme con nadie.

—No puedo aceptarlo.

—Me gustas y te gusto, ¿por qué íbamos a desaprovechar lo que hay entre nosotros?

—No quiero una relación complicada. Ahora solo quiero concentrarme en la universidad —le recuerdo.

—No te ofrezco una relación complicada. Nos veremos cuando quieras y donde quieras.

—Marla, me gustas mucho, más de lo que desearía, y terminaría siendo una relación complicada.

—No puedo dejar de pensar en ti. He esperado todas estas semanas para darte tiempo y para solucionar mis propios problemas, pero ahora no hay nadie que nos ate y quiero estar contigo. Es lo que más deseo —susurra, y sus labios, a solo unos centímetros de los míos, son tan apetecibles que tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no besarla.

—No puedo estar contigo sabiendo que no seré el único.

—Pero solo tú significas algo para mí.

—Si eso es verdad, ¿renunciarías a todo lo demás para estar conmigo? —pregunto clavando mis pupilas en las suyas.

Pero Marla vuelve la vista al frente y no responde. Eso es todo lo que necesito para marcharme.

Regreso a casa dispuesto a seguir con mis planes, pero no puedo dormir y tampoco consigo concentrarme en los libros, porque solo puedo pensar en Marla. Volver a verla me ha hecho recordar el tiempo que hemos pasado juntos, especialmente aquella última noche en la que estuvimos solos.

Hasta que nos conocimos creía que María era la mujer de la que más cerca había estado de enamorarme. Pero ni siquiera ella, por quien había estado suspirando durante meses, fue capaz de hacerme sentir todo lo que siento cuando estoy con Marla. Pero nunca podría aceptar sus relaciones con otras mujeres y otros hombres mientras estuviésemos juntos.

Mi relación con Marla no es posible y solo puedo hacer una cosa: olvidarme de ella.

—Estas despedido —me dice Paloma nada más cruzar la puerta de la cafetería el viernes por la mañana.

—¿Despedido? —pregunto sorprendido.

—Eso he dicho —me confirma ella—. Aquí tienes la liquidación.



Cojo el sobre que me tiene, pero sigo sin entender nada. No sé qué ha pasado desde que me marché de aquí el domingo por la mañana y, sea lo que sea, podía haberme avisado por teléfono.

—Pensaba que...

—Te advertí que nada de hablar con los clientes. Fui bastante clara al respecto.

—No he hablado con ningún cliente —replico molesto.

—Eso no es lo que me han contado. Llevo cuarenta años trabajando aquí. El secreto de mi éxito es la atención al cliente y si un cliente dice que uno de mis empleados ha tenido un comportamiento inapropiado, yo le creo —me explica.

—Siempre nos estás vigilando y sabes mejor que nadie que tengo razón, no he hablado con ningún cliente y tampoco he tenido un comportamiento inapropiado.

—Esta conversación se ha acabado. Recoge tus cosas y vete —repite.

Voy hacia la habitación reservada para los empleados y recojo mis cosas, una camisa limpia y unos zapatos negros que compré cuando empecé a trabajar aquí, y lo meto todo en la mochila. No sé lo que ha pasado, pero está claro que Paloma miente, desde que empecé a trabajar aquí he seguido las normas a rajatabla y la conversación más larga que he tenido con alguien ha sido con Laura, a quien me limite a decir mi hora de salida, pero eso ocurrió el sábado pasado y Laura no tiene pinta de ser una de esas personas entrometidas que se dedican a fastidiar a los demás.

—Lo siento —dice Saray, una de mis compañeras, entrando detrás de mí—. Fue una mujer rubia, alta y muy guapa, parecía una modelo.

—Gracias, pero eso ya no importa —le digo.

—Siento que hayas perdido el trabajo, pero seguro que encuentras algo mejor. No creo que sea tan difícil —me dice ella.

—Eso espero.

Saray parece buena chica, pero apenas hemos intercambiado algunas frases de cortesía desde que trabajo aquí. En realidad, apenas me he relacionado con nadie debido al estricto control que Paloma ejerce sobre todo y todos. Quizá perder este trabajo no sea tan malo. Nunca me he sentido cómodo y solo lo acepté porque no tenía otra cosa.

Salgo a la calle sin despedirme de nadie y sin mirar atrás, pensando en la descripción que Saray acaba de darme de la mujer que habló con Paloma y se quejó de mi supuesto comportamiento inapropiado. Coincide con la descripción de Marla y aunque me cuesta creer que haya llegado tan lejos, algunas mujeres hacen ese tipo de cosas cuando se sienten rechazadas.

Regreso a casa para dejar las cosas y le pido a Nacho el coche. Está completamente concentrado en un juego y no me hace demasiado caso, pero me da las llaves del coche y me dice que debo devolvérselo antes de las cuatro de la tarde. No sé si alguna vez va a clase, porque pasa la mayor parte del tiempo pegado a la Xbox ya sea solo o con amigos.

El coche de Nacho es un BMW de color negro con tapicería de cuero y está impecable, incluso huele a nuevo. Lo pongo en marcha y salgo del garaje con cuidado, algo que no es fácil porque la plaza de garaje está entre dos columnas y no hay demasiado espacio para maniobrar. Después me dirijo a casa de Marla. No sé cómo voy a entrar, ya que vive en una urbanización privada, pero no pienso moverme de allí hasta que no me reciba y le diga un par de cosas. Estoy convencido de que ha sido ella la que ha hecho que me quede sin trabajo y no estoy dispuesto a tolerar ninguna intromisión de ese tipo en mi vida. Encontrar trabajo me ha costado meses y empiezo a estar cansado de la actitud de las mujeres cuando no consiguen salirse con la suya.

El guarda de seguridad de la puerta me reconoce y me deja pasar sin problemas. Solo he estado aquí tres veces, pero durante la última visita pedí un taxi para regresar a casa y estuve casi veinte minutos charlando con él. Me pierdo un par de veces hasta dar con la casa de Marla, pero finalmente la encuentro y me abre la puerta Antonio, el chofer, que me hace esperar mientras va a ver si “la señora está disponible”, y reaparece poco después para decirme que “la señora me recibirá en su despacho”.

El despacho de Marla es un espacio moderno y luminoso. Su perfume flota en el aire y su personalidad está impresa en todas partes. Está sentada tras una mesa de cristal, delante de un ordenador portátil blanco de gran tamaño, y junto a ella está Emma, la mujer con la que ambos hicimos un trío hace unas semanas. Me incomoda la presencia de Emma, aunque no entiendo el motivo, Marla es una mujer libre con la que no tengo ninguna relación y lo que haga con su vida no debería importarme.

—¿Podemos hablar? —pregunto cuando Antonio cierra la puerta tras él.

—Así que, después de todo, has vuelto —dice Marla.

—Supongo que eso es lo que pretendías haciendo que me despidieran.

—¿Podrías dejarnos solos un momento, Emma? —dice Marla volviéndose hacia ella.

—Me alegro de volver a verte, Carlos —dice Emma acercándose hacia mí y desoyendo la petición de Marla.

—Emma, déjanos solos, por favor —repite Marla.

—Tenía muchas ganas de volver a verte —dice Emma colocando su mano en mi antebrazo—. Lo pasamos muy bien juntos y deberíamos repetir, ¿no crees?

—Emma, déjanos solos —insiste Marla.

—Está bien —dice Emma con desgana—, pero no te vayas sin despedirte.

Cuando nos quedamos solos, Marla se levanta y camina hasta colocarse delante de la mesa. Se apoya en ella y cruza los brazos bajo su pecho, marcando la distancia entre nosotros. Lleva puesta una blusa blanca, unos pantalones negros y zapatos de tacón del mismo color. No va muy maquillada y lleva el pelo recogido en un moño dejando su largo y delicado cuello al descubierto. Quiero posar los labios en su piel, en ese espacio entre su oído y su hombro, y hacerla estremecer de placer.

—Tú dirás.

—Eres tú quien debe darme una explicación. ¿Por qué demonios lo has hecho? ¿Qué pretendías conseguir haciendo que me despidieran? ¿Qué sea tu gigoló?

—He visto como trata esa mujer a sus empleados, es una bruja, solo pretendía hacerte un favor.

—¿Dejándome sin trabajo? —pregunto sorprendido—. Es posible que no lo entiendas, pero necesito ese trabajo porque es el único que he podido conseguir después de meses.

—No quería hacerte daño.

—¡Joder, Marla! Haces que me despidan y ahora dices que no pretendías hacerme daño. ¿De qué coño vas?

—Si quieres un trabajo yo puedo ofrecerte uno...

—¡Lo sabía! Eres de esas mujeres que no admiten un no como respuesta y si no puedes tenerme gratis crees que podrás conseguirlo pagando —la interrumpo.

—No te equivoques. Me dejaste muy claro que no quieres que estemos juntos, así que lo que te estoy ofreciendo es un trabajo en uno de mis hoteles. Y sí, es un trabajo remunerado, pero no voy a pagarte para que te acuestes conmigo —dice con gesto hosco.

—Supongo que no lo entiendes porque siempre has tenido dinero, pero necesito trabajar para pagar mis estudios y el alquiler, entre otras cosas.

—Lo entiendo perfectamente, que no necesite dinero no significa que no entienda los problemas de la gente.

—Si lo entendieras no habrías hecho que me despidieran. Quizá estaba desesperado cuando nos conocimos, y gracias a tu dinero conseguí salir adelante, pero no me regalaste nada, pagaste por mis servicios y creo que quedaste bastante satisfecha.

—Tú también parecías bastante satisfecho —dice cada vez más enfadada.

—Marla, no voy a aceptar ningún trabajo en ninguno de tus hoteles.

—Solo quiero ayudarte.

—Me habrías ayudado mucho más no entrometiéndote en mi vida. Le dijiste a mi jefa que había tendido un comportamiento inapropiado contigo. ¿Crees que si alguien le pide referencias hablará bien de mí?

—Lo siento —dice bajando las manos y acercándose a mí—, estaba enfadada y me comporté como una estúpida. Pero puedo ayudarte.

—No quiero tú ayuda.

—Está bien, si no quieres trabajar para mí tengo muchos contactos, podría hacer algunas llamadas y...

—¿Es que no te das cuenta de que no es eso lo que quiero?

—¡No seas cabezota! Somos amigos y quiero ayudarte.

—No somos amigos y nunca podremos serlo. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con la amistad —le digo mirándola por última vez y caminando hacia

la puerta.

—Carlos —dice ella, y me vuelvo a mirarla—. ¿Me llamarás?

—Estoy seguro de que sabrás encontrarme si eso es lo que quieres. Pero ya sabes cuales son las reglas.

—Tío, ya era hora de que salieras de la cueva —me dice Rubén cuando nos encontramos en el bar en el que hemos quedado.

—Voy todos los días a clase, si fueses más lo sabrías, y también al gimnasio —respondo en tono burlón—. Ahora solo me falta encontrar otro trabajo. Así saldré más.

—Lo encontrarás, ya lo verás, y Nacho está forrado, si necesitas dinero seguro que puede prestarte algo —asegura Rubén.

—Nacho es un buen tío, pero no quiero abusar de él y me cobra una cantidad ridícula por el alquiler.

—Has tenido mucha suerte —opina Guillermo—. Es como vivir en casa de tus padres, pero sin ningún control. Si alguna vez dejas el piso avísame.

—Sí, he tenido suerte —reconozco.

—Esta noche toca divertirse, no sé si recordarás cómo se hace —se burla Rubén—. Si quieres te daremos una master class.

Nacho tiene razón, esta noche toca diversión. Necesito desconectar después de muchos fines de semana de trabajo y largas semanas de estudio. El curso está prácticamente acabado y ya poco más puedo hacer. Además, aún tengo el dinero que gané gracias a Marla, lo que me permitirá aguantar unos meses más si no encuentro trabajo, aunque estoy seguro de que ahora que llega el verano habrá más ofertas.

La noche termina alargándose hasta altas horas de la madrugada, cuando unas chicas nos invitan a su piso para continuar con la fiesta. Estoy muy borracho y me cuesta caminar en línea recta, hace unas semanas me habría apuntado y, probablemente, habría sido el último abandonar el barco, pero esta vez rechazo la invitación y decido que ha llegado la hora de regresar a casa. Estoy cansado de sexo torpe y beodo, de chicas fáciles y de despertarme en camas ajenas, y, a pesar de las quejas de las chicas y de las burlas de mis amigos, me planto y digo que no.

Vuelvo a casa dando un paseo. Quiero despejarme antes de meterme en la cama. Probablemente no podré esquivar la resaca, pero estoy seguro de que me vendrá bien caminar un rato y tomar el aire.

Después de quince minutos caminando paso cerca del piso que comparten María y Nuria, y en un impulso que no alcanzo a comprender, me sorprende a mí mismo pasando bajo el lugar que compartí con ellas durante meses y que llegué a considerar mi hogar. Levanto la vista hacia las ventanas y compruebo que todas las luces están apagadas. Son las seis y media de la mañana de un domingo y no se me ocurre un lugar mejor que estar en mi propia cama.

Giro por la primera calle que hay a mi derecha y empiezo a pensar que volver caminando a casa ha sido una mala idea. Estoy cansado y muerto de sueño, y aún me quedan varios kilómetros para llegar a mi destino. Lo bueno de vivir en Madrid es que es una ciudad bien comunicada y poco después estoy frente a una parada de autobuses. Las calles están vacías a estas horas, solo pasa algún coche muy de vez en cuando y busco a mi alrededor algo con lo que entretenerme para no quedarme dormido.

Mi mirada se detiene en una limusina negra de la que veo salir a un hombre que tendrá la misma edad que yo. Tras él aparecen unas larguísimas piernas de mujer rematadas por unos zapatos rojos con tacón de aguja y no necesito ver el resto de su cuerpo, ni su rostro, para saber que se trata de ella. Aprieto los puños con fuerza, descargando en ellos la rabia que siento al ver a la mujer que ocupa la mayor parte de mis fantasías y mis sueños seguir adelante con su vida sin mirar atrás. Y mientras la veo besar a alguien que no soy yo, vuelvo sobre mis pasos para alejarme de ella.

Los efectos del alcohol, que hasta ahora me habían hecho ir dando tumbos, comienzan a disiparse con una rapidez asombrosa. Ver a Marla en los brazos de otro hombre e imaginar las escenas que han tenido lugar dentro de la limusina, tienen el mismo efecto que un cubo de agua helada sobre mi cuerpo.

Una voz grita mi nombre a mi espalda, pero sigo caminando ajeno a todo lo que me rodea. Reconocería su voz en cualquier parte, es la misma que me ha susurrado al oído tantas veces, la misma que consigue erizarme la piel y ponerme a mil aún sin pretenderlo, pero ahora solo quiero alejarme de ella.

—¡Carlos! —vuelve a gritar, esta vez más cerca—. Por favor, espera.

—¡Vete con tu amiguito! —exclamo parando en seco y provocando que su cuerpo choque contra mi espalda.

—Sabes que no...

—No quiero saberlo —la interrumpo sin volverme a mirarla.

—Por favor, escúchame, yo...

—Marla, será mejor que te vayas.

—No voy a irme hasta que me escuches —me dice rodeando mi cintura, y aunque estoy muy cabreado, no puedo evitar que mi cuerpo reaccione a su contacto.

Marla camina en torno a mi cuerpo hasta quedar frente a mí. Sus ojos me miran implorantes disipando mi ira, pero en su lugar se instala una tristeza que no había sentido nunca ante la certeza de que jamás podré tenerla. No de la manera que habría deseado.

—Estoy demasiado borracho y no puedo pensar con claridad —comienzo a decir—. Será mejor que me vaya antes de que diga o haga algo de lo que después me arrepienta.

—No puedo dejar que te vayas así. Deja que te lleve a casa.

—¿Quieres asegurarte de que llego a casa sano y salvo? —pregunto soltando una carcajada.

La situación me parece descojonante. Hace solo un rato que he renunciado a un polvo por primera vez en mi vida y lo he hecho por otra mujer que estaría dispuesta a cualquier cosa a cambio de sexo, incluso a pagar por ello como ya hizo conmigo y, probablemente, con muchos otros antes y después de mí.

—Esto no tiene gracia —me riñe Marla.

—Claro que la tiene. Acabo de perder la oportunidad de follarme a una tía completamente gratis y todo apunta a que la culpa es solo tuya.

—Tenias razón, estás demasiado borracho. Así que vamos, te llevo a casa —me dice cogiéndome del brazo.

Marla está demasiado cerca de mí, desearía pegarla a mi cuerpo y olvidarme de todas las cosas que se han apoderado de mi mente y no me permiten pensar con claridad. Sus ojos verdes están fijos en los míos. Sus labios, ligeramente entreabiertos, invitan a ser besados. Pero acabo de presenciar como besaba a otro hombre y unas repentinas ganas de vomitar me asaltan provocándome una mueca de asco. Me deshago de las manos de Marla y comienzo a andar para alejarme de ella.

—Carlos, no te vayas —vuelve a pedirme.

Acelero el paso hasta que la voz de Marla se pierde en los brazos del amanecer y giro en la primera calle que hay a mi derecha para acabar vomitando en medio de la acera.

En algún momento llego a casa, pero apenas puedo recordarlo cuando despierto empapado en sudor y con un dolor de cabeza que apenas me permite abrir los ojos.

Es rubia, de ojos castaños y piel blanquísima. No debe tener más de veinte años y aún conserva ese aire inocente que la hace irresistible. Es el tipo de chica que siempre me ha gustado, pero esta noche apenas he reparado en ella a pesar de que ha hecho todo lo posible por acaparar mi atención.

Sin embargo, solo puedo mirar a Marla, que ha entrado en el restaurante hace unos minutos embutida en un sobrio pero elegante vestido negro, acompañada de un hombre algo mayor que ella. Poco después se ha unido a ellos una atractiva mujer morena. Mi cerebro comienza a trabajar y los imagino a los tres en la cama, follando toda la noche, tal y como le gusta a Marla.

—¿No vas a hacer caso a la rubia? —me pregunta Rubén—. Tío, está loca por llevarte a la cama. No sé que les das a las tías, pero tiene suerte.

—No me había dado cuenta —miento.

—Pues debes estar muy ciego.

Devuelvo mi atención a la rubia. Es amiga de una amiga de Hugo y hemos quedado con ellas para cenar esta noche. Quizá debería ir pensando en olvidarme de Marla y volver a ser el mismo de siempre. Pero la rubia no consigue provocar ninguna reacción en mí.

—Si tú no te animas probaré suerte —insiste Rubén.

—Creo que voy a hacerte caso —respondo sonriendo por primera vez a la chica.

Paso el resto de la cena hablando con Sonia, que así es como se llama. Tiene veintiún años, estudia filosofía y es de Cádiz. Me cuenta que comparte piso con otras dos chicas y trabaja los fines de semana en una conocida cadena de moda. Tiene un gran sentido del humor y si no fuese porque no puedo dejar de pensar en Marla, sería mi prototipo de mujer perfecta.

Mi mirada vuelve a dirigirse hacia la mesa que ocupa Marla. Nuestras miradas se encuentran esta vez, la suya, fría y distante, no da muestra alguna de conocerme. Así que devuelvo la atención a Sonia, aproximo los labios a su oído y le susurro lo mucho que me apetece estar con ella a solas. Noto como la piel de su cuello se eriza al escuchar mis palabras y sentir mi aliento sobre su piel. Pero cuando ella responde que siente exactamente las mismas ganas que yo, no siento nada.

—¿Podemos ir a tu casa? —me pregunta con los ojos brillantes y una enorme sonrisa.

—Vayamos —respondo, dispuesto a intentarlo.

Saco la cartera del bolsillo y dejo dinero sobre la mesa para pagar mi cena y la de Sonia. Después nos despedimos de nuestros amigos y salimos a una noche cálida y bulliciosa.

—Cojamos un taxi —le digo a Sonia.

Ella sonríe y se agarra a mi brazo, y juntos recorremos la escasa distancia que nos separa de una parada de taxis que hay muy cerca del restaurante. Abro la puerta del primero que hay en la cola y le cedo el paso a Sonia. Entro tras ella y le doy la dirección al taxista. Después me remuevo incómodo en el asiento sin saber qué hacer a continuación. Y es la primera vez que me sucede algo así. Debería estar contento porque Sonia es guapa, divertida e inteligente. Podría iniciar una conversación con ella y charlar sobre cualquier cosa. Podría besarla y comprobar si, además de sus múltiples cualidades, también sabe besar. Pero me mantengo en silencio y soy incapaz de posar mis labios sobre los suyos hasta que no entramos en el ascensor y es ella quien toma la iniciativa.

Nada más entrar en el piso Sonia se quita el vestido que lleva puesto y lo tira al suelo. Estamos solos, Nacho ha salido con unos amigos y previsiblemente llegará tarde, si es que aparece, pero no me apetece que nos sorprenda en el salón en medio de una acalorada escena. Algo que se ha convertido en un clásico durante los últimos meses. Sonia no lleva sujetador bajo el vestido, solo un pequeñísimo tanga, pero tampoco lo necesita ya que sus senos son pequeños, aunque bien formados. Su cuerpo es delgado y fibroso, de piel finísima y tersa, y bien proporcionado. Es dulce, preciosa, inteligente y divertida, pero no siento nada. No deseo acariciarla, ni besarla, ni siquiera me apetece que esté aquí.

—Vamos a mi habitación —le digo recogiendo el vestido del suelo y arrastrándola de la mano hacia mi dormitorio.

La tumbo sobre la cama. Me quito la camiseta, desabrocho mis pantalones y me arrodillo entre sus piernas. Nada más sentir mis manos separando sus muslos, Sonia suspira y se entrega por completo a mis caricias. Le quito las bragas y comienzo a explorar su sexo con la lengua. La deslizo en su interior, saboreando su humedad, recorriendo sus pliegues y entregándome por completo a su placer.

Sonia gime, sus músculos se tensan y se mueve sobre mi lengua con frenesí. Pero sigo sin sentir nada. Meto las manos bajo mis bóxer para encontrar mi pene flácido. Es la primera vez que algo así me sucede y me siento muy frustrado. Cierro los ojos y evoco la imagen de Marla. Imagino que es ella quien está sobre mi cama, disfrutando de mis caricias, gimiendo bajo mi lengua y entonces sucede. Mi sexo comienza a crecer entre mis piernas y en pocos minutos me siento al borde del éxtasis.

Me levanto, me deshago de la ropa y giro el cuerpo de Sonia sobre la cama. Me pongo un preservativo y la embisto con fuerza desde atrás, entrando hasta el fondo. Ella grita sorprendida, pero pocos segundos después sus caderas se balancean al ritmo de las mías.

Cierro los ojos pensando aún en Marla, en sus senos grandes y cálidos bajo mis manos, en su piel sedosa, en su sexo húmedo y palpitante, en su larga melena resbalando hacia sus ojos verdes. Y me muevo sobre Sonia de forma salvaje mientras mis manos se pierden en su clítoris para masajearlo hasta que su cuerpo tiembla y se sacude bajo el mío. Me dejo ir aferrándome a la imagen de Marla y al abrir los ojos y descubrir que el cuerpo que tiembla entre mis manos no es el suyo, siento una enorme decepción.

Me despierta el sonido del timbre y miro el despertador que hay sobre la mesilla. Son las nueve de la mañana, demasiado pronto para levantarse. Me giro hacia la izquierda y descubro, incómodo, el cuerpo de Sonia junto al mío. Tenía la esperanza de que se hubiese largado de madrugada, pero no ha habido suerte y ahora me arrepiento de haberla traído a casa. Es una de esas reglas de oro que nunca se deben romper y que ahorran muchos problemas.

El timbre vuelve a sonar, pero no me muevo. Sea quien sea el que se atreve a presentarse a estas horas un domingo no merece mi atención. Pero Nacho termina levantándose ante la insistencia de la visita. Oigo sus pasos por delante de mi habitación, después un murmullo de voces que no acierto a distinguir y más tarde los pasos de Nacho de nuevo, esta vez acompañados por el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de tarima.

Cuando la puerta de mi habitación se abre distingo la silueta de una mujer al contraluz. La luz se enciende y aunque apenas puedo abrir los ojos, distingo perfectamente a Marla. Lleva unos pantalones negros y una camiseta blanca, y el pelo cae sobre sus hombros como una cascada. No sé qué está haciendo aquí, y tampoco por qué la ha dejado entrar Nacho.

—Tenemos que hablar —dice ella plantándose delante de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —inquiero.

Pero ella no responde, recoge la ropa de Sonia que anoche dejé sobre una silla y la lanza sobre ella.

—Esto debe ser suyo.

—¿Te atreves a venir a mi casa y a decirme lo que tengo que hacer? Estoy ocupado, por si no te has dado cuenta —le digo sentándome en la cama y dejando a la vista mi enorme erección.

—¿Quién es esta mujer? —pregunta Sonia despertándose de pronto y cubriéndose con la sábana.

—Nadie —respondo con indiferencia.

—¿Por qué no te vistes y te vas? —le pregunta Marla—. Mi chofer está abajo, le diré que te lleve a tu casa.

—¿Quién te has creído que eres? —pregunto sintiéndome cada vez más enfadado.

—Será mejor que me vaya —dice Sonia poniéndose en pie y comenzando a vestirse— Te dejaré mi teléfono por si quieres llamarme.

Sonia sale de la habitación con los zapatos en la mano y me levanto para buscar algo de ropa y vestirme. Sin embargo, Marla parece tener otros planes. Sus manos se posan sobre mi espalda y al notar su tacto suave y cálido sobre mi piel mi erección crece de nuevo, y empieza a ser dolorosa. Al contrario que la pasada noche, no necesito recurrir a las fantasías para excitarme, ella es todo lo que necesito para sentirme vivo de nuevo.

—Voy a darme una ducha —digo volviéndome hacia ella sin ocultar mi erección.

Es inútil discutir con Marla. Si no hablamos ahora solo estaremos retrasando algo a lo que tendremos que enfrentarnos tarde o temprano. Así que voy al baño, me doy una rápida ducha con agua fría y regreso a los pocos minutos sintiéndome mucho mejor.

Marla ha quitado las sábanas, ha subido la persiana y abierto la ventana. El sol cae sobre su pelo arrancándole destellos dorados y recorro su cuerpo y su rostro admirando cada centímetro de ella. No parece la mujer decidida de otras veces, pero me gusta esta faceta en la que no parece tan inalcanzable.

—He quitado las sábanas —me indica.

—Está bien.

—¿Podemos hablar ahora?

—De acuerdo —respondo sentándome en la silla que hay delante del escritorio.

—No podemos seguir así —dice ella al tiempo que se sienta sobre la cama.

—¿A qué te refieres?

—A todo —responde moviendo la cabeza de un lado a otro y dirigiendo la mirada hacia sus manos—. Lamento que el otro día te despidieran por mi culpa, no debí entrometerme en tú trabajo. Tampoco debí fingir anoche que no te conocía, pero te vi con aquella chica y... habéis pasado la noche juntos.

—Oye, tú también estabas acompañada.

—Lo sé, y mentiría si te dijera que no quede con ellos para... ya sabes. Pero no pude. Pensé en ti y en todo lo que me habías dicho acerca de no compartirme con nadie, y lo entendí, porque yo tampoco deseo compartirte con nadie —me confiesa.

Marla sigue mirando fijamente sus manos, ya no lleva su anillo de casada, ahora es una mujer libre, como yo, que acaba de confesarme que no quiere compartirme con nadie. Debería estar contento, eso es justo lo que deseaba escuchar, pero necesito procesar la información y asegurarme de que eso es lo que quiere y no es solo un capricho pasajero.

—¿No vas a decir nada? —pregunta ella.

—Quiero creerte, pero no puedo hacerlo. ¿Cuánto tiempo aguantarás en una relación monógama?

—Acabo de contarte que ayer quedé con esa pareja en el restaurante, que fui a su casa con ellos y tuve que marcharme porque solo podía pensar en ti. No quiero estar con nadie que no seas tú y no quiero que estés con nadie que no sea yo —dice mirándome a los ojos.

—¿Estás segura de que no echarás de menos lo que has tenido hasta ahora? —insisto.

—Carlos, ahora mismo solo puedo pensar en ti. Pero entiendo lo que me preguntas y la respuesta es que no lo sé. Lo único que puedo asegurarte es que si alguna vez deseo compartir nuestra intimidad con alguien más te lo diré y tomaremos la decisión entre los dos.

—Yo nunca podré compartirte con otro hombre y tampoco podría prohibirte que hagas lo que quieras. Pero llegados a ese punto no seguiría a tu lado.

—Está bien, me lo has dejado claro y yo también he sido sincera. Eres el único hombre al que deseo y con el que quiero estar. El único capaz de satisfacer todas mis fantasías y hacer realidad mis sueños —dice poniéndose en pie y caminando hacia mí.

—Espero que estés completamente segura.

—Cuando conocí a Arturo pensé que era el amor de mi vida. Fuimos felices durante un tiempo, pero al conocerte supe que lo que sentía por ti era completamente diferente. Con Arturo me creía capaz de volar. Contigo sé que puedo volar. Tú eres todo lo que quiero.

Siento sus dedos sobre mis brazos desnudos y el solo contacto de su piel contra la mía consigue excitarme. Desde que la conocí nada ha sido igual. Mi relación con María estaba condenada al fracaso desde el principio, porque tarde o temprano me habría dado cuenta de que solo había una mujer capaz de hacerme suspirar. En cuanto el aroma de Marla penetra en mis fosas nasales y siento su primera caricia soy incapaz de pensar con claridad. Todo en ella me resulta fascinante.

—¿Sientes lo mismo que yo?

—Yo solo puedo pensar en ti —respondo aspirando su aroma.

—¿Me quieres o solo me deseas?

—Te quiero, te deseo y te he echado de menos a todas horas. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí, supongo que sí.

Tiro de su mano hasta hacerla caer sobre mi regazo. Lo único que deseo en este momento es deshacerme de su ropa y hacerla mía. Ese es el efecto que Marla siempre ha causado en mí.

—Tendremos que aplazar esta conversación, no puedo pensar con claridad si me miras de esa manera —le digo.

—Así es como voy a mirarte siempre.

—Entonces tendré que encerrarte en algún lugar hasta saciarme de ti.

—¡Hazlo! —me pide.

—Si me estás desafiando tendré que pedirte que no lo hagas, a menos que esperes que cumpla mi palabra.

—Vayamos a mi casa. Allí estaremos completamente solos.

—No creo que pueda aguantar mucho más —le digo apretándola contra mi erección—. Llevo semanas pensando en esto. —Me deshago de su camiseta y de su sujetador dejando sus senos desnudos—. No sabes la cantidad de veces que me he masturbado pensando en tus senos.

—Ahora quiero que te masturbes solo para mí —susurra—

—Lo haré, pero ahora se me ocurren otras muchas cosas que hacer con ellos —le digo comenzando a lamer sus pezones y colando la mano bajo sus pantalones.

Está mojada y mis dedos se deslizan con facilidad en su interior. Ella suspira y echa la cabeza hacia atrás provocándome un tirón en la ingle.

—Estoy muy excitada.

—No más que yo.

—¿Cómo piensas solucionarlo?

—Se me ocurren un millón de maneras —respondo levantándome de la silla con ella en brazos y colocándola sobre la cama.

Le quito los pantalones y la ropa interior, y después me desnudo con rapidez y me tumbo sobre ella. Mi sexo se remueve inquieto entre nosotros y solo puedo pensar en hacerla mía. Pero quiero hacer de este momento algo especial, algo que ambos recordemos para siempre.

Retiro el pelo de su rostro y sus ojos, verdes y profundos, se clavan en los míos. Recorro su rostro con la punta de los dedos, delineando cada uno de sus rasgos para acabar en sus labios, que se abren brevemente mostrando la punta de su rosada lengua. Mis labios van al encuentro de los suyos, ávidos, voluptuosos y húmedos. Y la beso como he deseado hacerlo cientos de veces, sabiendo que no esta no será la última vez sino la primera de otras muchas.

Devoro sus labios y su lengua mientras nuestros cuerpos, piel con piel, se rozan de una manera deliciosa. Aún no estoy en su interior, pero puedo sentirla como si fuésemos un solo cuerpo.

—Quiero que... —comienza a decir ella.

—Espera —susurro sobre sus labios—. Esta vez no tenemos prisa. Esta vez eres mía para siempre.